



**Ángel de Saavedra Rivas**

## **Romances históricos**

Comentarios de Salvador García  
Castañeda

### Índice

Una antigualla de Sevilla  
El Alcázar de Sevilla  
El fratricidio  
Don Álvaro de Luna  
Recuerdos de un grande hombre  
Un embajador español

La buenaventura  
La muerte de un caballero  
Amor, honor y valor  
La victoria de Pavía  
Un castellano leal  
El solemne desengaño  
Una noche de Madrid en 1578  
El conde de Villamediana  
El cuento de un veterano  
Bailén  
La vuelta deseada  
El sombrero

Una antigualla de Sevilla

Consta de tres romances: I, 104 versos en á-e, II, 124, é-o y III, 200, ú-a. Total, 428 versos.

Compuesto en Sevilla en 1838 y publicado en marzo del mismo año en el Liceo Artístico y Literario español, su fuente son los Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla (Madrid, 1677) de Diego Ortiz de Zúñiga, aunque John Dowling sugiere también las comedias El diablo está en Cantillana de Vélez de Guevara, y El montañés Juan Pascual, primer asistente de Sevilla de Hoz y Mota, y la segunda parte de la Historia, antigüedades y grandezas de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla de Pablo Espinosa de los Monteros<sup>1</sup>.

Este romance, a mi parecer uno de los mejores de Rivas, muestra bien cómo se trataba un tema histórico a la manera romántica, aunque el episodio mismo, sucedido a principios de 1354, según Zúñiga, es de autenticidad dudosa. Rivas, pintor, tiene ocasión de crear aquí claroscuros y dramáticos contrastes de luz y sombra; como poeta, de trazar ambientes y personajes de manera magistral.

Se trata de una composición breve y bien construida en tres romances. Recordemos, en el I, el tono de leyenda antañona que afecta al principio, la ambientación -medrosa y nocturna- que prepara el duelo, y la espectacular aparición de la vieja a la vacilante luz del velón, entonado todo en rojos y negros que oscilan con la llama. Rivas no retrata a la fisgona hasta el final pues va sabiamente enumerando la ventanilla, la mano, el brazo, luego el candil y sólo al final el rostro. La estancia del tormento y sus accesorios -potro, cuerdas, garfios y garruchas- que tienen filiación moderna, y ultrapirénaica, pues recuerdan demasiado a otras escenas parecidas de mazmorras inquisitoriales.

El vocabulario reitera la sensación de oscuridad y luto («ocaso», «negro bulto»), el carácter fúnebre («corrompidos restos», «voz moribunda», «faz difunta») y una combinación del «sepulcral silencio» con sonidos onomatopéyicos («rechina... una garrucha», «chasquido de los huesos»). El final, intencionadamente del gusto popular, glorifica al déspota

sanguinario que borra con dádivas extravagantes sus pasadas tropelías.

Al Sr. D. Manuel Cepero.

## Romance Primero

### El candil

Más ha de quinientos años,  
en una torcida calle,  
que, de Sevilla en el centro,  
da paso a otras principales;  
cerca de la medianoche, 5  
cuando la ciudad más grande  
es de un grande cementerio  
en silencio y paz imagen;  
de dos desnudas espadas  
que trababan un combate, 10  
turbó el repentino encuentro  
las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros  
sonó por breves instantes,  
lanzando azules centellas, 15  
meteoro de desastres.

Y al gemido, «¡Dios me valga!  
¡Muerto soy!», y al golpe grave  
de un cuerpo que a tierra vino,  
el silencio y paz renacen. 20

\* \* \*

Al punto una ventanilla  
de un pobre casuco abren;  
y, de tendones y, huesos,  
sin jugo, como sin carne,  
Una mano y brazo asoman, 25  
que sostienen por el aire  
un candil, cuyos destellos  
dan luz súbita a la calle.

En pos, un rostro aparece  
de gomia o bruja espantable 30  
a que otra marchita mano  
o cubre o da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte  
que salía a apoderarse

de aquella víctima humana 35  
que acababan de inmolarle,  
o de la eterna Justicia,  
de cuyas miradas nadie  
consigue ocultar un crimen,  
el testigo formidable. 40

Pues a la llama mezquina,  
con el ambiente ondeante,  
que, dando luz roja al muro,  
dibujaba desiguales

los tejados y azoteas 45  
sobre el oscuro celaje,  
dando fantásticas formas  
a esquinas y bocacalles,  
se vio en medio del arroyo,  
cubierto de lodo y sangre, 50  
el negro bulto tendido  
de un traspasado cadáver.

Y de pie, a su frente, un hombre,  
vestido negro ropaje,  
con una espada en la mano, 55  
roja hasta los gavilanes.

El cual, en el mismo punto,  
sorprendido de encontrarse  
bañado de luz, esconde  
la faz en su embozo, y parte; 60  
aunque no como el culpado  
que se fuga por salvarse,  
sino como el que inocente,  
mueve tranquilo el pie y grave.

\* \* \*

Al andar, sus choquezuelas 65  
forman ruido notable,  
como el que forman los dados  
al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia  
en la escena lamentable, 70  
mas de tan mágico efecto,  
y de un influjo tan grande  
en la vieja que asomaba  
el rostro y luz a la calle,  
que, cual si oyera el silbido 75  
de venenosa ceraste,

o crujir las negras alas  
del precipitado arcángel,  
grita en espantoso aullido,  
«¡Virgen de los Reyes, valme!» 80

Suelta el candil, que en las piedras  
se apaga y aceite esparce,  
y cerrando la ventana

de un golpe, que la deshace,  
    bajo su mísero lecho 85  
corre a tientas a ocultarse,  
tan acongojada y yerta,  
que apenas sus pulsos laten.

    Por sorda y ciega haber sido  
aquellos breves instantes, 90  
la mitad diera gustosa  
de sus días miserables,  
    y hubiera dado los días  
de amor y dulces afanes  
de su juventud, y dado 95  
las caricias de sus padres,  
    los encantos de la cuna,  
y..., en fin, hasta lo que nadie  
enajena, la esperanza,  
bien solo de los mortales; 100  
    pues lo que ha visto la abruma,  
y la aterra lo que sabe,  
que hay vistas que son peligros,  
y aciertos que muerte valen.

## Romance Segundo

### El juez

    Las cuatro esferas doradas, 105  
que ensartadas en un perno,  
obra colosal de moros  
con resaltos y letreros,  
    de la torre de Sevilla,  
eran remate soberbio, 110  
do el gallardo giraldillo  
hoy marca el mudable viento  
    (esferas que pocos años  
después derrumbó en el suelo  
un terremoto), brillaban 115  
del sol matutino al fuego,  
    cuando en una sala estrecha  
del antiguo alcázar regio,  
que entonces reedificaban  
tal cual hoy mismo le vemos, 120  
    en un sillón de respaldo  
sentado está el rey don Pedro,  
joven de gallardo talle,

mas de semblante severo.

A reverente distancia, 125  
una rodilla en el suelo,  
vestido de negra toga,  
blanca barba, albo cabello,

Y con la vara de alcalde  
rendida al poder supremo, 130  
Martín Fernández Cerón  
era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos  
recogió el dorado techo,  
y la tradición guardólas 135  
para que hoy suenen de nuevo:

R.- ¿Conque en medio de Sevilla  
amaneció un hombre muerto,  
y no venís a decirme  
que está ya el matador preso? 140

A.- Señor, desde antes del alba,  
en que el cadáver sangriento  
recogí, varias pesquisas  
inútilmente se han hecho.

R.- Más pronta Justicia, alcalde, 145  
ha de haber donde yo reino,  
y a sus vigilantes ojos  
nada ha de estar encubierto.

A.- Tal vez, señor, los judíos,  
tal vez, los moros sospecho... 150

R.- ¿Y os vais tras de las sospechas  
cuando hay un testigo, y bueno?

¿No me habéis, alcalde, dicho,  
que un candil se halló en el suelo  
cerca del cadáver?... Basta, 155  
que el candil os diga el reo.

A.- Un candil no tiene lengua.

R.- Pero tiénela su dueño,  
y a moverla se le obliga  
con las cuerdas del tormento. 160

Y, ¡vive Dios!, que esta noche  
ha de estar en aquel puesto,  
o vuestra cabeza, alcalde,  
o la cabeza del reo.

\* \* \*

El rey, temblando de ira, 165  
del sillón se alzó de presto,  
y el juez alzóse de tierra  
temblando también de miedo,

y haciendo una reverencia,  
y otra después, y otra luego, 170  
salióse a ahorcar a Sevilla,  
para salvarse, resuelto.

Síguele el rey con los ojos,  
que estuvieran en su puesto  
de un basilisco en la frente, 175  
según eran de siniestros,

    y de satánica risa  
dando la expresión al gesto,  
salió detrás del alcalde  
a pasos largos y lentos. 180

    Por el corredor estuvo  
en las alcándaras viendo  
azores y jerifaltes,  
y dándoles agua y cebo.

    Y con uno sobre el puño 185  
salió a dirigir él mismo  
las obras de aquel palacio  
en que muestra gran empeño.

    Y vio poner las portadas  
de cincelados maderos, 190  
y él mismo dictó las letras  
que aún hoy notamos en ellos.

    Después habló largo rato,  
a solas y con secreto,  
a un su privado, Juan Diente, 195  
destrísimo balletero,

    señalándole un retrato,  
busto de piedra mal hecho,  
que con corta semejanza  
labró un peregrino griego. 200

\* \* \*

    Fue a Triana, vio las naves  
y marítimos aprestos;  
de Santa Ana entró en la iglesia  
y oró brevísimo tiempo;  
    comió en la Torre del Oro, 205  
a las tablas jugó luego  
con Martín Gil de Alburquerque;  
a caballo dio un paseo.

    Y cuando el sol descendía,  
dejando esmaltado el cielo 210  
de rosa, morado y oro,  
con nubes de grana y fuego,

    tornó al alcázar, vistióse  
sayo pardo, manto negro,  
tomó un birrete sin plumas 215  
y un estoque de Toledo,

    y bajando a los jardines  
por un postigo secreto,  
do Juan Diente le esperaba  
entre murtas encubierto, 220

    salió solo, y esto dijo

con recato al balletero:  
«Antes de la media noche  
todo esté cual dicho tengo.»

Cerró el postigo por fuera, 225  
y en el laberinto ciego  
de las calles de Sevilla  
desapareció, entre el pueblo.

### Romance Tercero

#### La cabeza

Al tiempo que en el ocaso  
su eterna llama sepulta 230  
el sol, y tierras y cielos  
con negras sombras se enlutan,  
de la cárcel de Sevilla,  
en una bóveda oscura,  
que una lámpara de cobre 235  
más bien asombra que alumbra,  
pasaba una extraña escena,  
de aquellas que nos angustian,  
si en horrenda pesadilla  
el sueño nos las dibuja. 240

Pues no asemejaba cosa  
de este mundo, aunque se usan  
en él cosas harto horrendas,  
de que he presenciado muchas,  
sino cosa del infierno, 245  
funesta y maligna junta  
de espectros y de vampiros,  
festín horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,  
se ve en negras vestiduras 250  
al buen alcalde Cerón,  
ceño grave, faz adusta.

A su lado en un bufete,  
que más parece una tumba,  
prepara un viejo notario 255  
sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,  
de tablas con sangre sucias  
se ve un lecho, y sus cortinas  
son cuerdas, garfios, garruchas. 260

En torno de él, dos verdugos



de imbécil facha y robusta,  
de un saco de cuero aprestan  
hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina, 265  
pues solamente se escucha  
el chispeo de la llama  
en la lámpara que ahúma  
la bóveda, y de los hierros  
que los verdugos rebuscan, 270  
el metálico sonido  
con que se apartan y juntan.

\* \* \*

Pronto del severo alcalde  
la voz sepulcral retumba,  
diciendo: «Venga el testigo 275  
que ha de sufrir la tortura.»

Se abrió al instante una puerta,  
por la que sale confusa  
algazara, ayes profundos  
y gemidos que espeluznan. 280

Y luego, entre los sayones,  
esbirros y vil gentuza,  
de ademanes descompuestos  
y de feroz catadura,  
una vieja miserable, 285  
de ropa y carne desnuda,  
como un cuerpo que las hienas  
sacan de la sepultura,

pues, sólo se ve que vive  
porque flacamente lucha 290  
con desmayados esfuerzos,  
porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;  
la confortan y la ayudan  
dos religiosos franciscos, 295  
caladas sendas capuchas;

y la algazara y estruendo,  
con que satánica turba,  
lleva un precito a las llamas  
por la bóveda retumba. 300

\* \* \*

Un negro bulto en silencio,  
también entra en la confusa  
escena, y sin ser notado,  
tras de un pilarón se oculta.

«Ven -grita un tosco verdugo 305  
con una risada aguda-,  
ven a casarte conmigo;  
hecha está la cama, bruja.»

Otro, asiéndole los brazos

con una mano más dura 310  
que unas tenazas, le dice:  
«No volarás hoy a oscuras.»  
Y otro, atándole las piernas:  
«¿Y el bote con que te untas...?  
Sobre la escoba a caballo 315  
no has de hacer más de las tuyas.»  
Estos chistes semejaban  
los aullidos con que aguzan  
la hambre los lobos al grito  
de los cuervos que barruntan 320  
los ya corrompidos restos  
de una víctima insepulta;  
la mofa con que los cafres  
a su prisionero insultan.  
\* \* \*

Tienden en el triste lecho, 325  
ya casi, casi difunta,  
a la infelice, la enlazan  
con ásperas ligaduras,  
y de hierro un aparato  
a su diestra mano ajustan, 330  
que al impulso más pequeño  
martirio espantoso anuncia.

Dice un sayón al alcalde:  
«Ya está en jaula la lechuza,  
y si aún a cantar se niega, 335  
yo haré que cante o que cruja.»

Silencio el alcalde impone;  
quédase todo en profunda  
quietud, y sólo gemidos  
casi apagados se escuchan. 340

«Mujer -prorrumpe Cerón-,  
mujer, si vivir procuras,  
declárame cuanto viste  
y te dará Dios ayuda.»

«Nada vi, nada -responde 345  
la infeliz-; por Santa Justa  
juro que estaba durmiendo:  
ni vi, ni oí cosa alguna.»

Replicó el juez: «Desdichada,  
piensa, piensa lo que juras», 350  
y tomando de las manos  
del notario que le ayuda

un candil: «Mira -prosigue-  
esta prenda que te acusa.  
Di quién la tiró a la calle 355  
pues confesaste ser tuya.»

La mísera se estremece  
trémula toda y convulsa,

y respondió, desmayada:  
«El demonio fue sin duda.» 360

Y tras de una breve pausa:  
«Soy ciega, soy sorda y muda.  
Matadme, pues, lo repito:  
ni vi ni oí cosa alguna.»

El juez entonces, de mármol, 365  
con la vara al lecho apunta,  
ase una cuerda un verdugo,  
rechina allá una garrucha;  
la mano de la infelice  
se disloca y descoyunta, 370  
y al chasquido de los huesos  
un alarido se junta.

«Piedad, que voy a decirlo»,  
grita con voz moribunda  
la víctima, y al momento 375  
suspéndese la tortura.

- «Declara», el juez dice, y ella  
cobrando un vigor que asusta,  
prorrumpe: «El rey fue...» y su lengua  
en la garganta se anuda. 380  
Juez, escribano, verdugos,  
todos con la faz difunta,  
oyen tal nombre temblando,  
y queda la estancia muda.

\* \* \*

En esto, el desconocido 385  
que tras del pilar se oculta,  
hacia el potro del tormento  
el firme paso apresura;

haciendo sus choquezuelas,  
canillas y coyunturas, 390  
el ruido que los dados  
cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce  
la infeliz, y se espeluzna,  
y repite: «El rey; sus huesos 395  
así sonaron, no hay duda.»

Al punto se desemboza  
y la faz descubre adusta,  
y los ojos como brasas,  
aquel personaje, a cuya 400  
presencia hincan la rodilla  
cuantos la bóveda ocupan,  
pues al rey don Pedro todos  
conocen y se atribulan.

Éste saca de su seno 405  
una bolsa, do relumbran  
cien monedas de oro, y dice:

«Toma y socórrete, bruja.  
 »Has dicho verdad, y sabe  
 que el que a la Justicia oculta 410  
 la verdad es reo de muerte,  
 y cómplice de la culpa.  
 »Pero pues tú la dijiste,  
 ve en paz; el Cielo te escuda.  
 Yo soy, sí, quien mató al hombre, 415  
 mas Dios sólo a mí me juzga.  
 »Pero, porque satisfecha  
 quede la Justicia augusta,  
 ya la cabeza del reo  
 allí escarmientos pronuncia.» 420  
 Y era así; ya colocada  
 estaba la imagen suya  
 en la esquina do la muerte  
 dio a un hombre su espada aguda.  
 «Del Candilejo» la calle 425  
 desde entonces se intitula,  
 y el busto del rey Don Pedro  
 aún allí está, y nos asusta.

### El Alcázar de Sevilla

Tiene cuatro romances: I, de 120 versos, rima í-a; II, 148, á-a; III, 124, á-o y IV, 220, é-o, total de 612 versos.

Apareció sin fechar, junto con otros cuatro romances en la edición de El moro expósito, volumen II, páginas 451-475 de 1834. Afirma Boussagol que fue compuesto en París en 1833, y que Rivas probablemente conocía la versión francesa de una obra de Trueba y Cosío, L'Espagne Romantique (traducción de Ch. A. Defauconpret, París, 1832, 3 vols.) en cuyo volumen II se cuenta la muerte de don Fadrique<sup>2</sup>. No creo imposible que Rivas conociera el original inglés The Romance of History. Spain, aparecido en Londres en 1830, y que incluso adoptase el orden cronológico en que Trueba presenta sus episodios en este libro para hacer lo mismo más tarde con sus Romances históricos. No obstante, trata la muerte de don Fadrique de modo tan diferente al de Trueba que no hay puntos de contacto entre ambos. También el mismo crítico atribuye a The Castilian<sup>3</sup>, otra novela de Trueba sobre don Pedro el Cruel, el origen de las idas y venidas del monarca por Sevilla, el desfile de víctimas y el característico sonido de las «canillas y choquezuelas» del rey<sup>4</sup>. Aquí, Rivas sigue con fidelidad la Crónica de don Pedro I (Año 9, capítulo III), de Pedro López de Ayala<sup>5</sup> y tan sólo se aparta de ella al final, para mayor dramatismo, cuando deja agonizante al Maestre por unas horas.

En el exilio parisino, recuerda el poeta con melancolía la Sevilla de jardines y alamedas, y su emocionada evocación del Alcázar sirve de fondo

a la figura del rey don Pedro de cuya novelesca historia son tres capítulos los tres Romances históricos que le dedica.

### Romance Primero

Magnífico es el Alcázar  
con que se ilustra Sevilla,  
deliciosos sus jardines,  
su excelsa portada rica.

De maderos entallados 5  
en mil labores prolijas,  
se levanta el frontispicio  
de resaltadas cornisas;

hay en ellas un letrado  
donde, con letras antiguas, 10  
«don Pedro hizo estos palacios»,  
esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones  
las modernas fruslerías,  
mal en sus soberbios patios 15  
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,  
en la grata compañía  
de chistosos sevillanos  
y de sevillanas lindas, 20

recorrí aquellos verjeles,  
en cuya entrada se miran  
gigantes de arrayán hechos  
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos 25  
forman calles extendidas,  
y un oscuro laberinto  
que a los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores  
escondidos; se improvisan 30  
saltando entre los mosaicos  
de pintadas piedrecillas,  
y a los forasteros mojan,  
con algazara y con risa  
de los que, ya escarmentados, 35  
el chasco pesado evitan.

\* \* \*

En las tardes del estío,  
cuando al ocaso declina  
el sol entre leves nubes,  
que de oro y grana matiza, 40  
aquel transparente cielo,

con ráfagas purpurinas,  
cortado por un celaje  
que el céfiro manso riza;

    aquella atmósfera ardiente 45  
en que fuego se respira,  
¡qué languidez dan al cuerpo!,  
¡qué temple al alma divina!

    De los baños, tan famosos  
por quien los gozó, la vista, 50  
la del soberbio edificio,  
obra gótica y morisca,

    tétrico en partes, en partes  
alegre, y en el que indican  
los dominios diferentes, 55  
ya reparos, ya ruínas;

    con recuerdos y memorias  
de las edades antiguas  
y de los modernos años,  
embargan la fantasía. 60

    El azahar y los jazmines,  
que si los ojos hechizan,  
embalsaman el ambiente  
con los aromas que espiran;

    de las fuentes, el murmurio; 65  
la lejana gritería  
que de la ciudad, del río,  
de la alameda contigua

    de Triana y de la puente  
confusa llega y perdida, 70  
con el son de las campanas  
que en la alta Giralda vibran,

    forman un todo encantado,  
que nunca jamás se olvida,  
y que, al recordarlo, siempre 75  
mi alma y corazón palpitan.

\* \* \*

    Muchas deliciosas noches,  
cuando aún ardiente latía  
mi ya helado pecho, alegres,  
de concurrencia escogida 80  
    vi aquellos salones llenos,  
y a la juventud, cuadrillas  
o contradanzas bailando  
al son de orquestas festivas.

    En las doradas techumbres, 85  
los pasos, la charla y risas  
de las parejas gallardas,  
por amor tal vez unidas,

    con el son de los violines  
confundidos se extendían, 90

acordes ecos hallando,  
por las esmaltadas cimbrias.

\* \* \*

Mas ¡ay! aquellos pensiles  
no he pisado un solo día,  
sin ver (¡sueños de mi mente!) 95  
la sombra de la Padilla,  
lanzando un hondo gemido,  
cruzar leve ante mi vista,  
como un vapor, como un humo  
que entre los árboles gira; 100  
ni entré en aquellos salones,  
sin figurárseme erguida,  
del fundador la fantasma  
en helada sangre tinta;  
ni en el vestíbulo oscuro, 105  
el que tiene en la cornisa  
de los reyes los retratos,  
el que en columnas estriba,  
al que adornan azulejos  
abajo y esmalte arriba, 110  
el que muestra en cada muro  
un rico balcón, y encima  
el hondo artesón dorado  
que lo corona y atrista,  
sin ver en tierra un cadáver. 115  
Aún en las losas se mira  
una tenaz mancha oscura...  
¡ni las edades la limpian!...  
¡Sangre! ¡sangre!... ¡Oh cielos, cuántos  
sin saber que lo es, la pisan! 120

## Romance Segundo

Quinientos años más joven  
era el magnífico alcázar;  
aún lustrosas sus paredes,  
su alto almenaje sin faltas,  
y lucientes los esmaltes 125  
de las techumbres doradas,  
mansión del rey de Castilla  
orgullosa se ostentaba,  
cuando del mayo florido  
una apacible mañana, 130  
en aquel salón que tiene  
los balcones a la plaza,  
dos ilustres personajes

en grande silencio estaban:  
un caballero era el uno; 135  
el otro, una hermosa dama.  
\* \* \*

Rica berberisca alfombra,  
del rey moro de Granada  
don o tributo, cubría  
las losas de aquella cuadra. 140

Un cortinaje de seda  
con listas y flores varias,  
matizado en el Oriente  
que galeras venecianas  
(tal vez de su Dux regalo) 145  
trajeron a nuestra España,  
del abierto balconaje  
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente,  
de maderas cinceladas 150  
un rico oratorio había  
con embutidos de nácar,  
y en él la imagen devota  
de la Virgen soberana,  
escultura harto mezquina, 155  
mas no de atractivos falta,  
de la cual era el adorno  
una corona de plata,  
reverberando en su cerco  
amatistas y esmeraldas. 160

Un manuscrito precioso  
con las oraciones santas,  
ornatos de miniatura,  
y de oro y marfil las tapas,  
colocado se veía 165  
sobre un atril, que formaban  
de un ángel mal esculpido,  
aunque con primor, las alas;  
y de brocado de oro  
en el suelo una almohada, 170  
mostrando, por medio hundida,  
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados  
con cal de Morón, de caza  
pendían varios trofeos, 175  
banderas y limpias armas;  
y en una mesa o bufete,  
puesta en medio de la estancia,  
con un tapete cubierta,  
cuyos picos arrastraban, 180  
un templado laúd había,  
un rico juego de tablas,



búcaros llenos de flores  
y un cofre de filigrana.

\* \* \*

De un balcón sentóse cerca, 185  
muy pensativa la dama,

en un gran sillón dorado,  
cuyo respaldo formaba  
un dosel o guardapolvo  
en una curva gallarda, 190

de castillos, de leones  
y de corona adornada;  
un vistoso brial de seda  
verde y con labores varias  
de sirgo y perlas, y en torno 195

de oro recamos y franjas,  
era su traje; una toca  
muy más que la nieve blanca  
y un claro cendal cubrían  
sus trenzas negras y largas. 200

Celestial era su rostro  
y divina su garganta;  
pero del color de cera  
que miedo y penas retrata;  
dos soles eran sus ojos 205

bajo las luengas pestañas,  
donde dos perlas preciosas  
prontas a correr, brillaban.

Era una fresca azucena,  
a quien cruda muerte amaga, 210  
porque un corroedor gusano  
ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañizuelo,  
con puntas bordado y randas,  
revolvía con las manos 215  
convulsas y deslustradas;

ora absorta y distraída,  
agitaba en torno el aura  
con un precioso abanico  
de ricas plumas de Arabia. 220

\* \* \*

Delgado era el caballero,  
de estatura no muy alta,  
vivaces ojos, la boca  
inquieta, roja la barba,  
pálido y enjuto el rostro, 225

nariz corva y afilada,  
noble su porte y siniestras  
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,  
de oro bordado y con chapas, 230

y una gorra en la cabeza  
puesta de lado con gracia,  
de largo a largo medía  
con pasos lentos la estancia,  
y pasiones diferentes 235  
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,  
arrojando fieras llamas  
por los encendidos ojos,  
hechos del infierno brasas; 240

luego extendían los labios  
sonrisa feroz y amarga,  
o en las doradas techumbres  
fijaba atroces miradas;  
bien apresurando el curso 245  
de pie a cabeza temblaba;  
bien repuesto proseguía  
su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,  
ya tranquilo, ya con rabia, 250  
revolverse a todos lados  
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra  
no se oían sus pisadas;  
pero sordas le crujían, 255  
siempre que se meneaba,  
canillas y choquezuelas.

Diz que el cielo (¡cosa rara!)  
de igual rumor ha dotado  
allá en tierras muy lejanas, 260  
para que la evite el hombre,  
a una serpiente que llaman  
de cascabel, y que al punto  
que se acerca pica y mata.

Doña María Padilla 265  
era la llorosa dama,  
y el callado caballero,  
el rey don Pedro de España.

### Romance Tercero

Cual de solitaria torre  
en torno están revolando 270  
fieras aves de rapiña,  
cuando el sol baja al ocaso,  
así en torno de don Pedro  
vuelan pensamientos varios,

cuyas sombras ofuscaban 275  
de su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente  
el poder de sus hermanos,  
a los que mató la madre  
y a quienes llama bastardos; 280

ya de los grandes inquietos  
la insolencia y desacato,  
o la mengua del tesoro  
sin medios de repararlo:

ya la linda doña Aldonza, 285  
a quien tiene a buen recaudo,  
o las sangrientas fantasmas  
de inocentes que ha matado;  
ya una proyectada empresa  
rompiendo la fe de un pacto 290  
contra el oro granadino;  
o una traición o un engaño.

Mas como las mismas aves  
se van escondiendo al cabo  
entre las almenas rotas 295  
del castillo solitario,

y sólo constante queda,  
en torno de él volteando,  
la más voraz, la más fuerte,  
la que no admite descanso, 300

así aquel tropel confuso  
de pensamientos extraños  
en que se encontró don Pedro  
envuelto pequeño rato,

en su pecho y su cabeza 305  
fueron nidos encontrando,  
y quedó despierta y viva,  
dándole gran sobresalto,

la imagen de don Fadrique,  
el mejor de sus hermanos, 310  
norma de los caballeros  
y maestro de Santiago.

\* \* \*

Del rey de Aragón acaba  
don Fadrique el esforzado  
de conquistar a Jumilla 315  
con noble denuedo y brazo;

deja en lugar de las barras  
los castillos tremolando,  
y viene a entregar las llaves  
a su rey, señor y hermano. 320

Sabe el rey que no es rebelde,  
que es su amigo y partidario,  
y más que a Tello y a Enrique

lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fue el que tuvo 325  
de venir a Francia encargo  
por la reina doña Blanca;  
mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...,  
y un rumor corrió entre tanto 330  
de aquellos que son ponzoña;  
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina  
y en una torre pagando  
las tardanzas del viaje, 335  
las hablillas de palacio;  
y el cuello de don Fadrique  
está en los hombros intacto,  
porque tiene gran valía,  
poder mucho y nombre claro. 340

Mas, ¡ay de él!... Es de las damas  
el ídolo por su trato,  
por su gallarda presencia  
y por su esfuerzo bizarro;  
y si no da sombra al trono, 345  
porque es fiel, da ¡mal pecado!,  
al corazón duros celos;  
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,  
cuyo entendimiento claro 350  
del regio amante penetra  
los más ocultos arcanos,  
y en quien la bondad del alma  
sobrepaja a los encantos  
de su peregrino rostro 355  
y de su cuerpo gallardo,  
vive víctima infelice  
de continuo sobresalto,  
porque al rey ama y le mira  
a mal fin tender el paso. 360

Conoce que sobre sangre,  
persecuciones y llantos  
no está nunca firme un trono,  
nunca seguro un palacio,  
y tiene dos tiernas niñas, 365  
que con otro padre acaso,  
aunque ilegítimo fruto,  
pudieran todo esperarlo.

Ve en el insigne Fadrique  
un apoyo, un partidario; 370  
sabe que llega a Sevilla  
y a voces le está indicando  
de su fiero amante el rostro,

que viene en momento aciago,  
y por aquietar sospechas, 375  
o darles punto más alto,  
al fin, rompiendo el silencio,  
aunque con trémulos labios  
osó hablar, y estas palabras  
entre los dos se mezclaron: 380  
«¿Conque hoy llegará triunfante  
don Fadrique, vuestro hermano?»  
«Y por cierto que ya tarda  
en llegar aquí el bastardo.»  
«Bien os sirve!»... Sí, en Jumilla 385  
como un héroe se ha portado;  
de su lealtad os da pruebas;  
es muy valiente.» «Lo es harto.»  
«Ya estaréis, señor, seguro  
de su pecho noble y franco.» 390  
«Aún más lo estaré mañana.»  
Enmudecieron entrambos.

#### Romance Cuarto

Grande rumor se alza y cunde  
de armas, caballos y pueblo  
de Sevilla por las calles, 395  
al Maestre recibiendo.  
Suenan los vivos unidos  
con los retumbantes ecos,  
que en la altísima Giralda  
esparce el bronce hasta el cielo. 400  
Vase acercando la turba,  
pero se la escucha menos;  
ya a la plaza de palacio  
llega, y párase en silencio,  
que la vista del alcázar 405  
gozaba del privilegio  
de apagar todo entusiasmo,  
de convertir todo en miedo.  
Quedó, pues, mudo el gentío,  
falto de acción y de aliento, 410  
para pisar la gran plaza  
con un mágico respeto;  
y el maestre de Santiago,  
con algunos caballeros  
de su Orden, entra, seguido 415  
de corto acompañamiento.  
Dirígese hacia la puerta,

como aquel que va derecho  
a encontrar de un buen hermano  
el alma y brazos abiertos, 420  
o como noble caudillo,  
que por sus gloriosos hechos  
de un rey a recibir llega  
los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano 425  
que espuma respira y fuego,  
y a quien contiene la brida  
si ensoberbece el arreo,  
muéstrase el noble Fadrique  
con el blanco manto suelto, 430  
en que el collar y cruz roja  
van su dignidad diciendo;  
y una toca de velludo  
carmesí lleva, do el viento  
agita un blanco penacho 435  
con borlas de oro sujeto.

\* \* \*

Pálido como la muerte  
el iracundo don Pedro,  
en cuanto entrar en la plaza  
vio al hermano desde lejos, 440  
como si de mármol fuera  
quedó del salón en medio,  
y en sus furibundos ojos  
ardió un relámpago horrendo;  
pero pronto en sí tornando, 445  
salióse del aposento,  
cual si del huésped quisiera  
buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda  
le vio la Padilla, lleno 450  
el corazón de amargura  
y de llanto el rostro bello,  
álzase y sale turbada  
del balcón al antepecho,  
al gallardo maestro indica 455  
con actitudes y gesto,

Que llega en mal hora, y mueve  
por el aire el pañizuelo,  
diciéndole en mudas señas  
que se ponga en salvo luego. 460

Nada comprende Fadrique,  
y por saludos teniendo  
los avisos, corresponde  
cual galán y cual discreto.

Y a la ancha portada llega, 465  
do guardias y ballesteros

le dejan el paso libre,  
mas no entrada a su cortejo.

Si no conoció las señas  
de la Padilla, don Pedro 470  
las conoció, pues paróse  
aun indeciso y suspenso  
de la cámara en la puerta  
un breve instante, y volviendo  
los ojos, vio que la dama 475  
agitaba el blanco lienzo.

¡Oh Dios! ¿Fue esta acción tan noble  
de tan puro y santo intento,  
la que llamó a los verdugos,  
y la que firmó el decreto? 480  
\* \* \*

Apenas puso el maestre,  
de dos solos escuderos  
seguido, el pie confiado  
en el vestíbulo regio,  
donde varios hombres de armas, 485  
vestidos de doble hierro,  
paseándose guardaban  
de la escalera el ingreso,  
cuando a uno de los balcones,  
como aparición de infierno, 490  
el rey se asoma, gritando:  
«Matad al Maestre, maceros.»

Siguió, como en la tormenta,  
el súbito rayo al trueno,  
y seis reformidas mazas 495  
sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,  
pero en el tabardo envuelto  
halló el puño, y fue imposible  
desenredarlo tan presto. 500

Cayó en tierra, un mar de sangre  
del roto cráneo vertiendo,  
y lanzando un alarido  
que llegó ,sin duda, al cielo.

Voló al instante la nueva 505  
de tan horrible suceso;  
apelaron a la fuga  
los freiles y caballeros;

huyó a esconderse en sus casas,  
temblando de horror, el pueblo, 510  
y del alcázar quedaron  
los alrededores desiertos.

\* \* \*

Diz que el ver sangre embravece  
al tigre con tanto extremo,

que prosigue los destrozos, 515  
aunque ya esté satisfecho

su vientre, porque se goza  
en teñir de rojo el suelo.

Sin duda al rey de Castilla  
le sucedía lo mismo. 520

En cuanto vio a don Fadrique  
desplomarse en tierra, yerto,  
corrió por palacio todo:

buscando a sus escuderos,  
que, trémulos y amarillos, 525

de aposento en aposento  
huyen, sin hallar amparo,  
corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse  
o esconderse el uno de ellos; 530

Sancho Villegas, el otro,  
no fue tan feliz o diestro.

Viendo que el rey le persigue,  
entróse, de espanto muerto,  
donde estaba la Padilla 535

desmayada y en su lecho,

asistida por sus damas  
que están temblando de miedo,  
y con sus niñas al lado,

ángeles en alma y cuerpo. 540

Mirando allí el infelice  
aun perseguirle el espectro,

que en asilos no repara,  
coge en sus brazos de presto

a doña Beatriz, que apenas 545  
cuenta seis años completos,

hija por quien el rey tiene  
el más cariñoso extremo.

Pero ¡ay! de nada le sirve...

En vano allá en el desierto 550

con la cruz santa se abraza  
el peregrino, si recio

brama el sur, si arde el espacio,  
si olas de arena, creciendo

mar espantoso, confunden 555  
la baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos  
y de rodillas, el pecho

traspasóle furibunda  
la daga del rey don Pedro. 560

\* \* \*

Cual si no hubiese en palacio  
nada ocurrido de nuevo,  
se asentó el rey a la mesa,



como acostumbra, comiendo.

Jugó enseguida a las tablas, 565  
salió después a paseo,  
fue a ver armar las galeras  
que han de ir a Vizcaya luego;  
y en cuanto cubrió la noche  
con su manto el hemisferio 570  
entró en la Torre del Oro,  
donde tiene en un encierro  
a la linda doña Aldonza,  
a la cual del monasterio  
de Santa Clara ha sacado, 575  
y a la que idolatra ciego.

Fue un rato a hablar en seguida  
con Leví, su tesorero,  
en quien tiene su privanza,  
aunque es un infame hebreo; 580  
y muy tarde retiróse  
sin más acompañamiento  
que un moro, su favorito,  
hombre bajo por supuesto.

Entró en el tranquilo Alcázar, 585  
llego al vestíbulo excelso,  
y en él paróse un instante,  
la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente  
del artesonado techo 590  
en derredor derramaba  
ya sombras, y ya reflejos.

Entre las tersas columnas  
dos hombres de armas, dos negros  
bultos paseaban solos, 595  
vigilantes y en silencio;  
y en tierra aún tendido estaba,  
de un lago de sangre en medio,  
el maestre don Fadrique  
en su roto manto envuelto. 600

Se acercó el rey, contemplóle  
con atención un momento,  
y notando que no estaba  
del todo su hermano muerto,  
pues aún respiraba acaso 605  
palpitante el hondo pecho,  
le dio con el pie un empuje  
que hizo estremecer el cuerpo;  
desnudó la aguda daga,  
al moro la dio, diciendo: 610  
«Acábalo», y sosegado  
subió y entregóse al sueño.

## El fratricidio

Cuatro romances: I, 72 versos en -ó; II, 140, ú-o; III, 136, é-a y IV, ó-o. Total, 468 versos.

Este romance, cuyo primer título era El castillo de Montiel, fue leído en el Liceo de Sevilla el 15 de junio de 1838 y publicado luego en la Revista de Madrid, II (agosto de 1838), 86-97. La fuente del romance I es la mencionada Crónica de don Pedro de López de Ayala (capítulo IV, año 20); la del II, varios elementos dispersos en The Castilian; y el III, que describe las pesadillas nocturnas del rey, lleva como nota al verso 321 una cita de Shakespeare: «A horse! A horse! My kingdom for a horse!» (King Richard III, acto V, escena IV). Esa nota figura en la primera edición de los romances, lo cual hizo pensar a Rivas Cherif en una influencia directa del dramaturgo inglés sobre Rivas<sup>6</sup>. Boussagol advierte, sin embargo, que Trueba encabeza el capítulo XII de The Castilian, II, con idéntica cita y que en el XI, «The Dream», del tomo III, describe asimismo el angustiado sueño del rey. Aunque la fuente del último romance continúa siendo Ayala, Saavedra adjudica a Du Guesclin el papel de traidor, en lo que sigue al padre Mariana, único que lo vio de este modo.

En el romance II destacan la caótica escena nocturna en el castillo de Montiel, y la descripción de su presente ruina. Notable es también la pesadilla de don Pedro, en el III<sup>7</sup>. Aunque termina siendo víctima de su propia violencia, en ésta y en otras ocasiones, don Pedro se nos presenta cruel pero desgraciado, atrabiliario pero amante de la justicia y consciente siempre de su dignidad de monarca.

## Romance Primero

### El español y el francés

«Mosén Beltrán, si sois noble  
doleos de mi Señor,  
y deba corona y vida  
a un caballero cual vos.

»Ponedlo en cobro esta noche, 5  
así el Cielo os dé favor;  
salvad a un rey desdichado  
que una batalla perdió.

»Yo con la mano en mi espada  
y la mente puesta en Dios, 10  
en su real nombre os ofrezco,  
y ved que os la ofrezco yo,

»en perpetuo señorío  
la cumplida donación  
de Soria y de Monteagudo, 15  
de Almansa, Atienza y Serón.

»Y a más doscientas mil doblas  
de oro, de ley superior,  
con el cuño de Castilla,  
con el sello de León, 20

»para que paguéis la hueste  
de allende que está con vos,  
y con que fundéis estado  
donde más os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro, 25  
que es legítimo, otro no;  
coronad vuestras proezas  
con tan generosa acción.»

\* \* \*

Así cuando en Occidente,  
tras siniestro nubarrón, 30  
un anochecer de marzo  
su lumbre ocultaba el sol,  
al pie del triste castillo  
de Montiel, donde el pendón  
vencido del rey don Pedro, 35  
aun daba a España pavor;

Men Rodríguez de Sanabria  
con Beltrán Claquín hablo;  
y éste le dio por respuesta  
con francesa lengua y voz: 40

\* \* \*

«Castellano caballero,  
pues hidalgo os hizo Dios,  
considerad que vasallo  
del rey de Francia soy yo;  
»y que de él es enemigo 45  
don Pedro, vuestro señor,  
pues en liga con ingleses  
le mueve guerra feroz.

»Considerad que sirviendo  
al infante Enrique está, 50  
que le juré pleitesía,  
que gajes me da y ración.

»Mas ya que por caballero  
vení a buscarme vos,  
consultaré con los míos 55  
si os puedo servir o no.

»Y como ellos me aconsejen  
que dé a don Pedro favor,  
y que sin menguar mi honra  
puedo guarecerle yo, 60

»en siendo la medianoche  
pondré un luciente farol  
delante de la mi tienda  
y encima de mi pendón.  
»Si lo veis, luego veníos 65  
vuestro rey don Pedro y vos  
en sendos caballos, solos,  
sin armas y sin temor.»  
Dijo el francés, y a su campo  
sin despedirse tornó, 70  
y en silencio, hacia el castillo,  
retiróse el español.

## Romance Segundo

### El Castillo

Inútil montón de piedras,  
de años y hazañas sepulcro,  
que viandantes y pastores 75  
miran de noche con susto,  
cuando en tus almenas rotas  
grita el cárabo nocturno  
y recuerda las consejas  
que de ti repite el vulgo; 80  
escombros que han perdonado,  
para escarmiento del mundo,  
la guadaña de los siglos,  
el rayo del cielo justo:  
esqueleto de un gigante, 85  
peso de un collado inculto,  
cadáver de un delincuente  
de quien fue el tiempo verdugo;  
Nido de aves de rapiña,  
y de reptiles inmundos 90  
vivar, y en que eres lo mismo,  
de lo que eras ha cien lustros;  
pregonero que publicas  
elocuente, aunque tan mudo,  
que siempre han sido los hombres 95  
miseria, opresión, orgullo;  
de Montiel viejo castillo,  
montón de piedras y musgo,  
donde en vez de centinelas  
gritan los siniestros búhos, 100

¡cuán distinto te contemplo  
de lo que estabas robusto,  
la noche aquella que fuiste  
del rey don Pedro refugio!

\* \* \*

Era una noche de marzo, 105  
de un marzo invernal y crudo,  
en que con negras tinieblas  
se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre  
del homenaje el oscuro 110  
cielo taladraba altiva,  
formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,  
por el espacio confuso,  
pesadas nubes rodaban 115  
del huracán al impulso.

Del huracán, que silbando  
azotaba el recio muro  
con espesa lluvia a veces,  
y con granizo menudo; 120  
y a veces rasgando el toldo

de nubarrones adustos,  
dos o tres rojas estrellas,  
ojos del cielo sañudos,  
descubría amenazantes 125  
sobre el edificio rudo  
y sobre el vecino campo  
del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,  
como cercan a un difunto 130  
las amarillas candelas,  
fogatas de triste anuncio,  
pues eran del enemigo  
vencedor, y que sañudo  
el asalto preparaba 135  
codicioso y furibundo.

\* \* \*

De la triste fortaleza  
no aspecto de menos susto  
el interior presentaba,  
último amparo y recurso 140

De un ejército vencido,  
desalentado, confuso;  
de hambre y sed atormentado,  
y de despecho convulso.

En medio del patio ardía 145  
una gran lumbrada, a cuyo  
resplandor de infierno, en torno  
varios satánicos grupos

apiñados se veían,  
en lo interno de los muros 150  
altas sombras proyectando  
de fantásticos dibujos.

Gente era del rey don Pedro,  
y se mostraban los unos  
de hierro y sayos vestidos; 155  
los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,  
dando tristes ayes, muchos  
la sangre se restañaban  
con lienzos rotos y sucios. 160

Otros cantaban a un lado  
mil cánticos disolutos,  
y fanfarronas blasfemias  
lanzaba su labio inmundo.

Allá de una res asada 165  
los restos fríos y crudos  
se disputaban feroces,  
esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros  
y desastrosos anuncios, 170  
que escuchaban los cobardes  
pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros  
hallan respeto ninguno,  
ni el orden y disciplina 175  
restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,  
nadie vigila en los muros,  
todo es peligro y desorden,  
todo confusión y susto: 180

los relinchos de caballos,  
los ayes de moribundos,  
las carcajadas, las voces,  
las blasfemias, los insultos,  
el crujido de las armas, 185

los varios trajes, los duros  
rostros formaban un todo  
tan horrendo y tan confuso,  
alumbrado por la llamas  
o escondido por el humo, 190  
que asemejaba una escena  
del infierno y no del mundo.

\* \* \*

El rey don Pedro, entre tanto  
separado de los suyos,  
en una segura cuadra 195  
se entregó al sueño profundo.

Mientras en un alta torre,

despreciando los impulsos  
del huracán y la lluvia,  
de lealtad noble trasunto, 200  
Men Rodríguez de Sanabria  
no separaba ni un punto,  
del lado donde sus tiendas  
la francesa gente puso,  
los ojos y el pensamiento, 205  
ansiendo anhelante y mudo  
ver la señal concertada,  
astro de benigno influjo,  
norte que de sus esfuerzos  
pueda dirigir el rumbo, 210  
por donde su rey consiga  
de salud puerto seguro.

### Romance Tercero

#### El dormido

Anuncia ya medianoche  
la campana de la Vela,  
cuando un farol aparece 215  
de Claquín ante la tienda.  
Y no mísero piloto,  
que sobre escollos navega,  
perdido el rumbo y el norte  
en noche espantosa y negra, 220  
ve al doblar un alta roca  
del faro amigo la estrella,  
indicándole el abrigo  
de seguro puerto cerca,  
Con más placer que Sanabria 225  
la luz que el alma le llena  
de consuelo, y que anhelante  
esperó entre las almenas.  
Latiéndole el noble pecho  
desciende súbito de ellas, 230  
y ciego bulto entre sombras  
el corredor atraviesa.  
\* \* \*  
Sin detenerse un instante  
hasta la cámara llega,  
do el rey don Pedro descanso 235  
buscó por la vez postrera.

Sólo Sanabria la llave  
tiene de la estancia regia,  
que a noble de tanta estima  
solamente el rey la entrega. 240

Cuidando de no hacer ruido  
abre la ferrada puerta,  
y al penetrar sus umbrales  
súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio 245  
de vasallo que se acerca  
a postrarse reverente  
de su rey en la presencia;

no aquel que agobiaba a todos  
los hombres de aquella era, 250  
al hallarse de improviso  
con el rey don Pedro cerca,

sino de más alto origen,  
cual si en la cámara hubiera  
una cosa inexplicable 255  
sobrenatural, tremenda.

\* \* \*

Del hogar la estancia toda  
falsa luz recibe apenas  
por las azuladas llamas  
de una lumbre casi muerta. 260

Y los altos pilarones,  
y las sombras que proyectan  
en pavimento y paredes,  
y el humo leve que vuela  
por la bóveda y los lazos 265

y los mascarones de ella,  
y las armas y estandartes  
que pendientes la rodean,  
todo parece movable,  
todo de formas siniestras, 270  
a los trémulos respiros  
de la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria,  
al entrar en tal escena  
se siente desfallecido, 275  
y sus duros miembros tiemblan,  
advirtiéndole que don Pedro  
no en su lecho, sino en tierra,  
yace tendido y convulso,  
pues se mueve y se revuelca, 280  
con el estoque empuñado,  
medio de la vaina fuera,  
con las ropas desgarradas,  
y que solloza y se queja.

Quiere ir a darle socorro..., 285



mas, ¡ay!, en vano lo intenta,  
en un mármol convertido  
quédase clavado en tierra,  
oyendo al rey balbuciente,  
so la infernal influencia 290  
de ahogadora pesadilla,  
prorrumpir de esta manera:  
\* \* \*

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!  
quita, quita... que me aprietas  
el corazón con tus manos 295  
de hierro encendido..., espera.

»Don Fadrique no me ahogues...  
No me mires, que me quemas.  
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...  
¿Qué queréis traidores?, ¡ea! 300

»Mil vidas os arrancara  
¿No tembláis?... Dejadme... afuera,  
¿También tú, Blanca?... Y aún tienes  
mi corona en tu cabeza...

»¿Osas maldecirme? ¡Inicua! 305  
Hasta Bermejo se acerca...  
¡Moro infame!... Temblad todos.  
Mas, ¿qué turba me rodea?...

»¡Zorzo, a ellos!: ¡Sus, Juan Diente,  
¿Aún todos viven?... Pues mueran. 310  
Ved que soy el rey don Pedro,  
dueño de vuestras cabezas.

»¡Ay, que estoy nadando en sangre!  
¿qué espadas, decid, son ésas?...  
¿qué dogales?, ¿qué venenos?, 315  
¿qué huesos?, ¿qué calaveras?...

»Roncas trompetas escucho...  
Un ejército me cerca,  
¿y yo a pie?... Denme un caballo  
y una lanza... Vengan, vengan. 320

»Un caballo y una lanza.  
¿Qué es el mundo en mi presencia?  
Por vengarme doy mi vida;  
por un corcel, mi diadema.

»¿No hay quien a su rey socorra?» 325  
A tal conjuro se esfuerza  
Sanabria, su pasmo vence,  
y exclama: «Conmigo cuenta.»  
\* \* \*

A sacar el rey acude  
de la pesadilla horrenda: 330  
«¡Mi rey! ¡Mi señor!» le grita,  
y lo mueve, y lo despierta  
Abre los ojos don Pedro

y se confunde y se aterra,  
hallándose en tal estado 335  
y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce  
al noble Sanabria, alienta,  
y, «Soñé que andaba a caza»,  
dice con turbada lengua. 340

Sudoroso, vacilante,  
se alza del suelo, se sienta  
en un sillón, y pregunta:  
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»  
«Señor -responde Sanabria-, 345  
el francés hizo la seña.»  
«Pues vamos, -dice don Pedro-,  
haga el Cielo lo que quiera.»

#### Romance Cuarto

#### Los dos hermanos

De Mosén Beltrán Claquín  
ante la tienda de pronto, 350  
páranse dos caballeros  
ocultos en los embozos.

El rey don Pedro era el uno,  
Rodríguez Sanabria el otro,  
que en la fe de un enemigo 355  
piensan encontrar socorro.

Con gran prisa descabalgan,  
y ya se encuentran en torno  
rodeados de franceses  
armados y silenciosos, 360  
en cuyos cascos gascones,  
y en cuyos azules ojos  
refleja el farol, que alumbra  
cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda 365  
ya vacilantes, pues todo  
empiezan a verlo entonces  
de aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar  
alumbra trémula y poco, 370  
mas deja ver un bufete,  
un sillón de roble tosco,  
un lecho y una armadura,

y lo que fue más asombro,  
cuatro hombres de armas inmóviles, 375  
de acero vivos escollos.

\* \* \*

Don Pedro se desemboza  
y: «Vamos ya», dice ronco,  
y al instante uno de aquéllos,  
con una mano de plomo, 380

que una manopla vestía  
de dura malla, brioso  
ase el regio brazo y dice:  
«Esperad, que será poco.»

Al mismo tiempo a Sanabria 385  
por detrás sujetan otros,  
arráncanle de improviso  
la espada, y cúbrenle su rostro.

«Traición!, traición!», gritan ambos  
luchando con noble arrojo; 390  
cuando entre antorchas y lanzas  
en la escena entran de pronto

Beltrán Claquín, desarmado,  
y don Enrique, furioso,  
cubierto de pie a cabeza 395  
de un arnés de plata y oro,  
y ardiendo limpia en su mano  
la desnuda daga, como  
arde el rayo de los cielos,  
que va a trastornar el polo, 400

de don Pedro el brazo suelta  
el forzado armado, y todo  
queda en profundo silencio,  
silencio de horror y asombro.

\* \* \*

Ni Enrique a Pedro conoce, 405  
ni Pedro a Enrique: apartólos  
el Cielo hace muchos años,  
años de agravios y enconos,  
un mar de rugiente sangre,  
de huesos un promontorio, 410  
de crímenes un abismo,  
poniendo entre el uno y otro.

Don Enrique fue el primero  
que con satánico tono:  
«¿Quién de estos dos es -prorrumpe- 415  
el objeto de mis odios?»

«Vil bastardo -le responde  
don Pedro, iracundo y torvo-,  
yo soy tu rey; tiembla, aleve;  
hunde tu frente en el polvo.» 420

Se embisten los dos hermanos;

y don Enrique, furioso,  
como tigre embravecido,  
hiere a don Pedro en el rostro.

Don Pedro, cual león rugiente, 425  
«¡Traidor!», grita; por los ojos  
lanza infernal fuego, abraza  
a su armado hermano, como  
a la colmena ligera  
feroz y forzado el oso, 430  
y traban lucha espantosa  
que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,  
se hieren de un lado y otro,  
la tierra inundan en sangre, 435  
lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,  
dagas, dientes, uñas, todo  
es de aquellos dos hermanos  
a saciar la furia poco. 440

\* \* \*

Pedro a Enrique al cabo pone  
debajo, y se apresta, ansioso,  
de su crueldad o justicia  
a dar nuevo testimonio,  
cuando Claquín, ¡oh desgracia!, 445  
(en nuestros debates propios  
siempre ha de haber extranjeros  
que decidan a su antojo);

Cuando Claquín, trastornando  
la suerte llega de pronto, 450  
sujeta a don Pedro, y pone  
sobre él a Enrique, alevoso,  
diciendo el aventurero  
de tal maldad en abono:  
«Sirvo en esto a mi señor: 455  
ni rey quito ni rey pongo.»

No duró más el combate;  
de su rey en lo más hondo  
del corazón, la corona  
busca Enrique, hunde hasta el pomo 460  
el acero fratricida,  
y con él el puño todo  
para asegurarse de ella,  
para agarrarla furioso.

Y la sacó... ¡goteando 465  
sangre!... De funesto gozo  
retumbó en el campo un «viva»,  
y el infierno repitiólo.

Don Álvaro de Luna

Cuatro romances: I, 180 versos en é-o; II, 140, í-o; III, 184, ú-a y IV, 160, é-a8. Total, 592 versos.

Entre las crónicas de la vida y muerte de don Álvaro de Luna que utilizó Rivas están la Crónica del Cardenal González de Mendoza. Apología de D. Alvaro de Luna. Parte V, de Pedro Salazar de Mendoza; la Crónica de D. Álvaro de Luna, de autor anónimo; la Crónica de D. Juan II, año 1453, cap. II de Fernán Pérez de Guzmán y, en particular, el Centón epistolario, superchería que corrió mucho tiempo a nombre del bachiller Fernán Gómez de Ciudarreal. Quizás la idea de tratar este asunto le viniera de Quintana, cuya Vida de don Álvaro de Luna, también basada en el mismo Centón, apareció en 1833, ya que Rivas dio fin a este romance en París y en el mismo año<sup>9</sup>.

Destacan aquí la escena costumbrista inicial, la descripción de la comitiva, en la que contrastan los colores que viste el Maestre con el blanco y negro de sus acompañantes; severidad y luto que se repite más adelante con motivo del cortejo camino del cadalso.

El de Luna es «un cristiano, un caballero, / un hombre de fe y de alcurnia» que pasa por el romance como una imagen de resignado infortunio. Cada vez más cercano su fin, crece en dignidad y estatura moral, mostrándose superior a cuantos le rodean y al mismo rey -«¡Grande mal es la flaqueza / en hombre que cetro empuña!»-, quien es víctima de su falta de ánimo y de su impotencia.

Hasta el espléndido final, sigue el poeta muy de cerca el supuesto relato de Ciudarreal, aunque haya substituido el puñal de la Crónica y de los romances por un hacha, más efectista y más noble, que pone fin a la vida del Condestable.

## Romance Primero

### La venta

En la ruta de Portillo  
y en las márgenes del Duero,  
hubo (aún escombros lo dicen)  
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana 5  
estaba sentado un lego  
de San Francisco, tres mulas  
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina

se hallaban dos reverendos, 10  
de una sartén apurando  
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía,  
sin caperuza, el ventero,  
que solícito llenaba 15  
las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,  
predicador del convento  
del Abrojo; el otro un fraile  
anciano, de ciencia y peso. 20

\* \* \*

Aunque con buen apetito,  
mustios ambos y en silencio  
se mostraban, cuando el huésped  
les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres, 25  
que el condestable está preso?...  
Anoche dio esta noticia,  
que nos pasmó, un caballero.»

Contestóle el religioso:  
«Pues no os engañó, que es cierto.» 30

Y continuó el padre Espina:  
«Sí, desengaños son éstos  
»que avisan a los mortales  
de que son percederos  
los bienes que nos da el mundo, 35  
y su grandeza, embeleco.»

El villano, sin turbarse,  
le cortó el sermón diciendo:  
«Y también de que castiga  
sin palo ni piedra el cielo. 40

»Aún está fresca la sangre  
de Alonso López Vivero.  
Yo estaba al pie de la torre  
cuando el condestable mismo  
»lo arrojó de ella; y he visto 45  
de oro las cargas a cientos  
entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,  
»que hechizado al rey tenía,  
y aún añaden ...» «No debemos 50  
-dijo, grave, el religioso-  
dar a hablilla tal acceso.»

\* \* \*

La ventera, que hasta entonces  
se estuvo callada al fuego,  
con la mano en la mejilla 55  
mostrando gran sentimiento,  
y que era, aunque no muy verde,

fresca y limpia con extremo,  
abultada de pechera  
y con grandes ojos negros, 60  
saltó súbita: «Envidiosos  
que no sirven, ni por pienso,  
para descalzarle han sido  
los que en trance tal le han puesto.»

Díjole el marido: «Calla.» 65  
Y ella respondió: «No quiero...  
¡Qué señor tan llano..., parte  
el corazón!... Mes y medio  
»Hace que le vimos todos  
tan galán, en el festejo 70  
que se celebró en la plaza  
de Valladolid... ¡Qué diestro!  
»¡Qué valiente!... ¡Qué gallardo!  
Fue el único del torneo.»

«Calla», con cólera grande 75  
volvió a decir el ventero;  
y ella, en vez de obedecerle,  
a continuar: «¡Qué discreto!  
El oírle daba gusto...

Alfonso López Vivero 80  
»era un vil que lo vendía.»  
«Calla», repitió de nuevo  
más airado el hombre; y ella:  
«No me da la gana; cierto

»Es cuanto digo... El tesoro 85  
lo ganó en la guerra, o premio  
es que el rey le ha dado en paga  
de servicios que le ha hecho.

»La reina y los ricoshombres  
revoltosos y soberbios...»- 90  
«Maldita tu lengua sea  
-clamó, furioso, el ventero-.

»Tú, porque allá te criaste  
en su palacio, y... yo ¡necio!»  
y ella prosiguió llorando: 95  
«La tonta fui yo, mostrenco.»

Iban en el matrimonio  
a poner paz y concierto  
los padres, cuando «¡Ya llegan!»,  
gritó desde fuera el lego; 100

y dejando a los esposos,  
que sin duda prosiguiendo  
la disputa, la acabaran  
a puñadas, según temo,  
fuéronse a la puerta al punto, 105  
sobre sus mulas subieron,  
y aquella venta dejaron

hecha un abreviado infierno.

## Romance Segundo

### El camino

Se alza una nube de polvo  
de lejos por el camino, 110  
y al tropel que la levanta  
borra y tiene confundido.

En ella relampaguean  
reflejos de acero limpio,  
y forman un trueno sordo 115  
herraduras y relinchos.

Dando lugar a que llegue,  
los religiosos franciscos  
a lento paso se ponen,  
y atrás miran de continuo. 120  
\* \* \*

Se acerca gran cabalgada,  
y vese claro y distinto  
que Diego Estúñiga, el joven,  
es de ella jefe y caudillo.

En un alazán fogoso 125  
viene, de hierro vestido,  
la gruesa lanza en la cuja,  
la luenga espada en el cinto;  
un penacho jalde y negro,  
cual matorral sobre un risco, 130  
ondea sobre su almete,  
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,  
de una cadena ceñido,  
ostenta la banda negra, 135  
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,  
de la cimera al estribo  
armados de punta en blanco,  
y en las lanzas pendoncillos. 140

Marchan todos en silencio,  
y en todos el sobrescrito  
de gran duelo y gran tristeza  
se ve de ballesta a tiro.

Se dijera ser la escolta, 145  
no de un caballero vivo,



sí de un caballero muerto  
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía,  
cabizbajo y abatido, 150  
caballero en una mula  
con jaeces hartos ricos,  
un insigne personaje,  
de aspecto notable y digno,  
de estatura no muy alta, 155  
pero gallarda y de brío.

Un sayo de paño verde  
con franjas de oro guarnido  
es su traje, y lleva al hombro,  
más blanco que los armiños, 160  
un gran manto, en cuyos pliegues  
la cruz roja, distintivo  
de maestro de Santiago,  
luce en recamo prolijo,  
y una toca de velludo 165  
negro con bordados picos,  
mas sin airón ni garzota,  
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,  
bien que apagado y sombrío, 170  
y su aire tan de persona  
de poder y de dominio,  
que por más que se notaba  
ser un preso, descubrirlo  
sin sentir era imposible 175  
cierto respeto sumiso.

Don Álvaro era de Luna,  
del rey don Juan favorito,  
que a Castilla largos años  
rigió sin freno a su arbitrio. 180  
\* \* \*

Cuando emparejó la tropa  
con los dos padres franciscos,  
paráronse éstos, y humildes,  
saludo cortés y fino

hicieron al condestable, 185  
de quien eran muy amigos.  
don Álvaro contestóles  
tan galán como expresivo.

Ellos en la armada escolta  
se ingirieron de improviso, 190  
tomando del gran maestro  
a uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron  
todos en silencio hundidos;  
pero al cabo el padre Espina 195

se resolvió, y así dijo:

«En verdad, señor, que valen  
poco del mundo mezquino  
las honras y los haberes  
para el varón de juicio. 200

»El hombre cristiano y cuerdo  
debe hacia norte más fijo  
encaminar su esperanza,  
servir sólo a Dios benigno.

»Lo que nos da, lo mantiene, 205  
y al que busca en Él asilo,  
para siempre se lo acuerda  
en eterno paraíso.»

Con grande atención escucha  
tan saludables avisos 210  
don Álvaro, que engañado  
juzgó, al salir de Portillo,  
que iba a recobrar honores,  
favor, riqueza y dominio;  
y entreviendo en el instante 215  
su verdadero destino,

se estremeció a pesar suyo,  
cubrióse de sudor frío,  
y, «¿Voy a morir acaso?»  
preguntó como indeciso. 220

Contestóle el religioso:  
«Todos; mientras somos vivos,  
vamos a morir. El hombre  
que va preso... en más peligro...»  
- «Basta -exclamó el condestable, 225  
y dando a su aspecto altivo  
gran dignidad y gran calma,  
y al semblante noble brillo-,

»Basta -siguió- no es la muerte,  
cuando se sabe de fijo 230  
que llega, tan espantosa  
como el vulgo vil ha dicho.

»Venga pues: si el rey lo quiere,  
yo con gusto la recibo.  
Padres, hasta el duro trance 235  
no me dejéis, os suplico.»

Oyendo tales razones  
lloró Estúñiga escondido  
en su celada, y lloraron  
hasta los armados mismos. 240

Ambos buenos religiosos  
cumplieron bien con su oficio,  
consolando al condestable  
con discreción y con tino,  
y él, oyéndolos atento, 245

siguió la marcha tranquilo,  
sin dar de dolor ni susto  
en su noble rostro viso.

### Romance Tercero

Las calles. La capilla. El palacio

Para quién al día siguiente  
mira la muerte segura, 250  
el declinar de la tarde  
solemnidad tiene mucha.  
En el sol, que va a ponerse,  
y espeso vapor ofusca  
(semejante a un rey que el trono 255  
a su pesar desocupa,  
y dignidad conservando  
del mundo huye, y se sepulta  
donde los hombres no adviertan  
su dolor y desventuras), 260  
con honda atención los ojos  
clavó don Álvaro de Luna.  
Así que lo vio transpuesto  
lanzó un suspiro de angustia,  
como el que lanza el amante 265  
cuando el horizonte oculta  
el bajel en que su amada  
los desiertos mares surca  
para no volver. Ansioso  
lleva sus miradas mudas 270  
a los montes apartados  
cuyas cumbres aún relumbran;  
a los ya enlutados bosques,  
a las calladas llanuras,  
a los altos campanarios 275  
que entre nieblas se dibujan;  
retardar el despedirse  
de la perspectiva augusta  
que presenta el Universo,  
parece que sólo busca. 280  
Y al notar que poco a poco  
la luz menguante y confusa  
del crepúsculo confunde  
la escena que le circunda,  
piensa ya ver de la muerte 285

la terrible sombra, en cuya  
oscuridad para siempre  
corre a hundirse, y se atribula.

Sus pensamientos penetran  
los doctos frailes, y endulzan 290  
con eternas esperanzas  
su meditación profunda.

\* \* \*

Entre dos luces llegaron  
a Valladolid, y turba  
desordenada en las calles 295  
con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero  
por la calle y casa cruzan,  
donde viven sus criados,  
donde llora su viuda. 300

Aquéllos, como canalla  
que si al poderoso adula,  
en cuanto le ve caído  
feroz le escarnece y burla,  
de la cabalgada el paso 305  
atajan con negra furia,  
y con denuestos y voces  
al ilustre preso insultan.

Éste, furioso (presente  
el tiempo pasado, juzga 310  
que aún conserva el poderío,  
que aún domina a la fortuna),

lleva soberbio la mano  
a buscar en su cintura  
la guarnición de la espada... 315  
Mas, ¡ay! en vano la busca.

Va preso..., espada no lleva...  
¡Ah!... Lo advierte, y furibunda  
mirada va a dar al cielo;  
mas se anonada y conturba. 320

Queda con los ojos fijos,  
parece su faz difunta;  
tiembla, y en sudor helado  
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro... 325  
¡Un espectro!... Sí, la mula  
algo ve también; esquiva,  
se recela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero  
ha salido de la tumba 330  
la sombra? De que el maestro  
ante sí la vio, no hay duda.

En confesión se lo dijo  
aquella noche con muchas

lágrimas al padre Espina...; 335  
de Dios la venganza es justa.  
Con el cuento de la lanza  
a palos abre la turba  
Estúñiga denodado,  
y la atropella y asusta, 340  
y en salvo al ilustre preso  
condujo a la casa suya,  
en que estaba preparada  
una capilla segura,  
donde pasó el condestable 345  
con la espiritual ayuda  
noche serena, pidiendo  
a Dios perdón de sus culpas.  
Cenó, durmió cortos ratos,  
repitió también algunas 350  
trovas del famoso Mena  
que pintan como locuras  
las mundanas ambiciones;  
oró con fervor, en suma:  
fue un cristiano, un caballero, 355  
un hombre de fe y de alcurnia.

\* \* \*

Entre tanto, el que parece  
ser el reo, a quien la dura  
sentencia estaba leída,  
y a quien la cuchilla aguda 360  
del verdugo amenazaba,  
era el rey... ¡Mísero!, lucha,  
náufrago desventurado,  
en airado mar de angustias.

Ama a don Álvaro, mira 365  
su sentencia como injusta;  
de la reina y de los grandes  
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,  
y hasta su existencia juzga, 370  
y que al morir el maestre  
abrazadas irán juntas

el alma de aquel amigo  
y el alma afligida suya.  
¡Grande mal es la flaqueza 375  
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,  
rasgando sus vestiduras,  
paseándose sin tino  
por la cámara, que alumbra 380  
una lámpara medrosa  
que en el cortinaje abulta  
vagas sombras..., ¡infelice!

¡Qué noche pasó!... Que ocupa  
ve un rincón de aquella sala, 385  
de pie, con la boca muda,  
su físico Fernán Gómez.  
A él se va, las manos juntas,  
y, suplicante, le dice:  
«Si es que mi salud procuras, 390  
anda a ver al condestable,  
así Dios te dé su ayuda.»

El bachiller respondióle:  
«Le debo mercedes muchas;  
perdone vueseñoría, 395  
no oso verle en tal angustia.»

Conmovido el rey, en llanto  
rompió y en voces confusas,  
que el alma a Gómez partieron,  
según dicen cartas suyas. 400

\* \* \*

Entró al estruendo la reina  
en la cámara, cual una  
aparición, como maga  
que viene a doblar astuta  
los encantos y conjuros 405  
con que alto preso asegura,  
y con que la empresa afirma,  
de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol  
al verla; ella le pregunta: 410  
«¿Qué es esto?», y oyendo: «Nada»,  
retiróse muy adusta.

Largo rato el rey estuvo  
cual ligado por la oculta  
fuerza del prestigio. Luego 415  
torna a más reñida pugna  
de afectos; la amistad vence,  
llama con voz resoluta  
a Solís, su maestresala,  
dícele: «Al momento busca 420  
»a Diego Estúñiga, y dile...»

En su garganta se anuda  
la voz, porque entra la reina  
otra vez..., calla y trasuda.

La reina a Solís llevóse, 425  
y el rey abrió con presura  
el balcón, cual si quisiese  
gozar del aura nocturna;  
y el trono, cetro y corona  
maldiciendo en voces mudas, 430  
ojos de lágrimas llenos  
clavó en la menguante luna.

## Romance Cuarto

### La plaza

Mediada está la mañana;  
ya el fatal momento llega,  
y don Álvaro de Luna 435  
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,  
y en Dios la esperanza puesta,  
sereno baja a la calle,  
donde la escolta le espera. 440

Cabalga sobre su mula,  
que adorna gualdrapa negra,  
y tan airoso cabalga,  
cual para batalla o fiesta;

un sayo de paño negro 445  
sin insignia ni venera  
es su traje, y con el garbo  
que un manto triunfal, lo lleva;  
y sin toca ni birrete,  
ni otro adorno, descubierta, 450  
bien aliñado el cabello,  
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos  
se asen de las estriberas,  
y hombres de armas en buen orden 455  
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro  
con tan gallarda presencia  
y con tan sereno rostro,  
que impone a cuantos le encuentran. 460

Sus enemigos no osan  
clavar la vista soberbia  
en él, como consternados  
ya de su venganza horrenda;  
sus partidarios parecen 465  
decirle con mudas lenguas  
que aún morirán por salvarle  
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible  
por todas las calles reina, 470  
que, o gran terror o despecho,  
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente  
de cuando en cuando se quiebra  
con la voz del pregonero 475  
que a los más valientes hiela,

Diciendo: «Esta es la justicia  
que facer el rey ordena  
a este usurpador tirano  
de su corona y su hacienda.» 480

Siempre que oye el condestable  
este vil pregón, aprieta  
la mano del padre Espina  
que en voz sumisa le esfuerza.

\* \* \*

Arriba a la triste plaza, 485  
que ha pocos días le viera  
tan galán en el torneo,  
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso  
el cuadrado espacio llena; 490  
vese una masa compacta  
de rostros y de cabezas.

Parece que el pavimento  
se ha elevado de la tierra,  
o que casas y palacios 495  
su basa han hundido en ella.

Un callejón, que tapiales  
de hombres apiñados cierran,  
sirviéndole de linderos  
lanzas en vez de arboleda, 500

ofrece paso hasta donde  
lecho de muerte descuella,  
en mitad del gran gentío,  
que como la mar olea;

el reducido tablado, 505  
enlutado con bayetas,  
una gran tumba parece  
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado  
un altar a la derecha, 510  
de terciopelo vestido,  
y entre amarillas candelas,

cuya luz el sol deslustra  
y arder el viento no deja,  
un crucifijo de plata 515  
en cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde  
colocado a la izquierda;  
cerca de él se ve una escarpia  
en un pilar de madera, 520

y en medio, de firme, un tajo,



delante una almohada negra,  
y un hacha, en cuya cuchilla  
los rayos del sol reflejan.

\* \* \*

Al pie del cadalso el reo 525  
de la alta mula se apea;  
fervoroso el padre Espina  
con él sube y no le deja.

De pie ya sobre el tablado  
tres personas se presentan 530  
a las medrosas miradas  
de la muchedumbre inmensa:

el ministro de la muerte,  
el que lo es de vida eterna,  
y el que dando al uno el cuerpo 535  
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo  
de atreverse a tal alteza,  
necio terror da a su frente  
que cubre jalde montera. 540

El religioso, metido  
en su capucha, se queda  
de mármol, cruza los brazos,  
y con fervor mudo, reza.

\* \* \*

El condestable, sereno, 545  
el pie al crucifijo besa,  
y luego tiende los ojos  
por la turba que le observa;

y viendo junto al tablado,  
en actitud lastimera, 550

a Morales, su escudero,  
hecho de lealtad emblema,

le llama, de oro un anillo,  
que el sello de sellar era  
de su puridad las cartas, 555  
del pulgar quita, y le entrega,

diciéndole: «Amigo, toma,  
ya no conservo otra prenda.»

Después atisbó a Barrasa,  
paje del príncipe, cerca, 560

y así le habló en voz sonora:  
«Dile a tu dueño que vea  
de dar a los que le sirvan  
otra mejor recompensa.»

Viendo el pilar y la escarpia, 565  
¿«Para qué?» pregunta. Tiembla  
el sayón, y le responde,  
hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el condestable

con una sonrisa acerba: 570  
 «Después de yo degollado,  
 nada son cuerpo y cabeza.»  
 Entonces el padre Espina  
 que piense sólo, le ruega,  
 en Dios, y él: «Padre, es mi norte 575  
 y mi esperanza», contesta.  
 Se ajusta el traje, descubre  
 la garganta, ve que llega  
 el verdugo para atarle  
 las manos con una cuerda; 580  
 saca del seno una cinta  
 labrada con oro y seda,  
 y, «Átalas -le dice-, amigo,  
 si es necesario, con ésta.»  
 De hinojos en la almohada 585  
 se pone, el cuello presenta,  
 el religioso le grita:  
 «Dios te abre los brazos, vuela.»  
 El hacha cae como un rayo,  
 salta la insigne cabeza, 590  
 se alza universal gemido  
 y tres campanadas suenan.

#### Recuerdos de un grande hombre

Seis romances: I, 136 versos en í-a; II, 296, é-a; III, 388, á-a; IV, 248, é-o; V, 188, ó-e y VI, 153, ú-o. Total 1409 versos. Lo mismo que Recuerdos de un veterano, va fechado en Gibraltar y en 1837, durante el segundo exilio de Rivas, y es el más extenso de todos los Romances históricos. Cuenta la historia de Colón desde su llegada a la Rábida hasta el descubrimiento de la tierra americana. Fuente principal es la Vida y viajes de Cristóbal Colón de Washington Irving, a la que se pueden añadir los recuerdos que el propio Rivas guardaba de Córdoba y de los alrededores de la Rábida. El episodio final (IV) nos recuerda otra composición suya, «Cristóbal Colón» («Un mar desconocido ronco brama...»), fechada en Londres en 1824-10.

Por más que este romance sea fiel a la historia, tal como la cuenta Irving, y rebose entusiasmo patriótico, no me parece de los más felices. La detallada y extensa narración en verso de los infortunios de Colón termina por hacerse fastidiosa y llega a perder interés tras algunos cientos de versos. Brillantes son las descripciones de Córdoba en tiempo de guerra (III), del gabinete de la reina Católica (V) y del largo temporal que padecen los descubridores (VI).

A mi sobrino  
El Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón y La-Cerda  
Marqués de la Jamaica.

## Romance Primero

### El niño hambriento

A media legua de Palos,  
sobre una mansa colina,  
que dominando los mares  
está de pinos vestida,  
de la Rábida el convento, 5  
fundación de orden francisca,  
descuella desierto, solo,  
desmantelado, en ruínas,  
no por la mano del tiempo,  
aunque es obra muy antigua, 10  
sino por la infame mano  
de revueltas y codicias,  
que a la nación envilecen  
y al pueblo desmoralizan,  
destruyendo sus blasones, 15  
robándole sus doctrinas.  
De este olvidado convento,  
ante la portada misma,  
en la llana plataforma,  
sitio de admirable vista, 20  
una mañana de marzo,  
mientras que solemne misa  
en la iglesia se cantaba,  
y escaso concurso oía,  
tres y medio siglos hace, 25  
para gloria de Castilla,  
apareció un extranjero  
de presencia extraña y digna.  
En aquel punto acababa  
de llegar allí; vestía 30  
justillo de roja tela,  
aunque usada y vieja, fina.  
Un manto de lana pardo  
con mangotes y capilla,  
un birrete de velludo, 35

y de orejeras caídas,  
unas portuguesas botas,  
más enlodadas que limpias,  
y bajo el brazo, pendiente,  
un zurrón, saco o mochila, 40  
donde un pequeño astrolabio,  
una brújula marina,  
un libro de devociones  
y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente, 45  
penetrante era su vista,  
su nariz, algo aguileña;  
su boca, muy expresiva;  
proporcionados, sus miembros,  
y su edad, si no florida, 50  
tampoco tan avanzada  
que llegase a estar marchita.

\* \* \*

Con el cariño de padre,  
de la mano conducía  
un cansado y tierno niño, 55  
de belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro  
de rosa y jazmín lucían  
dos nobles ojos azules,  
llenos de inocencia y vida; 60  
y desde su ebúrnea frente  
por su cuello descendían  
los cabellos anillados  
que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo 65  
que de Urbino el gran artista,  
en los ángeles copiaba,  
que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre  
a la sombra parecía 70  
un lirio fresco y lozano  
que nace al pie de una encina.

\* \* \*

Este extraño personaje,  
con esta criatura linda,  
taciturno paseaba 75  
con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante,  
que rizaba fresca brisa,  
como buscando una senda  
giraba ansiosa la vista. 80

Ora allá en el horizonte  
de Occidente la ponía,  
cual si algún objeto viera,

inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada 85  
de entusiasmo y de fe viva  
daba, animando su rostro  
una inspirada sonrisa;

y ya de pronto inclinando  
la frente a tierra, teñían 90  
melancólicos colores  
sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos  
y de su inquietud continua,  
sacóle la voz del niño 95  
que pan y agua le pedía;

pues en cuanto oyó su acento  
y vio su aflicción, se inclina;  
tierno le toma en los brazos,  
lo consuela, lo acaricia, 100

y diligente se acerca  
a la abierta portería,  
a demandar el socorro  
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego; 105  
que entre en el claustro le indica,  
y que en un escaño espere  
mientras él va a la cocina.

\* \* \*

Fray Juan Pérez de Marchena,  
guardián entonces por dicha, 110  
junto a los viajeros pasa  
volviendo de decir misa,

y curioso contemplando  
su apariencia peregrina,  
informóse del socorro 115  
que cortésmente pedían.

Y por un secreto impulso  
que en favor de ellos le anima,  
inspiración de los cielos  
que su nombre inmortaliza, 120

o porque era religioso  
de caridad y de eximia  
virtud, y muy compasivo  
con cuantos allí venían,

a aquellos huéspedes ruega 125  
que en su pobre celda admitan  
parte de su escaso almuerzo  
y descanso a sus fatigas.

Acceptado fue el convite,  
y por la escalera arriba, 130  
el religioso delante  
y el hijo y padre en pos iban,

formando un sencillo cuadro,  
cuyo asunto ser dirían,  
el talento y la inocencia 135  
con la religión por guía.

## Romance Segundo

### El almuerzo

En el estrecho recinto  
de una franciscana celda,  
cómoda, aunque humilde y pobre  
y de extremada limpieza, 140  
de la Rábida el prelado  
con sus dos huéspedes entra,  
y después que sendas sillas  
les ofrece y les presenta,  
abre franco y obsequioso 145  
una mezquina alacena,  
de donde bizcochos saca,  
una redoma o botella  
del vino más excelente  
que da el Condado de Niebla, 150  
aceitunas, pan y queso,  
y tres limpias servilletas,  
acomodándolo todo  
en una redonda mesa,  
no lejos de la ventana 155  
que daba vista a la huerta.

En seguida llama al lego,  
y que al punto traiga, ordena,  
huevos con magras adunia  
y chanfaina si está hecha. 160

Encargándole que todo  
caliente y sabroso venga,  
que no charle en la cocina,  
ni se eternice y se duerma.

\* \* \*

Dadas sus disposiciones, 165  
al extranjero se acerca  
(que por tal le ha conocido  
en el porte, traje y lengua).

Con una taza le brinda,  
y al niño que tome ruega 170  
un bizcocho, que le alarga,

y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huésped, luego bebe  
fray Juan Pérez de Marchena;  
y el niño come el bizcocho, 175  
toma un sorbo de agua fresca,  
y con el zurrón que el padre  
se ha quitado, y puesto en tierra,  
sacando cuanto contiene  
vivaracho travesea. 180

El guardián varias preguntas  
hace al extranjero acerca  
de su patria, de su estado,  
y del arte que profesa;  
aunque aquellos instrumentos 185  
con que la criatura juega,  
que le son muy familiares,  
ya casi se lo revelan.

Que es genovés y viudo  
atento el huésped contesta; 190  
que es navegar su ejercicio,  
y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija  
que está rebosante y llena  
de un líquido, algo derrama 195  
a muy poco que la muevan,  
dio indicios claros, patentes,  
en sus fáciles respuestas,  
de aquel grande pensamiento,  
portentoso, que le alienta, 200  
que exclusivo su alma absorbe,  
que es la sangre de sus venas,  
que es el aire que respira,  
que es ya toda su existencia,  
y que causó los extremos 205  
que delante de la iglesia,  
el mar contemplando, hizo,  
como referidos quedan.

Que el Occidente escondía,  
dijo, riquísimas tierras, 210  
que era el ancho mar de Atlante  
de la gran Tartaria senda,  
y que dar la vuelta al mundo  
para él cosa fácil era;  
con otras raras especies, 215  
tan inauditas, tan nuevas,  
que al escucharle, pasmado  
fray Juan Pérez de Marchena  
(aunque a osados mareantes  
hablaba con gran frecuencia, 220  
por haber muchos en Palos,

y aunque sabe las proezas  
y raros descubrimientos  
de las naves portuguesas),  
no acierta si está escuchando 225  
a un orate o a un profeta,  
si es un ángel o un demonio  
el hombre que está en su celda  
Mudo se alza, llama al lego  
y que busque a toda priesa 230  
le manda a Garci-Fernández,  
que estaba ha poco en la iglesia  
No tardó Garci-Fernández  
en presentarse en la escena  
con el lego, que el almuerzo 235  
colocó sobre la mesa.  
Era médico de Palos,  
hombre docto y de experiencia,  
de sagacidad y astucia,  
de malicia y de reserva. 240  
Viejo y magro, pero fuerte,  
mellado, la cara seca,  
calvo, la barba entrecana  
y la tez tosca y morena.  
De estezado una ropilla, 245  
calzas de burda estameña,  
la capa de pardo monte  
y el sombrero de alas luengas,  
era su traje. La mano  
y el hábito al fraile besa, 250  
y al incógnito saluda  
con curiosidad inquieta.  
El médico, el extranjero  
y el padre guardián se sientan,  
dando al almuerzo principio, 255  
y mutuamente se observan.  
Pero el silencio interrumpe,  
después de haber hecho seña  
al sagaz Garci-Fernández,  
fray Juan Pérez, y comienza 260  
a hablar de navegaciones  
y desconocidas tierras,  
preguntándole a su huésped  
su parecer sobre ellas.  
Fue bastante haber tocado 265  
con sagacidad la tecla,  
la facilidad verbosa  
del genovés se despliega.  
Y con aquellas razones  
de convencimiento llenas, 270  
con que se sienta y sostiene



lo que se sabe de veras,  
sus inspiraciones pinta,  
sus observaciones cuenta,  
su sistema desenvuelve, 275  
sus proyectos manifiesta.

Recurre a sus pergaminos,  
los desarrolla, y enseña  
cartas que él mismo ha trazado  
de navegar; mas tan nuevas, 280  
y según él las explica,  
en cosmográfica ciencia  
demostrándose eminente,  
tan seguras y tan ciertas,  
que el pasmo del religioso 285  
y su indecisión aumentan,  
mientras al médico encantan,  
le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario  
crece la sabia elocuencia, 290  
notando que es comprendido,  
y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos  
cual rutilantes estrellas,  
brotan sus labios un río 295  
de científicas ideas;

no es ya un mortal, es un ángel,  
de Dios un nuncio en la Tierra,  
un refulgente destello  
de la sabia Omnipotencia. 300

Comunica su entusiasmo,  
que el entusiasmo se pega,  
a los que atentos le escuchan,  
a los que mudos le observan.

El médico, el religioso, 305  
y hasta el lego que a la mesa  
sirve, y ha escuchado inmóvil  
y con tanta boca abierta,

mas sin entender palabra,  
en entusiasmo se queman; 310  
y de haber visto aquel día  
dan gracias a Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,  
se lleve a cabo la empresa,  
y quieren ir, y una parte 315  
tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares,  
y ya en ignoradas tierras,  
y ya el asombro del mundo  
con nombre, y con fama eterna. 320

Formando la celda un cuadro

digno de que en él hubieran  
o Zurbarán o Velázquez  
apurado sus paletas.

\* \* \*

Mas, ¡ay!, pronto de aquel cielo 325  
de ilusiones halagüeñas,  
bajan a lo positivo  
de la miserable tierra,  
cuando en sí mismos volviendo  
reconocen su impotencia, 330  
y los elementos grandes  
que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado  
que en pobre lecho despierta,  
cuando soñaba que un trono 335  
era poco a su grandeza.

Pues de un oscuro piloto  
volviendo a entrar en la esfera,  
el genovés, abatido,  
les refiere su pobreza: 340

que no han querido ayudarle  
ni su patria, ni Venecia,  
que la corte de Lisboa  
se burla de sus propuestas,  
que los sabios no le entienden, 345  
que los ricos le desprecian,  
que los nobles no le escuchan,  
que el vulgo le vilipendia.

Mas como después, añade,  
que aún la esperanza le alienta 350  
de encontrar grata acogida  
en el rey de la Inglaterra,

donde ya tiene un hermano  
con proposiciones hechas,  
y que él mismo a acalorarlas 355  
ir allá muy pronto piensa,

el amor patrio, más puro  
en las españolas venas  
del médico y del prelado,  
se inflama y súbito truena, 360

pues, unánimes, prorrumpan:  
«De España la gloria sea;  
no busquéis lejanos reinos  
cuando el mejor se os presenta;  
»y el que sediento de gloria 365  
más imposibles anhela.

Corred, buscad el apoyo  
de la castellana reina,  
»de Doña Isabel invicta,  
que es la más grande princesa 370

que han admirado los siglos  
y que ha ceñido diadema.»

De los dos el entusiasmo  
también a su vez se pega  
al genovés, y aquel nombre 375  
pronunciado con tal fuerza

por el físico y el fraile,  
el alma y pecho le llenan  
de esperanza tan vehemente,  
que sus planes desconcierta. 380

En sus rutilantes ojos,  
como en su boca entreabierta,  
y en su palpitante pecho,  
y en su animada apariencia,  
el sagaz Garci-Fernández 385  
lo conoce, y «No se pierda  
momento -prosigue-: al punto  
id a Córdoba, que es cerca.

»Allí encontraréis la Corte:  
pues el Cielo os la presenta 390  
tan inmediata, propicia  
la hallaréis, nada os detenga.»

Y fray Juan Pérez añade:  
«Marchad, sí; Dios os lo ordena;  
carta os daré para el padre 395  
Hernando de Talavera,

»religioso de valía,  
que es confesor de la reina,  
y por que ningún cuidado  
vuestra jornada entorpezca, 400

»este vuestro tierno niño  
aquí en el convento queda,  
de mi seráfico padre  
so la protección inmensa.»

No dijeron más. Escribe, 405  
dando la cosa por hecha,  
la carta Garci-Fernández;  
fray Juan Pérez de Marchena  
la firma; su propia mula  
ensillar al punto ordena, 410  
y las pródidas alforjas  
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces,  
cual si alguna oculta fuerza  
le compeliere, el piloto, 415  
que aún no había dado respuesta,

en pie se puso, y resuelto  
exclama de esta manera:  
«A Córdoba, Dios lo quiere,  
su gracia me favorezca.» 420

Al tierno y precioso niño  
acaricia, abraza y besa,  
no sin lágrimas sus ojos,  
no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato 425  
vase devoto a la iglesia,  
do el escapulario viste  
de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos  
se despide ya en la puerta, 430  
cabalga, aguija, y a trote  
de la Rábida se aleja.

### Romance Tercero

#### La dama

De Abderramán la mezquita  
y de Almanzor las murallas,  
y el puente de Julio César, 435  
y las vividoras palmas,

que más de dos luengos siglos  
muerto ornato se miraban  
del sepulcro de un imperio,  
o de una tumba de hazañas, 440  
como evocadas reviven,  
las musgosas frentes alzan,  
y para Córdoba juzgan  
que una nueva aurora raya.

Y que renacen los días 445  
de gloria, poder y fama,  
en que Atenas de Occidente,  
en que Roma musulmana,  
o ilustró al mundo con ciencias,  
o rindió al mundo con armas, 450  
como de sabios emporio,  
como de guerreros patria.

\* \* \*

Los dos católicos reyes  
que son Atlantes de España,  
los que un imperio fundaron 455  
que ningún imperio iguala,  
a Córdoba han elegido  
para corte, centro y plaza  
de los bélicos aprestos

que han de triunfar en Granada. 460

Los grandes y ricos hombres  
acuden con sus mesnadas,  
y con todo el aparato  
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones 465

las ciudades más lejanas,  
con sus bravos caballeros  
y con sus huestes gallardas;  
allí los grandes maestros  
sus estandartes levantan, 470  
y allí preladados concurren,  
y allí legados del Papa.

Los personajes de Corte,  
los magistrados de fama,  
los más ilustres señores 475  
y las más apuestas damas.

Y llegan aventureros  
y soldados de ventaja,  
y jinetes, y peones,  
ballesteros y hombres de armas. 480

Y cual nube de pardales  
que viene a la seca parva,  
o cual reguero de hormigas  
que al costal volcado ataca,  
traficantes, labradores 485  
y ganaderos se afanan  
en apurar la moneda  
con sus ventas y contratas.

\* \* \*

Por ciudad de encantamiento  
a Córdoba reputara, 490  
quien notase su bullicio,  
quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios  
de rica nobleza tanta,  
y sus calles y sus muros 495  
y sus huertos y sus plazas  
hervir en enjambre inmenso  
de tan diversas comparsas,  
de tan distintos vivientes,  
de ocupaciones tan varias. 500

\* \* \*

A las funciones de iglesia  
suceden las cabalgadas,  
a los consejos de Corte  
los alardes y las danzas;  
Los saraos a los banquetes, 505  
a los torneos las farsas,  
a las consultas y audiencias,

festejos, toros y cañas.

Todo es movimiento y vida,  
todo actividad extraña, 510  
todo bélico aparato,  
todo fiestas cortesanas.

Todo es riqueza y aliento,  
todo brocados y holandas,  
todo confusión alegre, 515  
todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,  
almacén, campo de armas,  
tribunal, mercado, lonja,  
escuela, taller y sala. 520

Ya una procesión solemne  
lenta por las calles marcha;  
ya los reyes atraviesan  
con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones, 525  
allí grano y vituallas,  
acá se doman corceles,  
allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,  
aquí se bordan gualdrapas, 530  
acá se recaman vestes,  
allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,  
los pendoncillos y lanzas,  
las enseñas y divisas 535  
forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,  
arde en bruñidas corazas,  
y en plumas, telas, recamos,  
vivos colores esmalta. 540

Ora resuenan clarines,  
ora rimbomban campanas,  
ya redoblan los tambores,  
ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa, 545  
no hay sin movimiento un alma,  
ni imaginación tranquila  
ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,  
otros nombre y lauros ansian, 550  
quién va a ganar indulgencias,  
quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas  
se humillan, aunque tan varias,  
a un gigante pensamiento: 555  
«La conquista de Granada.»

\* \* \*

Entre el inmenso gentío  
y entre barahúnda tanta,  
como en medio de un desierto,  
solo y silencioso vaga, 560  
    soñador, pobre, abatido,  
sin que sus proyectos hayan  
un solo apoyo encontrado,  
merecido una mirada,  
    el genovés navegante, 565  
que a la corte castellana  
desde la Rábida vino  
tras falaces esperanzas.

Y el cual bien puede decirse  
que ha llegado en hora mala 570  
a aquel abreviado mundo,  
a aquella Babel de España.

\* \* \*

Fray Hernando Talavera  
es persona de importancia;  
ve una mitra en perspectiva, 575  
todo lo demás es nada.

Con desdén ha recibido  
de un fraile oscuro la carta,  
y juzga al recomendado  
un arbitrista sin blanca. 580

De Estado los grandes hombres,  
que con los reyes trabajan,  
no tienen tiempo, no escuchan,  
sólo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan 585  
de una catadura extraña,  
y del humilde atavío  
de la persona más sabia.

Los guerreros nada tienen  
de común con el que habla 590  
de círculos y de estrellas,  
y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,  
cual de un loco, del que anda  
tan desharrapado y grave, 595  
ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,  
y de los reyes la gracia  
con tan contrarios auspicios,  
en cosa imposible raya. 600

Hace un mes que el extranjero  
rueda por las antesalas,  
siendo burla de los pajes,  
juguete de la canalla;  
y aburrido y despechado, 605

de volver por su hijo trata,  
y de volar a otros reinos  
sin pensar más en España.

Pero acá en el mundo somos  
de la Omnipotencia sabia 610  
sólo instrumento; sus miras  
nadie puede penetrarlas;  
y por medios tan ocultos,  
por ocurrencias tan raras  
se cumplen, que en vano el hombre 615  
esto, dice, haré mañana.

\* \* \*

En la catedral sombría  
que Guadalquivir retrata,  
aún no del perverso gusto,  
cual después, contaminada, 620  
devoto entra el mareante,  
cuando el son de la campana  
a las vísperas solemnes  
a los fieles convocaba.

Por las más oscuras naves, 625  
y por las más solitarias,  
siempre huyendo del gentío,  
cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,  
y a su luz tibia y opaca, 630  
una evocación parece,  
un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla  
de esmaltes y filigranas,  
que del «Zancarrón» el vulgo, 635  
y todo Córdoba llama,

a una columna de jaspe  
al cabo apoya la espalda,  
y en hondas meditaciones  
sueña, delira, se extasia. 640

Cuando acaso una señora,  
sin advertir en él, pasa  
tan cerca que con el manto  
casi le toca la cara.

Este pequeño incidente 645  
para volverle en sí basta,  
y sintiéndose arrastrado  
por una violencia extraña,  
por un superior impulso  
de aquellos que no se aguardan, 650  
sigue, cual can a su dueño,  
maquinalmente, a la dama.

Ésta, ante un altar dorado  
donde la imagen brillaba



de la Virgen, se arrodilla, 655  
abre el manto y se destapa,  
Y a la luz de seis candelas  
que el retablo iluminaban.  
deja ver un lindo rostro  
lleno de candor y gracia; 660  
y de expresión tan devota,  
y de belleza tan rara,  
y de modestia tan grande,  
y de nobleza tan alta,  
como se admira en los rostros 665  
que dio Murillo a sus santas,  
y que de un ángel del cielo  
pudo tan sólo copiarlas.

El extranjero, encantado,  
sus afanes y sus ansias 670  
olvida un punto, y los ojos  
en aquel tesoro clava.

\* \* \*

Levántase la señora  
al acabar sus plegarias,  
retírase, y el piloto 675  
sigue absorto sus pisadas,  
sin saber qué le sucede,  
sin acertar qué le pasa;  
como sujeto y ligado  
por hechizo, encanto o magia. 680

Al patio de los Naranjos  
salen ambos, y él se aparta  
al ver que dos escuderos  
a la señora acompañan.

Mas aún de lejos la sigue, 685  
cuando quiso su desgracia,  
mejor diré su fortuna,  
que en la calle se encontrara  
con un tropel de muchachos,  
que de pronto en él reparan. 690

Y como de que era loco  
varias especies volaban,  
«Al loco», gritan, y empiezan  
con silbidos y pedradas,  
con insultos y con voces, 695  
que suelen pasar por gracia.

Al estruendo, la señora  
con curiosidad se para,  
y al ver en tal paso a un hombre  
pobre, mas de noble traza, 700  
que le den auxilio al punto  
a sus escuderos manda,  
y ella se acerca, y le ofrece

el amparo de su casa.

\* \* \*

Con Doña Beatriz Enríquez, 705

que es la cordobesa dama,  
tan discreta como hermosa,  
tan buena como gallarda,

entra el genovés piloto  
en una soberbia cuadra, 710  
de guadamecí vestida  
con las molduras doradas,

y un estrado de almohadones  
de terciopelo con franjas,  
y con grandes borlas de oro 715  
sobre alfombras de Granada;

mas tan turbado y confuso,  
que no acierta a hablar palabra,  
y tan sólo en que respira  
se ve que no es una estatua. 720

Tampoco está la señora  
muy en sí; tampoco halla  
aquellas frases precisas  
de quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia 725  
en aquel hombre, y le pasma  
su noble fisonomía  
que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente  
que es el marino, a quien llaman 730  
unos loco y otros sabio,  
atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,  
y la primera la dama  
le ruega que tome asiento, 735  
y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato  
una berberisca esclava,  
con búcaros primorosos  
en su salvilla de plata. 740

\* \* \*

Sosegado el extranjero,  
con tal dignidad y tanta  
cortesanía le rinde  
por aquel servicio gracias,  
que el parabién la señora 745  
de ocurrencia tan extraña  
se da a sí misma, y se esmera  
en obsequios y en palabras.

Esta primera visita  
otras produjo más largas, 750  
y de muy pocas al cabo

se entendieron sus dos almas.

\* \* \*

Ya no piensa el navegante  
en dejar tan pronto a España,  
renueva sus pretensiones, 755  
torna a rodar antesalas.

De Hernando de Talavera  
la altivez ya no le espanta.  
Insiste en ver a los reyes  
y renueva sus demandas. 760

Doña Beatriz, afanosa,  
siendo ya depositaria  
de sus planes y proyectos,  
que la envanecen y exaltan,  
le aconseja y le reanima, 765  
le consuela y le entusiasma,  
y conexiones le busca  
con femenil eficacia.

El mismo en Córdoba logra  
con su permanencia larga, 770  
que algunos doctos le escuchen,  
tratar a personas altas.

Y ya sus propuestas toman  
cierto color de importancia,  
y ya con calor y aprecio 775  
del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,  
del rey tesorero, enlaza  
con él amistad estrecha  
y en protegerlo se afana. 780

Y don Pedro de Mendoza,  
el gran cardenal de España,  
uno de los más ilustres  
varones de nuestra patria,  
afable se le demuestra, 785  
y con su poder alcanza  
que el mismo rey le conceda  
la audiencia tan deseada.

Frío, suspicaz, severo  
le oye el rey. Pero le llaman 790  
la atención de aquel piloto  
la dignidad y la calma,

el convencimiento firme,  
las explicaciones claras.  
Y aunque de la inmensa idea 795  
toda la extensión no alcanza,

la envidia a los portugueses,  
de dominación el ansia,  
y el carácter de aquel siglo  
caballeresco y de hazañas, 800

le obligan a que al instante  
dé acogida afable y grata  
al hombre y a su proyecto,  
porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra 805  
hacer nuevos le embarazan,  
ni otra empresa empezar puede  
hasta rendir a Granada.

Y cual político astuto,  
por ganar tiempo y dar largas, 810  
su protección y su auxilio  
al piloto ofrece, y manda  
que los sabios eminentes  
de la docta Salamanca  
con detención examinen 815  
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante  
tal decisión del monarca,  
mas que con ella se avenga  
doña Beatriz quiere, y basta. 820

#### Romance Cuarto

#### Tiempo perdido

Dejando atrás a Granada,  
en cuyas torres el viento  
ya la cruz triunfante adora  
entre cristianos trofeos,  
y dejando atrás la corte 825  
de los hispánicos reinos,  
donde tristes desengaños  
cogió y amargos desprecios,  
va el genovés navegante,  
va el portentoso extranjero 830  
en una mula de paso  
hacia Córdoba derecho;  
sin volver atrás los ojos,  
pobre, abatido y enfermo,  
sale de la hermosa vega 835  
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales  
del infortunio y del tiempo,  
que los años y desgracias  
dan con un bronce en el suelo. 840

Seis años cuenta perdidos  
desde que llegó al convento  
de la Rábida y el nombre  
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas, 845  
y todos sus pensamientos,  
disipadas mira en humo,  
en polvo mira deshechos.

\* \* \*

De la insigne Salamanca  
los doctores y maestros, 850  
más bien que examinadores  
jueces inflexibles fueron,  
y le trataron altivos,  
aunque era más sabio que ellos,  
no cual docto que consulta, 855  
sino cual convicto reo,

Sus geométricas verdades  
por respuesta hallaron textos,  
sus cálculos, silogismos,  
sus demostraciones, ergos. 860

Y aunque varios religiosos  
de San Esteban (colegio  
donde fue la conferencia)  
que eran sabios verdaderos,  
si comprender no lograron 865  
al inspirado extranjero,  
le escucharon con asombro  
y su importancia advirtieron,  
los más, cual siempre acontece,  
arrollaron a los menos, 870  
y sobre un hombre tan grande  
y sobre un tan gran proyecto  
informaron a la Corte  
con el más alto desprecio,  
de visionario y de loco, 875  
prodigándole dicterios.

El no entendido, más firme  
en sus altos pensamientos;  
de su plan, él contradicho,  
más convenido y más cierto; 880

de sí mismo más seguro,  
mientras halla más tropiezos,  
y nuevas fuerzas cobrando  
de su propio abatimiento,

del genovés navegante 885  
parece el alma de acero,  
escollo inmóvil que arrostra  
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España

acoja ya sus esfuerzos, 890  
ni que las ventajas logre  
de tales descubrimientos.

Y a Córdoba despechado  
veloz regresó, resuelto  
de irse a buscar a otra Corte 895  
para realizarlos medio.

Mas Doña Beatriz Enríquez  
y el fruto inocente y tierno  
de sus plácidos amores,  
detenerle aún consiguieron. 900

Eslabones más tenaces  
que los de forjado hierro,  
y con que a aquel hombre insigne  
ató a mi patria el Eterno.

\* \* \*

El genovés, obligado 905  
por las prendas de su afecto  
a no abandonar a España,  
buscó en ella rumbo nuevo;  
y partió con gran reserva  
de Santa María al puerto, 910  
que era del ínclito duque  
de Medinaceli feudo,  
a buscar su patrocinio  
y a ofrecerle ignotos reinos.

El duque, con grandes honras 915  
lo acogió y con sumo aprecio,  
y ya preparaba naves  
propias suyas, y dinero  
con que el hombre extraordinario  
llevase a cabo su intento, 920

cuando de la Corte tuvo  
aviso de que con ceño  
y con envidia y sospechas  
miraba el rey sus aprestos.

Suspendiólos advertido, 925  
y exhortó con noble celo  
al piloto que a la corte  
y al rey regresase luego.

\* \* \*

A la inexorable suerte  
que sus más vivos anhelos 930  
contrariaba, y le tenía  
atado al hispano suelo,  
tuvo el genovés constante  
que humillarse con despecho;  
y tornó a la hispana corte 935  
y en ella a luchar de nuevo.

El mismo rey don Fernando,

que no quedó satisfecho  
del salamanquino informe,  
le maneja astuto y diestro; 940

le halaga con esperanzas  
(que detenerle es su objeto),  
hasta que la infiel Granada  
rinda a sus plantas el cuello.

Siguió aburrido a la corte 945  
el soñador extranjero,  
de aquella famosa guerra  
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,  
de Málaga en el asedio, 950  
en otras altas acciones,  
y en muchos duros reencuentros,  
discurrió como perito,  
se mostró cual caballero,  
combatió como cristiano, 955  
y se portó como bueno.

\* \* \*

De la opulenta Granada  
rendirse el poder soberbio  
presenció, en fin, de Castilla  
y de Aragón al esfuerzo. 960

Y de las regias ofertas  
llegado el plazo creyendo,  
con más tesón y energía  
llamó la atención de nuevo.

Mas en vano: otras consultas 965  
y otros plazos le han propuesto,  
que los gastos de la guerra  
tienen el tesoro yermo.

Conque de toda esperanza  
perdidos los fundamentos, 970  
dejar a España de veras,  
de veras tiene resuelto.

Ni aún de Alonso Quintanilla  
se ha despedido, temiendo  
que elocuente y amistoso 975  
aún pretenda detenerlo.

Y hacia Córdoba camina,  
seguro de que los ruegos  
de Doña Beatriz Enríquez  
no han de hacer mella en su pecho. 980

Nada ya, nada en el mundo  
le detiene; no hay remedio.  
¡Oh, cuánto poder y gloria  
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente 985  
tanto agravio recorriendo,

y ansioso ya de encontrarse  
en la Corte de otro reino,  
    aguija la tarda mula,  
no le permite resuello, 990  
ya de Pinos de la Puente  
llega al miserable pueblo,  
    y sin detenerse pasa  
el despeñado riachuelo,  
que entre riscos y entre juncias 995  
va de Genil al encuentro.

\* \* \*

    Sigue adelante el camino,  
cuando detrás, el estruendo  
de un caballo que galopa  
oye resonar violento, 1000  
    y alcánzale a pocos pasos,  
en un cordobés overo,  
de sudor cubierta el anca,  
blanco de espumas el pecho,  
    arrogante y decidido 1005  
un atildado mancebo,  
vestido un rico tabardo  
de carmesí terciopelo,  
    con castillos y leones  
de plata y oro cubierto, 1010  
y un penacho rojo y jalde  
volando sobre el sombrero.

    Era un paje de la reina,  
que al punto reconociendo  
a la persona a quien busca 1015  
en el piloto extranjero,

    le dice en voz alta: «Amigo,  
atrás volved luego, luego,  
pues de que sin vos no torne  
orden terminante tengo.» 1020

    El genovés, irritado,  
para la mula de presto;  
pone la mano en la espada,  
y dice con gran denuedo:  
    «Antes que la rienda vuelva, 1025  
me dejaréis aquí muerto;  
basta, ¡vive Dios!, de burlas;  
a España nada le debo.»

    Desconcertóse al mirarlo  
tan decidido y dispuesto 1030  
el paje, que le responde:  
«Ni me burlo ni os ofendo;  
    »pues la reina, mi señora,  
me ha mandado deteneros,  
y que a su presencia os lleve: 1035



ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la reina  
para un trastorno completo  
del navegante ofendido  
hacer en cabeza y pecho, 1040  
que era nombre a quien tan alto  
prestigio dio el mismo Cielo,  
que allanara un alto monte,  
que domara el mar soberbio.

A tal nombre sus agravios, 1045  
todos sus resentimientos,  
todos los años perdidos,  
y todos sus planes nuevos,  
el genovés olvidando,  
abre palpitante el pecho 1050  
a tan vehemente esperanza,  
a porvenir tan risueño,  
que le parece aquel paje  
ángel bajado del Cielo,  
y en éxtasis delicioso 1055  
queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido había  
explicar su alto proyecto,  
de la gran reina delante,  
y ahora ve ocasión de hacerlo. 1060

Por lo que rompiendo al punto  
aquel rato de silencio,  
lleno de vida el semblante,  
responde al mudo mancebo:

«Pues Doña Isabel lo manda 1065  
voy con vos y la obedezco.»  
Y revolviendo la mula  
sigue detrás del overo.

## Romance Quinto

### La reina

Del apartado Occidente  
a las ignotas regiones 1070  
que sólo nuestro viajero  
por revelación conoce,  
ya el sol descendido había,  
dejando estos horizontes  
envueltos en vagas sombras 1075

de una sosegada noche,  
cuando a Santa Fe llegaron,  
sin haber dejado el trote,  
caminando en gran silencio  
el extranjero y el joven. 1080

A las puertas de palacio  
descabalgan, y veloces  
la regia escalera suben,  
sin que las guardias lo estorben.

Pues el paje de la reina, 1085  
a quien todos reconocen,  
le sirve a su compañero  
de seguro pasaporte.

Llegados a la antesala,  
donde damas y señores 1090  
acaso esperan audiencia  
con distintas pretensiones,

al piloto dice el paje  
que allí le espere, y entróse  
a dar parte a su señora 1095  
de estar cumplida la orden.

Vuelve al instante, y llamando  
al genovés, indicóle  
la respetada mampara,  
que en cuanto éste entró cerróse. 1100

\* \* \*

En un camarín pequeño  
vestido con pabellones  
de berberiscos damascos,  
y una alfombra de colores;

junto a un cuadrado bufete, 1105  
que rico tapete esconde  
de carmesí terciopelo  
con franjas de oro y borlones;

enfrente de un oratorio  
de concha, nácar y bronces, 1110  
donde la imagen brillaba  
del Redentor de los hombres,

Y a la luz de dos bujías  
de aquel breve cielo soles,  
que en candeleros de oro 1115  
daban vivos resplandores,

sentada en la regia silla,  
con la presencia más noble  
que jamás tuvo matrona,  
que jamás respetó el orbe, 1120

doña Isabel, la gran reina  
de Castilla y León, mostróse  
a los admirados ojos  
del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado, 1125  
con castillos y leones,  
de perlas, esmaltes y oro  
en recamadas labores  
era su traje. En su pecho  
brillaban, como en la noche 1130  
los luceros rutilantes,  
las cruces que en los pendones  
de las Órdenes guerreras  
son de la victoria norte,  
y de flamencos encajes, 1135  
que regia diadema coge,  
una delicada toca  
ornaba su rostro, donde  
formando un todo divino  
de altas celestiales dotes, 1140  
el más claro entendimiento,  
la virtud más pura y noble,  
el esfuerzo más gallardo  
resplandecían conformes.

Doña Beatriz de Galindo, 1145  
que aún hoy conserva el renombre  
de la «Latina», por serlo  
muy aventajada entonces,  
camarera de la reina,  
señora de altos blasones, 1150  
y esposa del gran Ramírez,  
del moro en Málaga azote,  
y Alonso de Quintanilla,  
letrado de claro nombre,  
tras la regia silla estaban 1155  
en pie y con humilde porte.  
Todo lo notó el piloto,  
tanto esplendor deslumbróle,  
y en el suelo, de rodillas,  
a tal majestad postróse. 1160

Con una sola mirada  
la reina vio en aquel hombre  
de la inspiración celeste  
los divinos resplandores;  
y él de una mirada sola 1165  
la grandeza reconoce  
y la inteligencia suma  
de la reina que le acoge.

\* \* \*

Tras de un sublime silencio,  
aunque brevísimo, donde 1170  
la admiración y el encanto  
de entrambos a dos mostróse,  
con grande bondad la reina

que alce del suelo mandóle,  
que a la mesa se aproxime 1175  
y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,  
y con respeto tan noble  
se acerca, y a hablar principia,  
que a la atención regia absorbe. 1180

Y con tal convencimiento,  
con tal claridad, tal orden,  
con tan sencilla elocuencia,  
con tan potentes razones

sus asombrosos proyectos 1185  
en breve discurso expone,  
que la gran reina, pasmada,  
se le figura que oye

A un inspirado, a un profeta,  
a un ángel; y que son voces 1190  
del Cielo aquéllas que escucha,  
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento  
el vasto plan, que doctores,  
reyes, repúblicos, pueblos 1195  
juzgan quimeras informes.

Ve la expedición segura,  
y ya en ignotas regiones  
triumfante la fe de Cristo  
con el castellano nombre. 1200

Ve un torrente de riquezas  
que hacia sus vasallos corre,  
y una gloria y poderío  
que envidiarán las naciones.

Y superior a sí misma, 1205  
del Cielo ayudada entonces,  
ve aún más que el mismo piloto,  
aún más alta que él alzóse.

\* \* \*

En entusiasmo y fe viva,  
germen de grandes acciones, 1210  
abrasada su alma heroica,  
hinchido su pecho noble,

quítase la alta diadema,  
y de su pecho recoge  
las riquísimas insignias 1215  
de incalculables valores;

las joyas y pedrería,  
los brazaletes y broches  
que sus brazos y su cuello  
engalanaban, y pone 1220

aquella breve riqueza  
(breve sí, pero de enorme

precio) encima del bufete  
y «toma -dice a aquel hombre-,  
    »toma, emplea este tesoro 1225  
sin que nadie te lo estorbe,  
en cumplir el pensamiento  
que Dios te ha inspirado. Corre,  
    »vuela; en naves castellanas  
mares nunca vistos rompe, 1230  
arrostra las tempestades,  
tu estrella a los vientos dome.  
    »Lleva a ese ignorado mundo  
los castellanos pendones,  
con la santa fe de Cristo, 1235  
con la gloria de mi nombre.  
    »El cielo tu rumbo guíe,  
y cuando glorioso tornes,  
o almirante de las Indias,  
duque y grande de mi Corte, 1240  
    »tu hazaña bendiga el Cielo,  
tu arrojo al infierno asombre,  
tu gloria deslumbre al mundo,  
abarque tu fama el orbe.»  
    En tanto que así decía 1245  
reina tan ilustre, sobre  
su cabeza colocaba,  
con altas aclamaciones,  
    un ángel, corona eterna  
de luceros y de soles, 1250  
que mientras más siglos pasan  
adquiere más resplandores.  
    Con ella la admira el mundo  
y adoran los españoles,  
cuando, absortos, la recuerdan 1255  
en tan importante noche.

## Romance Sexto

## Conclusión

Bajo un cielo borrascoso  
que jamás mortal alguno  
visto había, en un inmenso  
mar encrespado y sañado, 1260  
    do jamás altiva nave  
osó abrir incierto surco,

en una región extraña,  
parte ignorada del mundo,  
una frágil carabela, 1265  
casi imperceptible punto,  
con grandes peligros lucha  
y sin amparo ninguno.

Las olas como montañas  
atajar quieren su curso, 1270  
ya la arrojan contra el cielo,  
ya la hunden en el profundo,  
ya en sus costados se estrellan,  
volando en espuma y humo,  
ya la anegan en torrentes 1275  
de amargo espeso diluvio.

El huracán de otra parte,  
y no menos iracundo  
brama entre sus rotas velas,  
cruje en sus mástiles rudos, 1280  
silba en su jarcia deshecha,  
la arrastra con recio impulso,  
y la vuelca, y la levanta,  
y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo, 1285  
por el espacio confuso  
los relámpagos deslumbran,  
cruzan los rayos trisulcos,  
retumban y estallan truenos  
cual si reventara el mundo, 1290  
y envuelto en cárdenas nubes  
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela  
sigue pertinaz su curso,  
y en tan espantoso caos 1295  
lleva hacia Occidente el rumbo.

Sin duda que se confía  
en el talismán seguro  
del pabellón castellano  
que en su osada popa puso, 1300  
pabellón que en aquel siglo  
al Omnipotente plugo,  
hacer de rara fortuna  
y de excelsas glorias nuncio.

\* \* \*

Un mortal extraordinario, 1305  
tenaz, inflexible, duro  
más que el bronce, el gran piloto  
genovés, tranquilo y mudo,  
en la brújula ambos ojos,  
en el timón ambos puños, 1310  
gobierna la dócil nave

sin mostrar su frente susto.

Mas, ¡ay! no tiene su temple  
de la ciega chusma el vulgo;  
y aunque esforzados, se postran 1315  
los marineros robustos,

rendidos y amedrentados  
de tantos horrores juntos,  
de navegación tan larga,  
de porvenir tan confuso; 1320

recuerdan la dulce España,  
de su familia el arrullo,  
y recuerdos y temores  
abortan ciego tumulto.

«Si vive desesperado 1325  
este advenedizo iluso,  
y busca la muerte, muera,  
pero él solo», dicen unos.

«Muera, pues -repiten otros-;  
es un hechicero, un brujo, 1330  
que aquí a perecer nos trajo  
por sus designios ocultos.»

«Muera», gritan todos. «Muera,  
y atrás volvamos el rumbo;  
¡a España! ¡a España!...» Y, osados, 1335  
trocando en furor el susto,

a la popa se abalanzan,  
esgrimiendo el hierro agudo  
contra el heroico piloto,  
que desprecia sus insultos, 1340

y que con serena frente,  
aunque con semblante adusto:  
«¿Qué queréis? -les grita osado-.  
Sin temor os lo pregunto.

»¿Qué queréis» «¡España, España!», 1345  
suena en gritos furibundos,  
y el piloto les responde:

«Con indignación lo escucho.

»Gente sin fe ni esperanza,  
cuando a coger vais el fruto 1350  
de tanto valor y arrojo,  
de tanto peligro y susto,

¿queréis tornarle la espalda?  
Que en vos volváis os conjuro,  
y el nuevo sol, os lo afirmo, 1355  
será de ventura anuncio.»

La turba, como agitada  
por un satánico influjo:  
«¡Muera!», repite, y desoye  
su acento noble y augusto. 1360

\* \* \*

El gran hombre, ya resuelto,  
deja el timón, y ceñudo  
avanzándose, les grita:  
«Llegad, pues, matadme al punto;  
    »pero sabed, insensatos, 1365  
que de vosotros, ninguno  
puede, desde estas regiones,  
hallar de la patria el rumbo;  
    »y que a mí tan sólo es dado,  
porque así a los cielos plugo, 1370  
el dominar estos mares  
y el hallar puerto seguro.  
    »Matadme, pues, ¿qué os detiene?»  
La chusma, en espanto mudo,  
no responde, y se deshace 1375  
en terrorizados grupos.  
Torna al timón el piloto,  
torna la nave a su curso,  
y todos a la obediencia,  
aunque a despecho y disgusto. 1380  
\* \* \*

Con la noche, la borrasca  
cedió de su fuerza mucho;  
amansáronse las olas,  
más blando el viento se puso;  
y al rayar en el Oriente, 1385  
tras de los mares cerúleos,  
la nueva luz, ve el piloto  
a su frente un leve punto  
que, alzándose lentamente  
de las olas, forma el bulto 1390  
de azul monte, en cuyas crestas  
brilla el sol cual oro puro.  
Se cerciora de que es tierra,  
y hacia el trono del Ser Sumo  
ojos, corazón y brazos 1395  
alza y le rinde el tributo  
de gratitud, y en seguida,  
«Mirad», les dice a los suyos,  
enseñándoles el monte  
con noble y triunfante orgullo. 1400  
La chusma, que ve la tierra,  
que ve el fin de tantos sustos,  
y en aquel piloto un ángel,  
convierte la rabia en culto,  
y arrojándose a sus plantas, 1405  
del entusiasmo al impulso  
grita, y acordes repiten  
cielo, tierra y mar profundo:  
¡Viva Colón, descubridor de un mundo!



Gibraltar, 1837.

Un embajador español

Dos romances: I, 100 versos en á-a; II, 80, -é. Total, 180 versos.

Es el primero, cronológicamente, de los romances que dedicó a las guerras de Italia y relata un hecho histórico: en 1494 Carlos VIII de Francia, en flagrante violación del tratado con España de no atacar al Papado, invadió los Estados Pontificios a pesar de los ruegos de Alejandro VI.

No hay apenas descripciones. Rivas cuenta muy bien y con soltura la entrevista de don Antonio de Fonseca, embajador de los Reyes Católicos, con el monarca francés. El «fatuo orgullo» de éste no puede vencer la determinación del embajador, quien se mantiene hasta el fin «con respeto y firmeza», dos conceptos que definen la actitud del personaje.

El cura de los Palacios<sup>11</sup>, cuyo relato sirve de fuente para este romance, escribe que Fonseca, ante las burlas del rey, hizo pedazos el tratado y se inclinó luego ante el monarca. Rivas Cherif cita un romance de Gabriel Lobo Laso de la Vega («Entre el rey Carlos de Francia...»), núm. 1027 del Romancero de Durán, en el que Fonseca, además de romper el tratado, saca la espada, «Con esta pluma / mi rey firmará el contrato», le atacan los nobles franceses y el soberano ha de poner paz.

### Romance Primero

En Merino y Terracina,  
que dominios son del Papa,  
entra aquel Carlos Octavo,  
rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma, 5  
los campos fértiles tala,  
incendia los caseríos,  
los templos santos profana.

Y en el furor se complace  
con que sus hombres de armas, 10  
como furibundas fieras  
roban, destruyen y matan.

Así cumple los tratados  
que celebró con España,  
de defender a la Iglesia 15  
y de acatar la tiara.

Así el juramento cumple,

que de San Pedro en las aras  
prestó sobre el Evangelio  
en terminantes palabras. 20

Así el acto corresponde  
que, con humildad tan falsa,  
hizo en público, besando  
del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica 25  
que tomó, para burlarla,  
de fiel hijo de la Iglesia  
y defensor de su causa.

\* \* \*

Los vasallos infelices  
del Padre Santo, que hallan 30  
exterminio o servidumbre  
en quien amparo esperaban;

y que en la paz adormidos  
y en la ciega confianza  
que los tratados infunden 35  
y da una regia palabra;

ni pueden hacer defensa  
ni en ella salud hallaran,  
que numerosas y fuertes  
son las fuerzas de la Francia; 40

y a merced de sus guerreros  
dejan haciendas y fama,  
sin quedarles más recurso  
que lágrimas y plegarias.

Lágrimas que el duro pecho 45  
de Carlos feroz no ablandan,  
plegarias a que responden  
insultantes carcajadas.

\* \* \*

Del Pontífice un legado,  
(porque un legado acompaña, 50  
para más escarnio y burla,  
al rey que a la Iglesia ataca),

inerme, abatido, humilde,  
a Carlos ruega y demanda  
que a su ambición ponga freno, 55  
que coto ponga a su audacia.

Si no por respecto al pacto  
celebrado con España,  
si no por guardar solemnes  
juramentos y palabras, 60

por cumplir como cristiano  
y para salvar su alma,  
y por temor, a lo menos,  
de la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes, 65

y su mano sacrosanta  
rompe coronas y cetros,  
solios e imperios allana.

\* \* \*

Con risa infernal escucha  
y burladora arrogancia, 70  
las justas reconvenciones  
el obcecado monarca,  
cuando de Borbón el duque,  
gran condestable de Francia,  
del venerable legado 75  
reproduce las demandas;  
y con muy cristiano celo  
y la autoridad y pausa,  
propia de su cuna ilustre,  
propia de sus nobles canas; 80  
mas con todo el miramiento  
a la debida distancia  
que entre rey y entre vasallo  
Dios mismo establece y marca,  
le repite las razones 85  
que de pronunciar acaba  
el digno representante  
de la ofendida tñara,  
insistiendo en que recuerde  
que los tratados quebranta 90  
que firmó solemnemente  
en Perpiñán con España.

\* \* \*

De tan noble personaje  
tampoco consiguen nada  
con el orgulloso Carlos 95  
razones, ruegos, plegarias;  
pues, con desabrido gesto  
y con burladora rabia,  
Que no recuerda responde  
de cuanto le dicen nada. 100

## Romance Segundo

Don Antonio de Fonseca,  
caballero de alta ley,  
de los Católicos Reyes  
el noble embajador es,  
que al rey de Francia acompaña 105  
y le sigue por doquier,  
y avisado por el duque

viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia,  
pero con el rostro que 110  
cara de pocos amigos  
llama el vulgo, y llama bien.

Al verle, con fatuo orgullo,  
el cristianísimo rey,  
que da al vicario de Cristo 115  
a gustar vinagre y hiel,

con mirada de desprecio  
y con gesto de altivez:  
«¡Oh, caballero! -le dice-,  
llegáis en buen hora, pues 120

»el venerable legado  
me habla, y el duque también,  
de un tratado con España,  
que lo que encierra no sé.»

«Señor -responde Fonseca-, 125  
¿cómo ignorarlo podéis,  
cuando en Perpiñán vos mismo  
pusisteis la firma en él,

»y debajo el regio sello  
puso vuestro canciller?... 130  
Mas, puesto que lo olvidasteis,  
escuchadme, os lo leeré.»

Y sacando de su seno  
un abultado papel,  
con respeto y con firmeza 135  
Fonseca empezó a leer.

\* \* \*

Cuando un artículo había  
favorable al interés  
de la corona de Francia,  
exclamaba al punto el rey 140

«Es muy válido, recuerdo  
que en Perpiñán lo firmé.  
Ese artículo, Fonseca,  
os ofrezco mantener.»

Pero cuando otro escuchaba, 145  
interesante también  
o al decoro de la Iglesia,  
o de Castilla al poder:

«Dadme el tratado -decía-.  
Dádmelo, Fonseca, pues 150  
si eso firmé, lo desfirmino,  
que enmendar un yerro es bien.»

Y las cláusulas borrando  
con menosprecio y desdén,  
el pliego le devolvía, 155  
diciendo: «Seguid, leed.»

\* \* \*

Al fin, llena la medida  
del sufrimiento cortés,  
don Alonso de Fonseca  
no se puede contener, 160

Y «Rey de Francia -prorrumpe-,  
si mofaros pretendéis  
de mí, que soy caballero,  
de mi patria y de mi rey,

»vive Dios que a tolerarlo 165  
no estoy yo dispuesto, y pues  
borráis lo que no os conviene,  
borro y anulo también

»lo que es a vos favorable,  
rompiendo el tratado, ved.» 170

Y desgarrando, valiente,  
el respetable papel,

tiró los rotos pedazos  
del rey de Francia a los pies,  
y calándose el sombrero, 175  
sin hacer venia, se fue,

y con la mano en la espada,  
atravesando un tropel  
de alabardas y ballestas,  
salió del campo francés. 180

#### La buenaventura

Cuatro romances: I, 112 versos en é-o; II, 160, í-o; III, 312, í-a y IV,  
20, ó-e. Total, 604 versos.

Fechado el 13 de julio de 1838, apareció al año siguiente en la Revista de  
Madrid. Su fuente es la Crónica de Gómara<sup>12</sup> aunque Boussagol añada, con  
reservas, que quizás utilizase también Life of Hernán Cortés de Trueba y  
Cosío<sup>13</sup>.

Trueba sigue fielmente a Gómara, y en cualquiera de los dos que se  
inspirase, Rivas centra su atención en el joven Cortés, personaje soñador  
y exaltado que marcha a las Indias impelido por un destino ineludible, tan  
glorioso como desgraciado, que le predijo la hechicera de Sevilla. Como en  
otros momentos felices, el autor se aparta de la historia y prefiere la  
conseja que no pone límites a lo maravilloso.

#### Romance Primero

## La cita

Era en punto medianoche,  
y reinaba hondo silencio  
de Medellín en la villa,  
sumergida en dulce sueño.

Desde un trono de celajes 5  
nacarados y ligeros,  
cándida, apacible luna  
brillaba en el firmamento;  
sobre el pardo caserío  
derramando sus reflejos, 10  
como sobre los sepulcros  
de un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle,  
donde sus claros destellos  
una mitad alumbraban, 15  
la otra en sombras confundiendo,  
estaba en la parte oscura,  
receloso y encubierto,  
un noble joven, gallardo,  
no muy alto, aunque bien hecho. 20

Ropón y loba vestía,  
el uno y el otro negros,  
traje propio de que usaban  
escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendía 25  
una espada de Toledo,  
y un laúd, con ambas manos,  
apretaba contra el pecho.

Los ojos no separaba,  
vivos, rasgados, de fuego, 30  
lumbreras de un lindo rostro,  
vivaz, gracioso, moreno,

de las cercanas paredes  
de un edificio frontero,  
en cuyos sillares blancos 35  
daba la luna de lleno,

descubriendo tres balcones  
con barandales de hierro,  
debajo dos rejas grandes,  
no muy lejanas del suelo; 40

y cerrada una ancha puerta,  
sobre la que tiene asiento  
un noble escudo de mármol,  
guarnecido de arabescos.

\* \* \*

La anchura de aquella calle, 45

en realidad corto trecho,  
era espacioso teatro,  
mejor diré, campo inmenso  
de fantásticas escenas,  
de mil extraños sucesos, 50  
indecisos y confusos  
como figuras de un sueño,  
que claramente veía  
la imaginación de fuego  
y la mente arrebatada 55  
de aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias,  
los doctores y los ergos,  
que atrás deja, ve delante  
y su pobre hogar a un tiempo. 60

Y ve los campos de Italia,  
aunque nunca estuvo en ellos;  
mas a do quiere ausentarse,  
de ambición de gloria lleno;  
y ya se juzga soldado, 65  
y ya se halla en los encuentros,  
y mira reyes cautivos,  
y ve ejércitos deshechos,  
y naciones conquistadas,  
y a sus pies tronos y cetros, 70  
montes de oro y de laureles,  
anchos mares, mundos nuevos;  
y todo lo ve, que todo  
cuanto abraza el pensamiento  
lo ven, y lo ven palpable 75  
las almas de privilegio.

\* \* \*

Mas de todo cuanto mira  
como en borrosos bosquejos,  
como las mudables formas  
de nubes que rompe el viento, 80

es el primer personaje,  
es el más distinto objeto,  
es reina y reguladora  
y sol de sus pensamientos,  
la modesta doña Elvira, 85  
de Medellín embeleso,  
y a quien guardan las paredes  
do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,  
para ella anhela trofeos, 90  
para ella quiere tesoros  
que está enamorado ciego.

Y sin los lauros y bienes  
que no quiso darle el cielo,

no puede con ella unirse, 95  
que es pobre, aunque caballero.

También teme a un poderoso  
rival, ignorante y necio;  
pero que ganó en la guerra  
tesoros e ilustres premios. 100

El que al padre de su amada,  
codicioso, como viejo,  
con sus riquezas y honores  
tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme el joven: 105  
es de doña Elvira dueño,  
pues esperándole, inquieta,  
aún está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,  
saldrá, su cita cumpliendo, 110  
a ofrecerle ser su esposa  
y a jurarle amor eterno.

## Romance Segundo

### Las cuchilladas

Diz que en cuanto el gallo canta  
desparecen de improviso  
los aquelarres de brujas, 115  
los fantasmas y vestiglos;  
así desaparecieron  
las escenas o delirios  
a que la mente del joven  
daba vida en aquel sitio, 120  
de un gallo al sonoro canto,  
que al momento repetido  
por otros, que parecían  
los ecos de aquel recinto,  
al soñador recordaron 125  
que allí tan sólo ha venido,  
de un «adiós» tierno de amante  
a padecer el martirio,  
a exigir una palabra,  
y a ofrecer un plazo fijo, 130  
que con segura esperanza  
le dé aliento en los peligros.

\* \* \*

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,



y a sus acentos sentidos  
canta una letra amorosa, 135  
con tono dulce y sumiso.

Al punto, cual si el acento  
que dio vida y regocijo  
a las auras de la noche  
fuera conjuro o hechizo, 140  
de una reja las maderas  
ábrese en el edificio  
que el mancebo contemplaba,  
y queda un cuadro sombrío,  
do aparece un bulto blanco, 145  
cuyos contornos divinos  
resaltaban en lo oscuro,  
por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra  
suelta y, fuera de sí mismo, 150  
corre a la dorada reja,  
abraza los hierros fríos,  
y en una mano de nieve,  
que uno de ellos tiene asido  
estampa labios de fuego, 155  
por la pasión encendidos.

\* \* \*

Balbuente, temeroso,  
como enamorado fino,  
que ser amor elocuente  
de ser falso es claro indicio, 160  
iba a pedir que dos años  
le conserven fe y cariño,  
que en ellos ganar espera  
pingüe estado y nombre digno.

Cuando (siempre los amantes 165  
han de tener enemigos  
que en los mejores momentos  
truequen la dicha en martirio),  
cuando a lo lejos resuena  
un alarmante ruido, 170  
que a los dos enamorados  
sobresalta de improviso:

«Retírate -dice el joven-;  
quede tu decoro limpio,  
que yo tornaré a tus plantas 175  
sin importunos testigos.»

«Nada temas; seré tuya»,  
entre sollozos le dijo  
su amada, y cerró la reja,  
dejando abierto un resquicio. 180

Quiere el mancebo alejarse,  
mas no puede sin ser visto,

y no es hombre que la espalda  
sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle 185  
que a él dirigen su camino,  
a dos quedarse ve luego  
en no muy distante sitio,  
y al tercero aproximarse  
a paso largo y altivo, 190  
resplandeciendo la luna  
en su pomposo atavío.

Al comendador conoce,  
que volvió de Italia rico,  
y que a su Elvira pretende 195  
con impertinente ahínco.

Mucho celebra el encuentro,  
y solo le pesa el sitio;  
pero, ya arrestado a todo  
le espera firme y tranquilo. 200

\* \* \*

El comendador le dice,  
a diez pasos, dando un grito:  
«Retiraos de aquí, estudiante,  
o mi espada os hará añicos.»

«Otra tengo yo en la mano, 205  
que a ese insulto dé castigo»,  
dice el mancebo, y se arroja  
como rayo desprendido

de las nubes. Los aceros  
relampaguean, y vivo 210  
arde el combate, lidiando  
sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene  
el joven su rostro herido;  
del contrario el pecho, roto, 215  
lanza ya de sangre un río;

y perdiendo va terreno,  
vacilante, cuando un silbo  
da, y vienen espada en mano  
los otros dos a su auxilio. 220

El joven, como valiente,  
desprecia a los asesinos,  
y dejando ya en la tierra  
al comendador tendido,  
carga a los dos y los hiere, 225  
y los pone en tal conflicto,  
que, rápidos como el viento,  
buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce  
de su victoria el peligro, 230  
y a su casa se retira

pobre solar, aunque antiguo,  
y que también noble escudo  
ostenta en el frontispicio  
de la puerta, de que lleva 235  
la llave falsa consigo.

\* \* \*

A don Martín, su buen padre,  
anciano de hidalgo brío,  
encuentra sobresaltado,  
receloso y discursivo, 240  
que del mancebo en la mano  
viendo el hierro en sangre tinto:  
«¿Qué has hecho, Hernando?», le dice,  
y contéstale su hijo:

«Al comendador he muerto, 245  
dando a un insulto castigo,  
que el honor que tú me diste  
ha de estar como el sol, limpio.»

«¡Válgame el cielo! -prorrumpe  
el noble anciano-. Preciso, 250  
aunque, Hernando, yo no dudo  
que con razón has reñido,  
»es el ponernos en salvo,  
que es inminente el peligro,  
siendo poderoso el muerto 255  
y nosotros desvalidos.»

«Partiré al momento a Italia,  
cual estaba decidido»,  
dice Hernando; mas el padre,  
prudente, responde: -«Hijo, 260

»de las glorias de la Italia  
ya te has cerrado el camino;  
el comendador en ella  
del rey ha estado al servicio;

»del ínclito don Gonzalo 265  
era deudo y favorito,  
y allá ha dejado parientes  
con honra y con poderío.»

«Pues a las Indias -el joven  
dice- a marchar me decido.» 270  
Y algo extraordinario y grande  
brilló en su rostro al decirlo.

Romance Tercero

El embarco

En la iglesia de San Pedro,  
una de las más antiguas  
entre las muchas insignes 275  
de la opulenta Sevilla,  
a las seis de la mañana  
se está diciendo una misa,  
porque Dios dé buen viaje  
a un joven que va a las Indias. 280

Es el gallardo extremeño  
a quien hace quince días  
que de Medellín, su patria,  
arrojó su valentía,  
y que, en una gruesa nave, 285  
debe aquella tarde misma  
despedirse de la Europa  
a buscar remotos climas.

Y con don Martín, su padre,  
junto al altar, de rodillas, 290  
a San Pedro se encomienda  
y al cielo le pide dicha;  
en el traje de soldado  
mostrando tal gallardía,  
que del devoto concurso 295  
tiene la atención cautiva.

Terminado el sacrificio  
recibe la Eucaristía,  
resplandeciendo en su rostro  
el entusiasmo y fe viva. 300  
\* \* \*

Vuelve a la humilde posada  
que era en la Borcinería,  
hostelaje de un morisco,  
estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre, 305  
cuyas áridas mejillas,  
lágrimas de desconsuelo  
quemaban y humedecían:

«Hernando, Hernando, hijo mío,  
a tierras lejanas vas, 310  
donde nunca olvidarás  
de mi noble sangre el brío.

»Cual cristiano y caballero,  
teme a Dios, guarda su ley,  
sirve con lealtad al rey, 315  
sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des a la codicia  
en tu hidalgo pecho entrada,  
flaqueza vil que degrada

el cuerpo y el alma vicia. 320

»Sé a tus cabos obediente,  
afable a tus compañeros,  
y, sin bravatas ni fieros,  
en el peligro valiente.

»En los trabajos sufrido, 325  
moderado en la ventura,  
con generosa cordura,  
no estés vano ni abatido.

»Del malo te apartarás,  
únete siempre a los buenos, 330  
que si no ganas, al menos,  
con ellos no perderás.

»Si llegas a obtener mando,  
manda con moderación;  
pero solo, y con tesón 335  
hazte obedecer, Hernando.

»Que al que manda descortés,  
o por ajena influencia,  
o no exige la obediencia,  
para el mando inútil es. 340

»Tolera, disimulado,  
aunque te haga padecer,  
agravio que no ha de ser  
plenamente castigado.

»Reparte con discreción 345  
la recompensa y castigo,  
y al derrotado enemigo  
trata con moderación.

»Resuelve con madurez;  
mas resuelto, nada ataje 350  
la ejecución, aventaje  
al rayo en su rapidez.

»La santa fe que profesas  
extender, y de tu rey  
los dominios, sea la ley, 355  
Hernando, de tus empresas,

»Y no tengas duda alguna  
de que si lo haces así,  
siempre irán en pos de ti  
la victoria y la fortuna. 360

»De tu noble inclinación  
mucho espero, mucho fío;  
basta: abrázame, hijo mío;  
recibe mi bendición.»

La escena tierna y sublime, 365  
dolorosa despedida,  
que pasó entre el hijo y padre  
no es posible describirla.

De momentos tan solemnes

los afectos de familia, 370  
los pensamientos y penas  
se sienten, mas no se pintan.  
\* \* \*

Al fin, como breve sueño,  
pasó rápido aquel día;  
los tristes y los alegres 375  
al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,  
de un cadáver comitiva,  
a la tumba del ocaso  
con majestad descendía. 380

Cuando la pieza de leva  
dio el trueno de la partida,  
del Guadalquivir soberbio  
retumbando en las orillas,  
ya del arenal la puerta 385  
el padre y el hijo pisan,  
y hacia la Torre del Oro  
mudos de dolor caminan.  
\* \* \*

Magnífica era la escena,  
soberbia la perspectiva 390  
espectáculo grandioso  
el que deslumbró su vista:  
cubierto el río de naves  
de mil naciones amigas,  
con flámulas, gallardetes, 395  
banderolas y divisas,  
donde espléndidos colores  
con el sol poniente brillan,  
donde se mecen las auras,  
donde retozan las brisas. 400

Ambas márgenes cubiertas  
de cuanto la Europa cría,  
de cuanto el arte produce,  
de cuanto ansía la codicia.

De armas, víveres, aprestos, 405  
fardos, cajones y pipas,  
de extraordinarias riquezas,  
de varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,  
en los muelles y marismas 410  
y en arenal, alameda,  
muro, almacenes, garitas,  
un enjambre de vivientes  
de todos reinos y climas,  
de todos sexos y clases, 415  
de todas fisonomías.

Del grande español imperio

hombre de todas provincias,  
y de todas las naciones  
que la Europa sabia habitan: 420

    moros, moriscos y griegos,  
egipcios, israelitas,  
negros, blancos, viejos, mozos,  
hablando lenguas distintas.

    Mercaderes, marineros, 425  
soldados, guardas, espías,  
alguaciles, galeotes,  
canónigos y sopistas,

    caballeros, capitanes,  
frailes legos y de misa, 430  
charlatanes, valentones,  
rateros, mozas perdidas,

    mendigos, músicos, bravos,  
quincalleros y cambistas,  
galanes, ilustres damas, 435  
gitanas, rufianes, tías.

    Todo bullicio tan grande,  
tan extraña algarabía  
tal confusión de colores,  
tal movimiento y tal vida, 440

    ofreciendo bajo un cielo  
como el cielo de Sevilla,  
que era un pasmo de la mente,  
un cuadro de hechicería.

\* \* \*

    Tras de la Torre del Oro, 445  
mientras don Martín activa  
el embarco, maldiciendo  
gabelas y socaliñas,

    Hernando sueña despierto,  
y pensando en Doña Elvira, 450  
embebido en lo pasado,  
presente y futuro olvida.

    Llamó su atención de pronto  
una voz agria y ronquilla,  
que le dice: «Caballero, 455  
por Dios, una limosnita.»

    Vuelve en sí, sobresaltado,  
y delante de sí mira  
una miserable vieja  
de extraña fisonomía. 460

    Un rostro innoble y siniestro,  
seco, como de ceniza,  
con dos penetrantes ojos  
de fuego que muere chispas,  
    descubre entre sucias tocas 465  
que rojo manto cobija,

sobre un traje de anascote,  
hecho a desgarrones tiras.

Y en el todo de aquel ente  
algo raro se veía, 470  
reunión de astucia, ignorancia,  
imbecilidad, malicia.

Para darle algún socorro  
en la escarcela registra,  
y mientras le da un cornado 475  
dice la bruja ladina:

«¡Qué lindo y gallardo joven!  
Si se embarca para Indias,  
la buenaventura puedo  
decirle, que sé decirla.» 480

Hay en la vida momentos  
que la mitad de la vida  
por columbrar lo futuro  
se diera con alegría.

Y Hernando, aunque con desprecio, 485  
contempla aquella estantigua,  
la mano diestra le ofrece  
puesta la palma hacia arriba.

\* \* \*

La vejezuela la toma,  
un momento la examina, 490  
y ora las cejas arquea,  
ora amaga una sonrisa;

y, al fin, se estremece, tiembla,  
echa fuego por la vista,  
y «¡Qué estoy mirando, cielos!», 495  
cual energúmeno grita.

Expresión rara y terrible  
su muerto semblante anima;  
crece, y convulsa le crujen  
los huesos y las canillas. 500

Y «¡Oh mancebo generoso!  
-exclamó-. ¡Qué de inauditas  
glorias y hazañas te esperan!  
¡Qué de triunfos en las Indias!

»Tiembla el infierno; ¡tu espada 505  
cuántos tributos le quita!  
Ve ufano... De contemplarte  
el cielo se regocija...

»Emperadores y reyes  
te doblarán la rodilla; 510  
cual prodigios, cual portentos  
verá el mundo tus conquistas.

»Tu huella hundirá naciones  
las más guerreras y ricas,  
como del pastor la huella 515



hunde vivares de hormigas.

»Con montes de oro y laureles  
los astros allá te brindan.  
Eterno será tu nombre,  
inmortales tus fatigas. 520

»Vuela; el sol del Nuevo Mundo  
serás...» No pudo sufrirla  
el joven tiempo más largo,  
juzgando la retahíla,  
cosa a todo aventurero 525

por aquella bruja dicha  
para sacar recompensa  
más abundante y opima;  
y la interrumpe, y le dice:  
«Sólo quiero que me digas 530  
si seré tan venturoso  
que regrese a estas orillas.»

Quedó suspensa la vieja,  
muda, en él los ojos fija,  
pero apagados; su rostro 535  
se seca, se desanima;

y con expresión siniestra  
de una sardónica risa:  
«Volverás, sí -le responde-;  
que volver es tu desdicha; 540

»Volverás..., sí, de seguro...  
El sol se va y vuelve... Mira...»  
Y con una enjuta mano  
y un dedo, que parecía  
el de la terrible muerte, 545  
en rara actitud le indica  
a Castilleja, por donde  
el rojo sol se escondía.

\* \* \*

El joven a Castilleja  
torna de pronto la vista, 550  
como obediente al mandato  
de la mano imperativa;

Y ve que una parda nube  
que imitaba las cortinas  
de un rico dosel tomaba, 555  
por el ambiente movida,

de un gran féretro la forma  
circundado de amarillas  
candelas, y en cuyo seno  
del sol el cadáver iba. 560

Vago terror siente Hernando;  
los cabellos se le erizan,  
y por algunos momentos,  
hecho mármol, ni aún respira.

La mano del tierno padre, 565  
su voz grata y sus caricias,  
diciendo: «Llegó la hora,  
vamos, y Dios te bendiga»,  
le tornan en sí; anheloso  
a la bruja o pitonisa 570  
busca, mas la busca en vano:  
desaparecido había.

Acaso entre aquella turba,  
do era imposible seguirla,  
otras limosnas demanda, 575  
otros casos pronostica.

Se abrazan al pie del muelle  
el padre y el hijo; pisa  
éste la ligera lancha,  
que al punto huye de la orilla. 580

Llega a la nave; la nave  
trinquetes y gaviás iza,  
y corta pomposa el río  
entre universales vivas.

#### Romance Cuarto

#### Conclusión

Este Hernando, este mancebo 585  
era Hernán Cortés; su nombre,  
gloria la mayor de España,  
asombro y pasmo del orbe,  
lo dice todo. Un imperio  
de cien guerreras naciones 590  
descubrió, y rindió su lanza  
con seiscientos españoles.

Vuelto a la patria, por premio,  
ingratas persecuciones  
su corazón destrozaron, 595  
rompieron su pecho noble.

Y aquí, en Castilleja, lleno  
de desengaños atroces,  
rindió a su Criador el alma  
que tan grande concedióle, 600

sin que después haya visto  
el absorto mundo un hombre,  
que de Hernán Cortés al lado  
la Historia, imparcial, coloque.

Sevilla, 1838.

### La muerte de un caballero

Escrito entre fines de 1839 y principios de 1840, juntamente con «Amor, honor y valor» y «La victoria de Pavía», es el primero de los tres en orden cronológico.

Un solo romance de 116 versos, con rima en é-o, cuenta la muerte del caballero Bayardo (1473-1524), a quien, según la *Histoire de Bayart* (capítulos LXIV y LXV)<sup>14</sup> en una retirada de los franceses hirió una bala salida «de oscuro arcabuz». Murió al cabo de dos o tres horas, rodeado de amigos y enemigos, entre ellos el marqués de Pescara. Los españoles le prepararon un lecho de campo y allí se confesó y murió. En su versión, Rivas describe una enconada escaramuza en la que cae Bayardo y «el mismo Pescara llega / de llanto el rostro cubierto» a recogerle en sus brazos. El moribundo pide perdón a Dios, ensalza a su rey, a su patria y a los soldados españoles, «hijos de la nación más grande».

El retrato de Bayardo a caballo es de los más briosos que ha hecho Rivas, a quien fascina este prototipo de caballeros. En cuanto al estilo, aún quedan ecos de fraseología dieciochesca: el alma que vuela a tomar «entre los héroes asiento», y el cadáver, «de lauro inmortal cubierto», son buenos ejemplos de ello.

### Romance

El noble francés Bayardo,  
el insigne caballero  
que nunca mancilló «tacha»,  
que jamás conoció «miedo»,  
por la falda de los Alpes 5  
en fuga las huestes viendo  
que al Almirante de Francia  
dio el rey Francisco Primero;  
del deshonor de las lises  
furioso su heroico pecho, 10  
gallardo la lanza empuña,  
riscado revuelve el freno,  
y en los pocos españoles,  
causa de aquel desconcierto,  
se arroja como valiente 15

para morir como bueno;  
a pintar su gallardía,  
a contar sus altos hechos,  
a encarecer sus hazañas  
no basta el humano acento. 20

\* \* \*

En un normando morcillo  
que respira espuma y fuego,  
cuya ligereza es rayo,  
cuyos relinchos son trueno;  
con un arnés que deslumbra 25  
del mismo sol los destellos,  
y en parte una veste oculta  
de carmesí terciopelo;  
y sobre bruñido casco,  
dando vislumbres al viento, 30  
un penacho blanco y rojo  
con rica joya sujeto,  
cual águila se revuelve,  
lidia cual león soberbio,  
cual raudo torrente rompe, 35  
resiste cual risco eterno.

Solo españoles soldados  
sin ceder pudieran verlo,  
y con él y con los suyos  
trabar combate sangriento. 40

Mas qué mucho, si los rige  
aquel hijo predilecto  
de la victoria en Italia,  
marqués de Pescara excelso.

\* \* \*

Del noble francés Bayardo, 45  
a pesar de los esfuerzos,  
la francesa artillería  
fue de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza  
en lo más trabado y recio, 50  
cuando las contrarias huestes  
eran de valor portentos,  
una silbadora bala  
de oscuro arcabuz partiendo,  
traspasó de parte a parte 55  
al gallardo caballero.

Al caer de los arzones  
con pesado golpe al suelo,  
cuajó la sangre a sus tropas  
de sus armas el estruendo; 60

y alzaron tal alarido  
de dolor y de despecho,  
que por los lejanos valles

resonó en fúnebres ecos.

\* \* \*

Al oír los españoles 65  
tan lamentable suceso,  
la sangrienta lid suspenden  
de asombro y lástima llenos;  
pues la muerte de un contrario  
de valor insigne ejemplo, 70  
pena y confusión infunde  
en sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones  
cercan al noble guerrero,  
cuya sangre empaña el brillo 75  
del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescara llega,  
de llanto el rostro cubierto,  
y le recoge en sus brazos  
con doloroso respeto. 80

Sus criados le desarman,  
inténtanse mil remedios;  
mas, ¡oh dolor!, todo en vano,  
llegó su instante postrero.

\* \* \*

Muere Bayardo el famoso, 85  
y en el último momento  
después que a Dios pidió gracia,  
cual cristiano caballero,

a españoles y a franceses  
tornando el rostro sereno: 90  
«Por mi rey y por mi patria  
-exclamó- gozoso muero;

»y ufano de que haya sido  
a las manos y al esfuerzo  
de soldados españoles, 95  
de honra y de valor modelo,  
»y de la nación más grande  
que en más alta estima tengo,  
de cuantas pueblan la tierra,  
de cuantas cubren los cielos.» 100

No dijo más, que la muerte  
convirtió su voz en hielo,  
volando a tomar el alma  
entre los héroes asiento.

\* \* \*

Dejaron los españoles 105  
por honra a tal caballero,  
de seguir al almirante,  
que en Francia salvóse presto.

Y el cadáver de Bayardo,  
de lauro inmortal cubierto, 110

entregado fue a los suyos  
con justo desprendimiento,  
para que hallara reposo  
tan valiente y noble cuerpo  
en su agradecida patria, 115  
al lado de sus abuelos.

Amor, honor y valor

Tres romances: I, 240 versos en é-o; II, 172, í-o y III, 124, é-a. Total, 536.

Basado en la Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V (libro XII, partes XXV, XXVI, XXVII) de fray Prudencio de Sandoval, texto que Rivas sigue muy a la letra, incluso en la descripción particular de los caballeros del ejército imperial. Entre ellos, destaca el Condestable de Borbón presente en este romance, en «La victoria de Pavía» y en «Un castellano leal». Era segundón del duque de Montpensier y primo de Francisco I, con quien se enemistó. Sirvió a Carlos V, quien le apreciaba mucho aunque tanto los españoles como los franceses le detestaron por luchar contra su rey natural.

Mientras «La victoria de Pavía» es una descripción global, centrada luego en la figura del rey francés, aquí los preparativos para la batalla son prólogo y telón de fondo para la historia sentimental de un personaje secundario. Aunque le interese más la anécdota que el «episodio nacional», prosigue Rivas también la alabanza del ejército español, comenzada en el romance de Bayardo y que culminará con «La victoria de Pavía».

En III, tienen lugar los sponsales en el mismo campo de batalla y en presencia del ejército cuando ya silban saetas y balas. Se aparta así del relato de Sandoval, más verosímil aunque menos efectista, donde la boda es al amanecer y concluye cuando «ya comenzaban los atambores a la orden».

## Romance Primero

### El ejército

De trompas y de atambores  
retumba marcial estruendo,  
que en las torres de Pavía  
repite gozoso el eco;  
porque a libertarlas viene 5  
de largo y penoso cerco

el ejército del César  
contra el del francés soberbio:  
    aquél reducido y corto,  
éste numeroso y fiero, 10  
el uno descalzo y pobre,  
el otro de galas lleno.

    Pero el marqués de Pescara,  
hijo ilustre y predilecto  
del valor y la victoria, 15  
tiene de aquél el gobierno,  
    porque los jefes ancianos  
y los príncipes excelsos  
que lo mandan se someten  
a su fortuna y su esfuerzo; 20  
    y en él gloriosos campean  
los invictísimos tercios  
españoles, cuya gloria  
es pasmo del Universo.

    Manda las francesas huestes 25  
el rey Francisco Primero,  
que ve las del Quinto Carlos  
con orgulloso desprecio.

    Y juzgando un imposible  
que osen venir a su encuentro 30  
con tan cortos escuadrones,  
con tan escasos pertrechos,  
    no a la batalla, al alcance  
prepárase repitiendo:  
«para la cobarde fuga 35  
levantan el campamento.»

\* \* \*

    En tanto de él, en buen orden  
y en sosegado concierto  
(después de dar a las llamas  
y de hacer pasto del fuego 40  
    las tiendas y los reparos,  
las barracas y repuestos)  
salen a coger laureles  
los imperiales guerreros.

    De Nápoles el ilustre 45  
Visorrey al frente de ellos,  
en un caballo ruano  
que es del Vesubio remedo,  
    ricas armas refulgentes,  
en que dan vivos destellos 50  
las labores de oro y plata  
del sol naciente al reflejo,  
    lleva; y sobre el rico almete,  
en la cimera sujeto,  
penacho amarillo y rojo, 55

que mece apacible viento.

Cien alabardas de escolta  
cércanle; delante, enhiesto,  
va su pendón, y le siguen  
personajes de respeto. 60

\* \* \*

En el escuadrón segundo,  
de un arnés blanco cubierto,  
y de un sayo de brocado,  
en un frisón corpulento  
pasa de Borbón el duque; 65  
¡lástima que tan egregio  
príncipe contra su patria  
y su rey combata ciego!

Entre los varios señores  
y famosos caballeros 70  
que le acompañan, descuella,  
por lo galán y lo apuesto,  
el joven marqués del Vasto,  
armado de azules veros,  
con blancas y azules plumas, 75  
gallardas alas del yelmo.

En un pisador castaño  
que con la espuma del freno  
escarcha en copos de plata  
los azules paramentos, 80  
su destreza de jinete  
con corvetas y escarceos,  
y su agilidad de mozo  
va presumido luciendo.

\* \* \*

Tras este escuadrón segundo 85  
marcha el escuadrón tercero,  
y Alarcón a su cabeza,  
cana barba, rostro serio,  
armas fuertes, mas sin brillo,  
corcel alto, duro, recio, 90  
una fornida lanza  
que empuña un puño de hierro;  
sin visera ni penacho,  
capacete de gran peso,  
y sobreveste y gualdrapa, 95  
ambas de velludo negro,  
sin recamadas insignias,  
sin divisas ni embelecocos,  
eran, como lo era siempre,  
su simple y marcial arreo. 100

Siguen, tras los hombres de armas,  
los escuadrones ligeros,  
y de Cívita-Santángel



el marqués al frente de ellos.

Joven, valiente y gallardo, 105  
ignorando va, risueño,  
que a manos de un rey la muerte  
le aguarda a pocos momentos.

Rico y galán sayo viste  
de purpúreo terciopelo, 110  
¡harto pronto con su sangre  
más purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,  
causa de su fin funesto,  
rige las flexibles bridas, 115  
que cortadas, serán luego.

\* \* \*

Las triunfadoras banderas  
donde desarrolla el viento  
los castillos y leones,  
ya de dos mundos respeto, 120

y que adorna la fortuna  
de palma y laurel eternos,  
donde quiera que tremolan  
en entrambos hemisferios

la invencible Infantería 125  
de los españoles tercios,  
en bien formadas escuadras  
sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;  
pobre, mas de noble esfuerzo 130  
tan rica, que a sus hazañas  
es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,  
y de la muerte el desprecio,  
en sus ordenadas filas 135  
de frugalidad modelo:

y que de vencer seguras  
llenan de coplas el viento,  
con apodos y con vayas  
de andaluces a gallegos. 140

A sus bravos capitanes  
humildes obedeciendo,  
forman un bosque de picas  
cuyas puntas son luceros;  
y donde los arcabuces, 145  
preñados de rayo y trueno,  
van pronto a llenar el aire  
de humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,  
allí el capitán Cisneros, 150  
y Santillana el alférez,  
y Bermúdez el sargento,

y Roldán el sevillano,  
extremado arcabucero,  
y mil y mil allí estaban, 155  
gloria del hispano suelo,  
cuyos inmortales nombres  
la fama guarda del tiempo,  
y al pronunciarlos palpita  
de todo español el pecho. 160

Con un limpio coselete,  
del sol envidia y espejo,  
con celada borgoñona  
sin cimera ni plumero,  
y con sus calzas de grana, 165  
y con su jubón eterno  
de raso carmesí, llega  
después de dejar dispuesto  
como caudillo el ataque,  
y como caudillo experto, 170  
el gran marqués de Pescara  
en su tordillo ligero.

En su diestra centellea  
un estoque de Toledo,  
y un broquel redondo abraza 175  
con una muerte en el medio.

Viene y se coloca al frente  
de los españoles tercios,  
de sus planes y esperanzas  
con gran razón fundamento. 180

Y con el semblante afable,  
y con el rostro risueño,  
responde a sonoros vivas  
en sazonado gracejo.

\* \* \*

Detrás de los españoles, 185  
tardos marchan los tudescos,  
que apiñados parecían  
muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones  
las águilas del imperio 190  
ostentan, y lentamente  
las siguen, con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano  
de gran valor y respeto,  
va a su frente en un morcillo 195  
que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,  
y devoto hasta el extremo,  
con franciscana capucha  
el casco y gorjal cubiertos. 200

Las últimas que desfilan

y salen del campamento,  
son las banderas de Italia  
en pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce 205  
y una lombarda de hierro,  
son toda la artillería  
para tan terrible empeño.

Don César Napolitano,  
caudillo bizarro y diestro, 210  
y el capitán Papacodo  
vienen a su frente puestos.

\* \* \*

Ya los franceses cañones,  
cuyo número era inmenso,  
contra estas huestes lanzaban 215  
muerte envuelta en humo y fuego;

y ya viva escaramuza  
se iba rápida encendiendo,  
entre avanzados jinetes  
y alentados ballesteros, 220  
y aún del incendiado campo  
llegan a ocupar sus puestos  
a todo correr soldados,  
y a escape los caballeros.

Sólo entre tantos no acude 225  
cuando siempre es el primero,  
el gallardo don Alonso  
de Córdoba, y le echan menos,  
porque de un noble el retardo,  
en tan críticos momentos 230  
es mucho más reparable,  
porque debe dar ejemplo.

Y por esperarlo, todos  
miran hacia el campamento,  
donde, con grande sorpresa, 235  
ven, y quédanse suspensos,  
que su tienda solamente  
no es ya de las llamas cebo,  
y que, aún intacta, descuella  
entre el general incendio. 240

## Romance Segundo

### La tienda

Entre humo, llamas, cenizas  
que, volando en remolinos,  
del abandonado campo  
al sol ofuscan el brillo,  
de don Alonso la tienda 245  
tiene desde lejos fijos  
de la multitud los ojos,  
la atención de sus amigos.

Aderezado un overo  
cerca de ella, altos relinchos 250  
da, y huella y escarba el polvo,  
no cabiendo ya en sí mismo,  
porque, la mano en el diestro,  
tiene sujeto su brío  
un paje, que también tiene 255  
un lanzón con pendoncillo.

\* \* \*

Están dentro de la tienda,  
a un lado, sentada en rico  
almohadón de terciopelo  
sobre tapete morisco, 260  
una gallarda señora  
con semblante dolorido;  
teniendo en sus bellos brazos  
dos hermosísimos niños,  
y en pie, a su frente, un joven 265  
de brillante arnés vestido,  
la cabeza sin almete  
y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos  
de aquella dama o prodigio, 270  
que a las mejillas de nácar  
le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas  
con negligente prendido  
dan más blancura a su frente, 275  
dan a sus ojos más brillo,

Dan más carmín a sus labios  
de amor poderoso hechizo,  
dibujando un albo cuello  
y un seno de ángeles nido: 280  
pues viendo en él agrupados  
a los dos infantes lindos,  
el llamarle de esta suerte  
no es exagerado estilo.

El mancebo, armado, muestra 285  
en aspecto y atavío  
de su linaje lo ilustre  
y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso

de Córdoba, que cautivo 290  
de un amor firme, combate  
por salir de un laberinto.

Del gran marqués de Alcaudete  
hermano, y aun presuntivo  
heredero, aquella hermosa 295  
ha tiempo tiene consigo,  
con disgusto y con despecho,  
no sólo del marqués mismo,  
sino de otros dos hermanos,  
capitanes de gran brío, 300  
que en las huestes españolas  
con el de Pescara invicto,  
para avalorar su nombre  
ocupan honroso sitio.

\* \* \*

La dama en ilustre sangre: 305  
al joven esclarecido  
no iguala, es cierto; mas junta  
a los altos atractivos  
de la gracia y la belleza,  
del donaire y señorío 310  
y de los ojos de fuego,  
y del hablar argentino,  
tal bondad y tal ternura,  
tan cultivado y pulido  
entendimiento, y modales 315  
tan dulces, gratos y finos,  
que de don Alonso tienen  
disculpa los extravíos,  
por prenda en quien tantos dotes  
colocar el Cielo quiso; 320  
pues amor y entendimiento  
y valor, siempre se ha dicho  
que igualarlo pueden todo;  
y no es error el decirlo.  
Ella es honrada, aunque humilde, 325  
y para hombre bien nacido  
el honor de las mujeres  
no es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre  
ya la obligación consigo, 330  
con Dios y con los sensatos  
se ve en grande compromiso.

\* \* \*

Don Alonso, caballero  
de tan altos requisitos,  
cuando va a exponer la vida 335  
a un inminente peligro,  
(siempre solemne momento

en que entra el hombre en sí mismo,  
porque voces que no mienten  
le dan interiores gritos), 340  
    revuelve allá en su cabeza  
mil encontrados arbitrios,  
para entre el mundo y el Cielo  
encontrar algún camino.

    Su pecho es campo en que luchan 345  
irritados enemigos,  
preocupaciones, afectos,  
miramientos y cariños.

    Y con los brazos cruzados,  
el rostro helado y marchito, 350  
desencajados los ojos,  
convulsos los labios fríos,  
    hecha pedazos el alma,  
el corazón derretido,  
quisiera que un rayo ardiente 355  
le clavara en aquel sitio.

\* \* \*

    La dama, que no sospecha  
el confuso laberinto  
en que se pierde su amante,  
demudado y discursivo, 360

    Creyendo que el amor sólo  
detiene su heroico brío,  
en momento en que el retardo  
pone el honor en peligro,  
    sollozando: «¿Qué os detiene 365  
-dice-, amado dueño mío,  
cuando las trompas os llaman  
y os espera el enemigo?

    »Volad, que yo no os detenga;  
volad, señor, os suplico, 370  
vuestro nombre y vuestra fama  
son antes que yo y mis hijos.»

    De tal labio, don Alonso,  
al escuchar tal aviso,  
que fue del honor espuela 375  
y del amor incentivo,  
    en sí torna, se resuelve,  
y dando un largo suspiro,  
como lo da el que cansado  
sale de un profundo abismo: 380

    «Decís bien, señora -exclama-;  
mas venid a ser testigo  
de que pago cuanto debo  
a Dios, a vos y a mí mismo.»

    Cálase el yelmo; del brazo 385  
en frenético delirio

ase a la dama, que aprieta  
contra su seno a los niños.

Sale con ella y con ellos,  
monta en el overo altivo, 390  
acomoda en la gurupa  
a su dama y a sus hijos,  
y hacia el campo de batalla  
a escape toma el camino,  
en velocidad y en fuego 395  
rayo o disparado tiro.

Todos cuantos lo esperaban  
reconócenlo al proviso,  
de que traiga, avergonzados,  
tal embarazo consigo. 400

La lenguaraz soldadesca  
prorrumpe en picantes dichos,  
pues no hay respeto que imponga  
freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos 405  
de don Alonso, ofendidos,  
de enojo y cólera ciegos,  
en tierra los ojos fijos,  
temiéndose nueva afrenta  
en tal hora y en tal sitio, 410  
con las viseras esconden  
los rostros escandecidos.

### Romance Tercero

#### El caballero

Sin templar las flojas bridas  
ni dar descanso a la espuela,  
el ilustre don Alonso 415  
a do están los tercios llega;  
dando al desprecio las burlas,  
sordo haciéndose a la befa  
de licenciosos soldados  
y de desatadas lenguas, 420  
ante el marqués de Pescara  
que siente tal ocurrencia,  
y que está suspenso y grave,  
pone fin a la carrera.

Desocupa los arzones, 425  
a niños y madre apea,

y con firme acento dice,  
alzándose la visera:

«Marqués de Pescara egregio,  
pues circula en vuestras venas 430  
sangre tan noble y cristiana  
como el mundo reverencia,

»no extrañaréis el que un noble,  
que de cristiano se precia,  
sus obligaciones cumpla 435  
y satisfaga sus deudas;

»ni que un valiente soldado  
que a combatir marcha, quiera  
para entrar con más empeño,  
dejar mayores riquezas. 440

»Ni que tranquila su alma  
al lance llevar pretenda,  
porque si es del valor centro  
mayor valor hay en ella.

»Yo estoy obligado y debo, 445  
mil bienes se me presentan  
que asegurar, y mi alma  
la tranquilidad anhela.

»Bajo vuestro patrocinio  
cumpla, pues, pague, enriquezca, 450  
mi alma tranquilice, y obre  
según Dios y mi conciencia.

»al capellán que os asiste  
mandadle, señor, que venga,  
y que me case ahora mismo 455  
aquí con doña Teresa.

»Y bendecido mi enlace,  
estos dos ángeles sean  
hijos legítimos míos,  
purgados de toda afrenta. 460

»Y si el cielo dispusiese  
que yo caiga en la pelea,  
habrá quien me sustituya  
en lealtad y en fortaleza.»

Calló, y el Pescara insigne 465  
y los jefes que le cercan,  
conmovidos y admirados,  
tan cristiano empeño aprueban.

\* \* \*

Viene el capellán al punto  
en una mula; se apea, 470  
de don Alonso elogiando  
acción tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas  
cunde con la extraña nueva,  
porque una acción generosa 475



tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo  
siendo de la boda, hecha  
fue con los sagrados ritos  
que a sacramento la elevan. 480

\* \* \*

Desmáyase la señora,  
y en los brazos la sustenta  
su esposo, que a entrambos niños  
contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote, 485  
Pescara los brazos echa  
al regocijado novio,  
y da mil enhorabuenas.

El ejército, de vivas  
admirado el aire llena. 490  
Vienen los amigos todos,  
todos los curiosos llegan.

Y de don Alonso entonces  
ya no tienen resistencia  
los enojados hermanos, 495  
y entre sus brazos lo estrechan;  
y despojándose afables  
de anillos y de cadenas,  
unos dan a su cuñada  
otros en los niños cuelgan. 500  
de cordialidad, de gozo,  
y de dicha tal escena  
formando en aquel momento,  
que a un mármol enterneciera.

\* \* \*

Pero los instantes urgen: 505  
don Alonso, activo, ordena  
a su esposa y a sus hijos  
retirar de allí a gran priesa;  
porque ya silban las balas,  
y ya cruzan las saetas, 510  
y las trompas y atambores  
dan de combatir la seña;  
y cabalgando ligero,  
la lanza en la cuja puesta,  
vuelto al marqués de Pescara, 515  
dice así con voz resuelta:

«Por uno antes combatía,  
porque uno tan sólo era;  
mas hoy combatir por cuatro  
quiero que el mundo me vea: 520

»Por mí, por mis tiernos hijos  
y por mi esposa discreta,  
vos veréis, caudillo excelso,

si sé hacerlo, aunque perezca.»

Revuelve el potro, la lanza 525  
en el ristre a punto puesta.

Y en lo más trabado y recio  
entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos.

Y de los tres las proezas 530  
en aquel tremendo día,

que a España de gloria llena,

fueron tales, que lograron

aplausos y recompensas,

y en el clarín de la fama 535

nombre inmortal, gloria eterna.

### La victoria de Pavía

Cinco romances: I, 320 versos en ó-e; II, 172, é-o; III, 180, á-e; IV, 152, í-a y V, á-o.

Sin dejar de atenerse a Sandoval, el poeta cuenta los hechos mezclando colores, elementos realistas e hiperbólicas imágenes. Destaca la magnificencia de los franceses, mandados por Francisco I, con gran golpe de caballeros, lucida artillería y poderosos aliados, «dos veces más numerosos» que los Tercios y gente de España, de pobre aspecto. Tal contraste entre los enemigos y en especial las galas del rey francés -cuyas elaboradísimas y soberbias armas y divisas describe con detalle-, hacen más heroica la victoria total de los imperiales al mando del marqués de Pescara, valeroso y sin pretensiones. A pesar de la gran inferioridad numérica, los españoles se imponen por su táctica y arrojo, y la derrota de los franceses, tan orgullosos antes, es completa.

Respetuoso siempre con los reyes, tiene palabras de elogio para el de Francia, bien que describa, también sin ahorrar detalle, su apresamiento y despojo por unos soldados. Tan estrepitosa caída le dicta las acostumbradas consideraciones morales sobre las «inconstancias de fortuna».

Resalta el aspecto caballeresco de esta guerra: Pescara es modelo de respeto y generosidad mientras que Francisco I, «esforzándose orgulloso / en dar a su faz sonrisa» va siempre «gallardo», «afable» y «risueño».

Añade al final unos recuerdos de juventud: siendo guardia de Corps y pocos días antes de comenzar la guerra de la Independencia, en abril de 1808, hubo de escoltar la espada que Francisco I perdió en Pavía (¡y que, dicho sea de paso, no era la auténtica!), devuelta por el gobierno español a los franceses. Galofobia y odio a Napoleón quedan compensados por el recuerdo de la victoria de Bailén, mayor que la de Pavía en el sentir de Rivas, quien le dedicará luego otro romance.

Al Señor don Mariano Roca de Togores.

## Romance Primero

### Pescara y los españoles

De la sitiada Pavía,  
desde las gigantes torres  
que el bravo Antonio de Leiva  
guarda con sus españoles;  
entre nubes de humo y polvo 5  
do arcabuces y cañones,  
de rayos llenan el aire,  
de truenos el horizonte,  
se ve la horrenda batalla  
en que disputan feroces 10  
Francisco y Carlos el cetro  
de Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos  
los franceses escuadrones  
son, que los que allí combaten 15  
de Carlos Quinto en el nombre.

Y aquellos a su cabeza,  
con lo que valen al doble,  
tienen a su rey Francisco,  
monarca de excelsos dotes. 20

Pues en valor y destreza,  
y en caballeroso porte,  
quien le exceda y sobrepuje  
el mundo no reconoce.

Al ejército del César 25  
si la ventaja nególe  
el Cielo de ver al frente  
a su soberano entonces,

le dio la de que lo rija  
el aventajado y noble 30  
marqués de Pescara invicto,  
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso  
y viene de galas pobre,  
también con la fama cuenta 35  
de los tercios españoles.

\* \* \*

La francesa artillería,  
cuyo número era enorme,  
deshace apretadas filas,

espesas hileras rompe, 40  
y cual tempestad horrenda  
llena de pavor el orbe,  
borrando el son de las trompas  
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes 45  
desprecian el fuego, y corren  
a que decida el combate  
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste  
el visorrey a galope, 50  
de hombres de armas y ligeros  
con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos  
numerosísimos pone,  
mas cual bisoño caudillo, 55  
para la batalla en orden.

¡Cuán gallardo y rozagante,  
augusto, lozano y joven  
oprime un tordo rodado  
que a tal dueño corresponde! 60

De morado terciopelo  
y brocado de oro, sobre  
el arnés fúlgido, lleva  
veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises, 65  
que deslumbran como soles,  
y de oro y morada seda  
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,  
del viento halago y azote, 70  
amarillos y morados  
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella  
una flecha de oro, donde  
primoroso pendoncillo 75  
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra  
que en vivo fuego se esconde,  
es el cuerpo de la empresa  
y «modo et non plus» el mote. 80

El almirante de Francia,  
personaje de alto nombre;  
el gran príncipe de Escocia,  
gallardo y hermoso joven;  
el príncipe de Navarra; 85  
de San Pol el bravo conde;  
el mariscal Montmorency,  
y otros insignes señores,  
le acompañan y le sirven,

con él las filas recorren, 90  
y con él al campo abierto  
salen a esperar el choque.

\* \* \*

Terrible fue; parecía  
que se encontraban los montes,  
que se desplomaba el cielo 95  
y que caducaba el orbe.

Mas, ¡ay!, las fuerzas de Francia  
eran en número dobles,  
y el valor no hace imposibles,  
aunque el valor los arrostre. 100

Si bien del virrey la lanza  
dio al almirante fin noble;  
si bien insignes franceses  
cayeron de los arzones;

si bien resisten constantes, 105  
como murallas de bronce,  
los imperiales jinetes,  
al cabo, al cabo... eran hombres.

Muere del rey en la lanza  
el desventurado joven 110  
a quien Cívita-Santángel  
por su marqués reconoce.

El mismo Alarcón, a tierra  
vino de una maza al golpe,  
como cae gigante pino, 115  
cual se desploma una torre.

Y a pie combate y resiste  
dando tajos y mandobles,  
y a su vigor y destreza  
debió no morir entonces. 120

El del Vasto en gran peligro  
se ve entre diez borgoñones,  
y tiene que abrirse paso  
con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio; 125  
cuatro jinetes se oponen  
a cada jinete nuestro,  
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza  
de que a la victoria logren 130  
seducir tan alto esfuerzo  
y tantas hazañas nobles,

cuando el capitán Quesada  
en el combate lanzóse,  
seguido de cien certeros 135  
arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta  
sus rayos atronadores,

que a los contrarios asombra  
y en retirada los pone. 140

\* \* \*

En tanto, por otra parte  
otros frescos escuadrones  
de bien montados franceses,  
«Francia» apellidando a voces,  
arrollando cuanto encuentran, 145  
con la lanza en ristre corren,  
y a los tercios de la Italia  
vencen, deshacen y rompen.

Los esguízaros que siguen  
de la Francia los pendones, 150  
a reforzar el combate  
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco,  
con nuevo escuadrón a trote,  
va a asegurar la victoria 155  
que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescara  
que lo advierte, decidióse,  
confiado en su fortuna,  
a aventurar todo entonces; 160  
y con risueño semblante  
a los tercios españoles  
torna, y animoso dice:

«¡Ah de mis fuertes leones!

»Vuestro debe ser el día; 165  
allí donde más feroces  
los enemigos se agolpan,  
allí hay laureles mayores.

»Venid conmigo a cogerlos,  
vuestras frentes solas logren 170  
coronarse con sus ramas  
entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,  
y seis mil bravos acordes  
lanzan (sonoroso grito 175  
de ansia, de gloria y renombre),

fue la respuesta. Y al punto  
con celeridad movióse  
de picas y de arcabuces  
un espesísimo bosque. 180

Al momento la fortuna,  
tan indecisa hasta entonces,  
en las imperiales huestes  
los mudables ojos pone.

Y del pendón de Castilla 185  
los gloriosos resplandores  
encantaron sus miradas

y en su favor declaróse.

\* \* \*

Los arcabuces de España  
no hay fila que no destrocen, 190  
no hay caballo que no ahuyenten,  
no hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas  
no hay escuadra que no arrollen,  
embate que no resistan 195  
ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brío,  
de sus balas y sus botes,  
los franceses, hombres de armas,  
y los ligeros peones. 200

Y los esguízaros huyen  
en confusión y desorden,  
y huyen los nobles jinetes,  
y huye el rey mismo a galope,  
y de un ejército inmenso 205  
que ya vencedor juzgóse,  
triunfa el marqués de Pescara  
con sus seis mil españoles.

\* \* \*

Este valiente caudillo,  
cuyo esfuerzo no conoce 210  
rival en el ancho mundo,  
más alta empresa dispone;

y ordenando que el alcance  
prosigan los vencedores,  
y que los tudescos vengan 215  
a sostenerlos veloces,

junta a varios caballeros  
y de armas a algunos hombres,  
que escaramuzando andaban  
sin jefes y sin pendones; 220

y poniéndose a su frente,  
y requiriendo el estoque,  
en un escuadrón lejano  
que el rey Francisco recoge,  
para tornar donde pueda 225  
dejar bien puesto su nombre,  
al grito de «¡cierra España!»  
con nueva furia lanzóse.

\* \* \*

En tanto, Antonio de Leiva,  
que la ventaja conoce 230  
de las fuerzas imperiales,  
cual raudo torrente rompe  
por las puertas de Pavía;  
y cayendo osado sobre

la retaguardia francesa, 235  
en grande aprieto la pone.

Ya es de Carlos la victoria.  
Ya los tercios españoles,  
como el huracán que arrasa  
los enmarañados bosques, 240  
abriéndose en un momento  
ancha calle a sus furores,  
no ven ya en su paso estorbo,  
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo, 245  
con pasmo y con dolor oyen  
de que su Pescara es muerto  
correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece  
desde que, con pocos hombres 250  
de armas, le vieron lanzarse  
con tanto denuedo donde,  
aún trabada la pelea,  
reina confuso desorden.  
Vengarle, pues, juran todos, 255  
y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo  
ven aparecer al trote,  
al victorioso caudillo  
de sus esperanzas norte 260  
\* \* \*

Mas, ¡oh Dios, en cuál estado!  
Herido su rostro noble,  
pasado el brazo siniestro  
de una lanza al duro bote;  
el coselete partido 265  
y atravesado del golpe  
de una bala, que parece  
que fin a sus glorias pone.

Y el tordillo, moribundo,  
herido en cuello y quijotes, 270  
un raudal de negra sangre  
derramando a borbotones.

Las españolas escuadras  
quedan al mirarlo inmóviles,  
y el placer de la victoria 275  
en llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescara  
sin que la muerte le asombre,  
y dice con voz tranquila  
partiendo los corazones: 280

«¿Por qué os detenéis, amigos?  
Valerosos españoles,  
pues ya es vuestra la victoria



nada mi falta os importe.»  
Desplómase el tordo en tierra; 285  
dos capitanes recogen  
al general en los brazos,  
y Vega, su gentilhombre,  
del sangriento coselete  
le desencaja los broches, 290  
y ve..., ¡oh placer!, que la bala,  
causa de tantos temores,  
aplastada contra el pecho,  
leve contusión esconde;  
del coselete, sin duda, 295  
en los adornos de bronce  
perdió su temible fuerza;  
o por dicha disparóse  
desde tan lejos, que trajo  
escasa violencia el golpe. 300  
Reanímase los soldados,  
por milagro reconocen  
dicha tan grande, y en «vivas»  
prorrumpen y alegres voces.  
Y repuesto el mismo herido, 305  
que trasgado juzgóse,  
de la contusión del pecho  
por los agudos dolores,  
«¡Bendito sea Dios!», exclama.  
Ármase de nuevo, y sobre 310  
otro corcel restablece  
en las escuadras el orden.  
Y en las márgenes floridas  
del manso Tesin, por donde  
se retiran derrotados 315  
de Francia los escuadrones,  
sembrando exterminio y muerte,  
aparecieron veloces  
el gran marqués de Pescara  
y los tercios españoles. 320

## Romance Segundo

El estandarte ante todo

Del Tesin en las orillas  
quiere hacer su último esfuerzo,  
vencido y avergonzado

el rey Francisco Primero.

Sus numerosas escuadras 325  
dispersas ve y sin aliento,  
y fuerzas aún poderosas  
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano  
de cálida sangre lleno, 330  
pues soldado fue valiente  
si no fue caudillo experto;  
deslucidas ya sus galas,  
deslustrados sus arreos,  
y abollados de los golpes 335  
el capacete y el peto;  
en su corcel, que de espuma,  
de sangre y sudor cubierto,  
cruza fatigado el campo,  
obediente a espuela y freno; 340

solo y sin séquito corre  
llamando a sus caballeros,  
denosta sus fugitivos,  
recoge algunos dispersos,  
y revuelve valeroso 345  
a escaramuzar ligero,  
pensando que aun algo puede  
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna  
la espalda y rostro le ha vuelto, 350  
y hasta las heces el cáliz  
beberá del vencimiento.

De Alarcón los hombres de armas  
vestidos de tosco hierro,  
los del virrey denodados 355  
y los de Borbón soberbio,  
y entre el tropel de jinetes  
mezclados arcabuceros  
españoles, cuyas balas  
tienen prodigioso acierto, 360  
del rey de Francia, infelice,  
invalidan los esfuerzos,  
y hacen sordos a sus voces  
a los franceses guerreros.

\* \* \*

El despechado monarca 365  
del desapiadado cielo  
tenaz resistencia opone  
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados  
a sus esguízaros viendo, 370  
del Tesin a un ancho vado,  
donde su fin va a ser cierto,

vuela a ponerse a su frente  
para advertirles el riesgo  
que van a hallar en las aguas, 375  
por no arrostrar el del fuego,

y los conjura y exhorta  
a que con él revolviendo,  
noble resistencia opongan  
al vencedor altanero; 380

Y que cual valientes busquen  
con él de salud un puerto,  
no del Tesin en las ondas,  
mas de la lid en el hierro;  
que allí segura es la muerte 385  
y aquí bien puede no serlo;  
que aquí aún les espera gloria  
y allí sólo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue  
formarlos y contenerlos, 390  
y ya de esperanza nueva  
ve casi el rostro risueño,  
cuando aterrador fantasma  
se ve venir a lo lejos:  
los pendones invencibles 395  
de los españoles tercios.

Y olvidando que a su frente  
tienen hombre tan excelso,  
y del engañoso río  
olvidando el grave riesgo, 400

los esguízaros soldados,  
de pánico asombro llenos,  
huyen, al rey abandonan  
y al vado parten derechos.

El francés monarca entonces 405  
las lágrimas del despecho  
quemando su rostro augusto,  
quiere morir como bueno,  
y vuela hacia el puente, donde  
aún resisten con empeño 410  
algunos fieles magnates,  
algunos nobles guerreros.

\* \* \*

Mas, ¡ay!, la suerte tremenda  
llegar le impide a aquel puesto,  
donde libertad y gloria 415  
iba a conseguir al menos,  
pues que silbadora bala,  
de ignoto arcabuz partiendo,  
de su corcel fatigado  
rompe y atraviesa el pecho. 420

Vacila el bruto, retiembla,

de sangre espumosa el suelo  
en raudo torrente inunda,  
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas, 425  
de sus ojos muere el fuego,  
y en grave estruendoso golpe  
desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango  
el trono de Francia excelso, 430  
el poderoso monarca  
que juzgaba el orbe estrecho!

De inconstancias de fortuna,  
grande y doloroso ejemplo,  
y de la humana soberbia 435  
aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:  
valor, gloria, nombre, imperio,  
cuando una espada se empuña,  
todo queda en duda puesto. 440

\* \* \*

El hidalgo vizcaíno  
Juan de Urbietta, que cubierto  
de tosco arnés, en un potro  
escaramuzaba suelto,  
pasa y ve bajo el caballo 445  
tan lucido caballero,  
que por levantarse pugna  
con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era,  
le pone el lanzón al pecho, 450  
y «Ríndete al punto -grita-  
o quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado:  
«Soy el rey de Francia, quedo  
a tu emperador rendido, 455  
y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbietta la lanza  
con el debido respeto,  
y con tan rara fortuna  
pasmado queda y suspenso. 460

Animado el rey, prosigue:  
«Que al punto bajas te ruego,  
que este maldito caballo  
me revienta con su peso.»

Iba el noble vizcaíno 465  
a darle socorro presto,  
y ya para echarse a tierra  
soltó el estribo derecho,  
cuando del puente a la boca  
ve de franceses en medio 470

su estandarte, y que el alférez  
solo lo está defendiendo;  
y el honor de su estandarte,  
y la fe del juramento,  
más que ansia de vanagloria 475  
en su alma ilustre pudieron,  
«Ya señor -al rey le dice-,  
socorro daros no puedo,  
que es mi estandarte ante todo,  
y está mi estandarte en riesgo. 480  
»Confesad que os he rendido,  
y pues que prenda no llevo  
porque podáis conocerme,  
si a vuestra presencia vuelvo,  
»miradme, que soy mellado», 485  
y alzando del toscó yelmo  
la visera, en un instante  
le mostró dos dientes menos,  
y revolviendo el caballo  
al puente voló ligero, 490  
con el lanzón en el ristre  
de honra y de lealtad modelo.

### Romance Tercero

#### Un rey prisionero

Mientras el bizarro Urbietta  
va a libertar su estandarte,  
dejando la alta fortuna 495  
que le plugo al Cielo darle,  
al rey Francisco, impedido  
de moverse y levantarse,  
porque le sujeta en tierra  
de su caballo el cadáver, 500  
Diego Ávila, el granadino,  
también hombre de armas, vase,  
y que se rinda le grita,  
decidido y arrogante.  
Respóndele el rey: «Rendido 505  
a otro español estoy antes,  
y que soy el rey de Francia  
para tu gobierno sabe.»  
Sorprendido el granadino  
de aventura tan notable, 510

«¿A ese español -le pregunta-  
habéis dado prenda o gaje?»

«Le di sólo mi palabra,  
que mi palabra es bastante,  
-contesta el rey-; mas si quieres 515  
toma mi espada y mi guante;

»y sácame del caballo  
y ayúdame a levantarme,  
que la visera me ahoga  
y esta pierna se me parte.» 520

Ávila toma las prendas  
destilando fresca sangre,  
echa pie a tierra y ayuda  
al rey con trabajo grande,  
y levántalo, y el yelmo 525

le desencaja al instante  
para que le dé en el rostro,  
que lo ha menester, el aire.

\* \* \*

Hita, soldado gallego,  
tosco y de toscos modales, 530  
con su sangrienta alabarda  
y desharrapado traje,

llega, y con poco respeto,  
ya resuelto a despojarle,  
de la insignia se apodera 535  
del más elevado arcángel.

De San Miguel el collar  
échase al cuello el salvaje,  
con su tosquedad y harapos  
haciendo extraño contraste. 540

El rey le dijo: «Valiente,  
por él te doy de rescate  
seis mil ducados de oro,  
y más, si en más lo estimares.»

Y contestóle el gallego: 545  
«Guardaréle, que colgarle  
de mi emperador al cuello  
podré yo temprano o tarde.»

\* \* \*

En esto llegaban otros  
soldados sin capitanes 550  
con la victoria embriagados,  
cebados con el pillaje,

y en su sagrada persona  
ponen sus manos rapaces;  
la veste del rey desgarran, 555  
sus preseas se reparten,

y le arrebatan del yelmo  
la bandereta y plumajes,

que la codicia villana  
no guarda respeto a nadie. 560

Ávila, Hita y Urbieta  
(que ya en salvo su estandarte  
dejó), con vanos esfuerzos  
por defenderle combaten.

Cuando llegaron a punto 565  
varios nobles personajes,  
que tan feroz soldadesca  
obligan a reportarse,  
enseñándoles, valientes  
a que respeten y acaten 570  
a la majestad augusta,  
que, aunque vencida, es muy grande.

\* \* \*

De estar el rey prisionero  
cunde la nueva al instante  
por el uno y otro campo 575  
con efectos desiguales.

Los franceses, caballeros  
de más valor y linaje,  
tornan a correr la suerte  
que a su rey Dios quiso darle. 580

Y los jefes y caudillos  
de las tropas imperiales,  
vuelan a que cese al punto  
la mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso 585  
corre ligero a la parte  
en que al rey Francisco juzga  
expuesto a villano ultraje.

Llega, del caballo salta,  
y con respeto admirable, 590  
hincadas ambas rodillas  
la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,  
que tiene un consuelo grande  
en verse ya protegido 595  
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño  
de la tierra a levantarse,  
«Noble marqués de Pescara,  
pues que la fortuna os cabe, 600

»-Le dice- de tal victoria,  
os pido no se derrame  
de mis vencidos vasallos  
la desventurada sangre.

»Y espero que en vos encuentren 605  
protector, amparo y padre,  
los franceses que se miren

como yo en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados  
los ojos al escucharle 610  
Pescara: «Señor -le dice-,  
vuestra súplica es en balde;  
»pues la nación española,  
que logra triunfo tan grande,  
en la victoria es tan noble 615  
como brava en el combate.»

\* \* \*

También el del Vasto llega  
y el rey lo recibe afable,  
y con dignidad lo elogia  
por su apostura y su talle. 620

Y el consuelo se divisa  
en su abatido semblante,  
de verse entre caballeros  
que tratar con reyes saben.

\* \* \*

Mas imprevisto incidente 625  
vino de nuevo a alterarle  
y a hacer más terrible y duro  
su destino deplorable.

De Borbón el duque altivo,  
¡desacato repugnante!, 630  
a su rey vencido quiere  
sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo  
con propia francesa sangre,  
de un valor mal empleado 635  
haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;  
pero de pronto, al mirarle,  
dio, por un secreto impulso,  
de gran enojo señales. 640

Y quién era preguntado,  
como el marqués contestase:  
«Señor, de Borbón el duque»,  
puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas 645  
con dignidad, ocultarse  
quiso entre aquellos guerreros  
porque el duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,  
y como discreto, parte 650  
a evitar inconvenientes  
y allanar dificultades.

Ruega de Borbón al duque  
que el sangriento estoque envaine,  
que quite la sobreveste 655



y que se limpie la sangre.

Y con él a pie se acerca,  
donde el rey inexorable  
no digna volver el rostro  
que en ira y en furor arde. 660

La mano el duque le toma  
de rodillas; arrogante  
la retira el rey. El duque  
tiene la audacia de hablarle,  
y el monarca levantando 665  
los ojos como volcanes  
al cielo, en voz alta dice:  
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara  
hace que de allí se aparte 670  
el de Borbón, y de él libre  
tornó el rey a sosegarse.

#### Romance Cuarto

##### Un andaluz

Reunidos los generales  
de las naciones distintas  
que el ejército del César 675  
ya vencedor componían,  
acatan al rey cautivo  
y le consuelan y animan,  
conducirlo disponiendo  
a los muros de Pavía. 680

Danle un corcel, generosos,  
con honrosa comitiva  
de franceses personajes  
que, rendidos, le seguían.  
Y antes confesando todos 685  
con admirable Justicia,  
que victoria tan insigne,  
triunfo tan grande y tal dicha  
se debe tan solamente  
a la española milicia, 690  
disponen que España sola  
tenga la prerrogativa  
de guardar un prisionero  
de tan importante estima;  
y que Alarcón el famoso 695

de alcaide y guarda le sirva.

\* \* \*

En medio, pues, de los tercios  
españoles, y a su vista,  
desplegadas las banderas  
de gloria y laureles ricas, 700  
de Alarcón a la derecha  
el rey de Francia camina,  
esforzándose orgulloso  
en dar a su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos, 705  
que una ladera contigua  
de aquel camino ocupaban,  
al pasar la infantería  
española, entusiasmados  
le hacen salva, y alta grita 710  
levantan hasta las nubes  
repetiendo: «¡España viva!»

Al rey suspende tal muestra  
dada por las tropas mismas  
del ejército triunfante, 715  
y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta  
la española gloria brilla,  
pues competencias no admite  
y da admiración, no envidia. 720

Afable el rey conversando  
con las personas distintas  
que le cercan, caminaba  
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses 725  
prisioneros las cuadrillas,  
los consuela con su ejemplo  
y con su voz los anima.

Y a los cabos españoles,  
que en respeto y cortesía 730  
ni un solo punto desdican  
de lo que a nobles obliga,

los recomienda con tanto  
extremo, afán y caricias,  
que se arrasaban los ojos 735  
de cuantos allí venían.

\* \* \*

En los altos de la marcha  
embarazosa y prolija,  
varios soldados de cuenta  
a ver al rey acudían. 740

Y el rey demostraba atento,  
con delicadeza fina,  
gusto en que le presentasen

los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso 745  
Roldán, hijo de Sevilla,  
llamado el «Arcabucero»,  
mote puesto con justicia,  
pues lo era tan extremado  
que nunca erró puntería, 750  
clavando siempre las balas  
donde clavaba la vista.

Este tal, galán y apuesto,  
de cara muy expresiva,  
de talle en extremo airoso, 755  
de aguda fisonomía,

Con aire matón y jaque,  
calzas de majo y ropilla,  
con un inmenso chapeo  
de alas luengas y tendidas, 760

con su cuera y sus mangotes  
y sus frascos en la cinta,  
de recamos adornada  
y de escarcela provista,  
se acerca al rey, y apoyado 765  
del arcabuz en la horquilla  
y zarandeando el cuerpo  
cual hombre que nada admira:

«Señor -con ceceo dice,  
y lengua aunque gorda, viva- 770  
cuando mi sargento anoche  
me dijo que combatía

»Vuestra Alteza en este empeño,  
preparé varias cosillas:  
los trastos que en tales lances 775  
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,  
que al cabo son la comida  
de esta serpiente -mostróle  
el arcabuz con sonrisa, 780

»prosiguiendo-: fundí, digo,  
doce balas, las precisas:  
seis de plomo, destinadas  
a canalla gabachina;

»y las seis, muy a mi gusto 785  
cumplieron; ¡Dios las bendiga!  
Fundí otras cinco de plata  
para gente de alta guisa;

»y en cinco ilustres monsiures  
se hallarán, no están perdidas, 790  
que, ¡vive Dios!, tal acierto  
no lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,

de oro muy puro y sin liga,  
aquí está, señor, miradla.» 795  
Expuso a la regia vista  
una gruesa bala de oro  
que en la escarcela traía,  
continuando, sin turbarse,  
con gracejo y con malicia; 800  
«Gran señor, fundí esta bala  
para daros muerte digna,  
si en el combate de veros  
se me lograba la dicha.»  
»Y ya que vuestra fortuna 805  
no os puso en mi puntería,  
vuestra debe ser la prenda  
que siempre vuestra a ser iba.  
»Tomadla, señor, tomadla,  
pesa dos onzas cumplidas, 810  
y puede que para ayuda  
de vuestro rescate sirva.»  
Al rey Francisco tal gracia  
hizo aquella retahíla  
del andaluz, y el despejo 815  
con que acertara a decirla,  
que, afable, tomó la bala,  
diciendo: «Amigo, la estima  
mi aprecio en mucho, y confío  
que os lo mostraré algún día.» 820  
Roldán le hizo reverencia  
y vuelve a entrar en su fila,  
tan contento de sí mismo  
que ni a Carlos Quinto envidia.

## Romance Quinto

### Conclusión

Dueño absoluto de Italia 825  
fue el insigne Emperador,  
con esta excelsa victoria  
del alto esfuerzo español.  
Y cautivo el rey de Francia  
vino a Madrid y habitó 830  
la torre de los Lujanes,  
con Hernando de Alarcón.  
En la plaza de la Villa

aún dora esta torre el sol,  
coronada de recuerdos 835  
que el tiempo no borra, no.  
De ella al cabo el rey Francisco  
rescatándose, tornó  
a ocupar el rico trono  
de la francesa nación. 840  
Pero su rendida espada,  
prenda de insigne valor,  
testigo eterno de un triunfo  
que el orbe todo admiró,  
en nuestra regia armería 845  
trescientos años brilló,  
de los franceses desdoro,  
de nuestras glorias blasón.  
Hasta que amistad aleve  
que ocultaba engaño atroz, 850  
con halagos y promesas  
que ensalzó la adulación,  
tal prenda de un triunfo nuestro  
para Francia recobró,  
como si así de la Historia 855  
se borrara su baldón.  
Harto indignado, aunque joven,  
esta espada escolté yo,  
cuando a Murat la entregaron  
en infame procesión. 860  
Pero si llevó la espada  
la gloria eterna quedó,  
más durable que en acero  
de la alta fama en la voz.  
Y en vez de tal prenda, España 865  
supo añadir, ¡vive Dios!,  
al gran nombre de Pavía  
el de Bailén, que es mayor.

Un castellano leal

Cuatro romances: I, 40 versos en -á; II, 96, e-o; III, 108, é-a y IV, 40, é-o. Total, 284 versos.

No se conoce la fecha en que fue compuesto este romance, relacionado también con las guerras de Italia, pues uno de los protagonistas, el duque de Borbón, vencedor en Pavía, acude a Toledo para entrevistarse con el emperador.

Sin duda, es este el más popular entre los romances de Rivas y no sin razón: en menos de 300 versos, relata el enfrentamiento del duque de

Borbón y el conde de Benavente, encarnación de la raza, quien resuelve de modo ejemplar el conflicto moral que le plantean la obediencia a su rey por un lado y el sentimiento de la libertad y el honor por otro.

Advierte Rivas Cherif que algunos historiadores como Guicciardini y Gonzalo de Illescas recogieron este suceso, aunque luego el conde de Cedillo, apoyándose en el testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo afirmó que, durante su estancia en Toledo, el duque de Borbón se hospedó en casa del conde de Cifuentes<sup>15</sup>.

Destacan aquí el tan popular romance II («En una anchurosa cuadra...») con la descripción de Carlos V, según el lienzo de Tiziano que se guarda en el Museo del Prado; y el III, también con un retrato notable del conde de Benavente<sup>16</sup>.

### Romance Primero

«Hola, hidalgos y escuderos  
de mi alcurnia y mi blasón,  
mirad como bien nacidos  
de mi sangre y casa en pro;  
»esas puertas se defiendan, 5  
que no ha de entrar, ¡vive Dios!,  
por ellas quien no estuviere  
más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio  
un fementido traidor 10  
que contra su rey combate  
y que a su patria vendió.

»Pues si él es de reyes primo,  
primo de reyes soy yo;  
y conde de Benavente 15  
si él es duque de Borbón.

»Llevándole de ventaja,  
que nunca jamás manchó  
la traición mi noble sangre  
y haber nacido español.» 20

\* \* \*

Así atronaba la calle  
una ya cascada voz,  
que de un palacio salía,  
cuya puerta se cerró,  
y a la que estaba a caballo 25  
sobre un negro pisador,  
siendo en su escudo las lises  
más bien que timbre, baldón;  
y de pajes y escuderos  
llevando un tropel en pos, 30  
cubiertos de ricas galas

el gran duque de Borbón.

El que lidiando en Pavía,  
más que valiente feroz,  
gozóse en ver prisionero 35  
a su natural señor;  
y que a Toledo ha venido  
ufano de su traición  
para recibir mercedes  
y ver al emperador. 40

### Romance Segundo

En una anchurosa cuadra  
del alcázar de Toledo,  
cuyas paredes adornan  
ricos tapices flamencos,  
al lado de una gran mesa 45  
que cubre de terciopelo  
napolitano tapete  
con borlones de oro y flecos;  
ante un sillón de respaldo  
que entre bordado arabesco 50  
los timbres de España ostenta  
y el águila del imperio.

en pie estaba Carlos Quinto  
que en España era Primero,  
con gallardo y noble talle, 55  
con noble y tranquilo aspecto.

\* \* \*

De brocados de oro y blanco  
viste tabardo tudesco;  
de rubias martas orlado  
y desabrochado y suelto, 60  
dejando ver un justillo  
de raso jalde, cubierto  
con primorosos bordados  
y costosos sobrepuestos;  
y la excelsa y noble insignia 65  
del Toisón de Oro, pendiendo  
de una preciosa cadena  
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo  
con un blanco airón, sujeto 70  
por un joyel de diamantes  
y un antiguo camafeo,  
descubre por ambos lados,  
tanta majestad cubriendo,

rubio, cual barba y bigote, 75  
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera  
la potente diestra ha puesto,  
que aprieta dos guantes de ámbar  
y un primoroso mosquero. 80

Y con la siniestra halaga,  
de un mastín muy corpulento,  
blanco y las orejas rubias,  
el ancho y carnoso cuello.

\* \* \*

Con el condestable insigne, 85  
apaciguador del reino,  
de los pasados disturbios  
acaso está discurrendo,

o del trato que dispone  
con el rey de Francia preso, 90  
o de asuntos de Alemania,  
agitada por Lutero.

Cuando un tropel de caballos  
oye venir. a lo lejos,  
y ante el alcázar pararse, 95  
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena  
rumor impensado luego,  
ábrese al fin la mampara  
y entra el de Borbón soberbio 100

Con el semblante de azufre,  
y con los ojos de fuego,  
bramando de ira y de rabia  
que enfrena mal el respeto;

y con balbuciente lengua 105  
y con mal borrado ceño  
acusa al de Benavente  
un desagravio pidiendo.

\* \* \*

Del español condestable  
latió con orgullo el pecho, 110  
ufano de la entereza  
de su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura  
disimular cual discreto,  
a su noble rostro asoman 115  
la aprobación y el contento.

El emperador un punto  
quedó indeciso y suspenso  
sin saber qué responderle  
al francés, de enojo ciego. 120

Y aunque en su interior se goza  
con el proceder violento



del conde de Benavente,  
de altas esperanzas lleno  
    por tener tales vasallos, 125  
de noble lealtad modelos  
y con los que el ancho mundo  
será a sus glorias estrecho;  
    mucho al de Borbón le debe  
y es fuerza satisfacerlo; 130  
le ofrece para calmarlo  
un desagravio completo,  
    Y llamando a un gentilhombre,  
con el semblante severo  
manda que el de Benavente 135  
venga a su presencia presto.

### Romance Tercero

Sostenido por sus pajes  
desciende de su litera  
el conde de Benavente,  
del alcázar a la puerta. 140  
    Era un viejo respetable,  
cuerpo enjuto, cara seca,  
con dos ojos como chispas,  
cargados de largas cejas,  
    y con semblante muy noble, 145  
mas de gravedad tan seria,  
que veneración de lejos  
y miedo causa de cerca.

    Eran su traje unas calzas  
de púrpura de Valencia 150  
y de recamado ante  
un colete a la leonesa.

    De fino lienzo gallego  
los puños y la gorguera,  
unos y otra guarnecidos 155  
con randas barcelonesas.

    Un birretón de velludo  
con su cintillo de perlas,  
y el gabán de paño verde  
con alamares de seda. 160

    Tan sólo de Calatrava  
la insignia española lleva,  
que el Toisón ha despreciado  
por ser orden extranjera.

\* \* \*

    Con paso tardo, aunque firme, 165

sube por las escaleras,  
y al verle, las alabardas  
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso  
de que en el alcázar entra 170  
un grande, a quien se le debe  
todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,  
los pajes que están en ella  
con respeto le saludan 175  
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde  
sin que otro aviso preceda,  
salones atravesando  
hasta la cámara regia. 180

\* \* \*

Pensativo está el monarca,  
discurriendo cómo pueda  
componer aquel disturbio  
sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe, 185  
aún mucho más de él espera,  
y al de Benavente mucho  
considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,  
no hay quien dar consejo pueda, 190  
y Villalar y Pavía  
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado  
y el codo sobre la mesa,  
al personaje recibe 195  
que, comedido, se acerca.

\* \* \*

Grave el conde lo saluda  
con una rodilla en tierra,  
mas como Grande del reino  
sin descubrir la cabeza. 200

El emperador, benigno,  
que alze del suelo le ordena,  
y la plática difícil  
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable, 205  
al cabo le manifiesta  
que es el que a Borbón aloje  
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,  
pero con la voz entera, 210  
respóndele Benavente  
destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo;

vos sois mi rey en la Tierra,  
a vos ordenar os cumple 215  
de mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa,  
de mí disponed y de ella,  
pero no toquéis mi honra  
y respetad mi conciencia. 220

»Mi casa Borbón ocupe  
puesto que es voluntad vuestra,  
contamine sus paredes,  
sus blasones envilezca;

»que a mí me sobra en Toledo 225  
donde vivir, sin que tenga  
que rozarme con traidores  
cuyo solo aliento infesta,

»y en cuanto él deje mi casa,  
antes de tornar yo a ella, 230  
purificaré con fuego  
sus paredes y sus puertas.»

\* \* \*

Dijo el conde, la real mano  
besó, cubrió su cabeza,  
y retiróse, bajando 235  
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente  
mandó que le condujeran,  
abandonando la suya  
con cuanto dentro se encierra. 240

Quedó absorto Carlos Quinto  
de ver tan noble firmeza,  
estimando la de España  
mas que la imperial diadema.

#### Romance Cuarto

Muy pocos días el duque 245  
hizo mansión en Toledo,  
del noble conde ocupando  
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio  
dejó vacío, partiendo 250  
con su séquito y sus pajes  
orgullosos y satisfechos,

turbó la apacible luna  
un vapor blanco y espeso,  
que de las altas techumbres 255  
se iba elevando y creciendo:

A poco rato tornóse  
en humo confuso y denso,  
que en nubarrones oscuros  
ofuscaba el claro cielo; 260  
después en ardientes chispas  
y en un resplandor horrendo  
que iluminaba los valles,  
dando en el Tajo reflejos;  
y al fin su furor mostrando 265  
en embravecido incendio,  
que devoraba altas torres  
y derrumbaba altos techos.  
\* \* \*

Resonaron las campanas,  
conmovióse todo el pueblo, 270  
de Benavente el palacio  
presa de las llamas viendo.

El emperador, confuso,  
corre a procurar remedio,  
en atajar tanto daño 275  
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse  
tantas riquezas el fuego,  
a la lealtad castellana  
levantando un monumento. 280

Aun hoy unos viejos muros  
del humo y las llamas negros,  
recuerdan acción tan grande  
en la famosa Toledo.

### El solemne desengaño

Va fechado en «Madrid, 1838» y consta de cinco romances: I, 236 versos en é-o; II, 184, í-o; III, 360, é-a; IV, 148, í-a y V, 236, é-e. Total 1164 versos.

Aunque Rivas sigue fielmente la Vida del Grande San Francisco de Borja del cardenal Álvaro de Cienfuegos, señala Boussagol que la fuente primera sería «El marqués de Lombay», una fantasía en prosa de Mariano Roca de Togores, que apareció en el Semanario Pintoresco<sup>17</sup>. Aunque éste se basó también en Cienfuegos, introdujo ciertos elementos novelescos, alguno de los cuales usó Rivas.

El romance tiene grandes aciertos: el paso del impresionante cortejo por las aldeas y caminos de España (IV), las exequias a la luz de los blandones, reflejada «en los ojos y en los dientes / de un enjambre de cabezas» y, sobre todo, la apertura del féretro. La desilusión de San

Francisco de Borja da ocasión a Rivas, tan dado a moralizar, para hacerlo en grado extraordinario y sus intervenciones sentenciosas pretenden mostrar «Lo malo que es el mundo», título del último romance.

Al Excmo. Sr. Duque de Osuna  
etc. etc. etc.

### Romance Primero

El galán. La enfermedad

De fortuna en la alta cumbre,  
grande, joven, rico, bueno;  
de virtud, saber, belleza,  
dechado, pasmo y modelo;  
    el más galán en la corte, 5  
en las justas el más diestro,  
el más afable en su casa,  
el más docto en el consejo;  
    brilla el marqués de Lombay  
cual rutilante lucero 10  
al lado de Carlos Quinto,  
domador del universo.  
Mas entre tantos aplausos  
y en tan elevado asiento,  
donde el orbe le sonríe, 15  
y donde le halaga el cielo,  
    algo falta a su ventura,  
o alguna mano de hierro  
del corazón se la arranca,  
y se la saca del pecho. 20  
    Melancólico el semblante,  
y los labios entreabiertos  
y las siniestras miradas  
y el mudo desasosiego,  
    ya en los saraos de la corte, 25  
ya en los festines risueños,  
ya en la caza bulliciosa,  
ya en solitarios paseos,  
    ya en el salón, ya en la plaza,  
ya en la justa, ya en el templo, 30  
en la mesa, en el despacho,  
en la vigilia, en el sueño,

un alma rota descubren  
por un fijo pensamiento,  
y un corazón que devora 35  
el cáncer de un gran secreto.

\* \* \*

En vano sondar procuran  
los malignos palaciegos  
con astucia cortesana  
aquel abismo encubierto. 40

Tan solamente columbran  
que los ocultos tormentos  
del marqués se dulcifican  
para ser mayores luego,  
o cuando en palacio asiste 45

al servicio honroso, atento,  
de la Emperatriz augusta,  
de las hermosas modelo;

o cuando busca, devoto,  
con el fervor más ingenuo, 50  
arrodillado en la iglesia,  
en Dios amparo y consuelo;

o cuando por los jardines  
que al pie de la gran Toledo  
riega el Tajo se pasea 55  
solo, y del bullicio lejos,

con Garcilaso su amigo;  
ora escuchando sus versos,  
ora en largas conferencias  
de gran sigilo y misterio. 60

Allá en palacio embebido  
quedaba en mudo embeleso,  
pálido o rojo el semblante,  
convulso, agitado el pecho,  
y bebiendo con los ojos, 65  
llenos de vida y de fuego,  
de la emperatriz hermosa  
los más leves movimientos.

En acatarla, en servirla,  
y en acertar sus deseos, 70  
aunque tímido y turbado,  
diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado  
se le miraba en el templo,  
como quien está en batalla 75  
con gigantes del infierno,  
y pide al Omnipotente  
para tal combate esfuerzo;  
y después de orar un rato,  
y aun de verter llanto acerbo, 80  
dijérase que encontraba,

de misericordia lleno,  
al Señor a quien auxilio  
demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas 85  
era tan locuaz y tierno,  
tan expresivo unas veces,  
otras tan callado y serio,  
como el que o cuenta delirios  
y habla de locos proyectos, 90  
o escucha reconvenciones  
y oye inflexibles consejos.

En estado miserable  
su espíritu estaba puesto,  
y era infeliz, en las dichas, 95  
luchando consigo mismo,  
entre pasiones, virtudes,  
obligaciones, deseos,  
infernales sugerencias  
y celestiales preceptos; 100  
siendo campo de batalla  
su mente y su roto pecho,  
do luchaban frente a frente  
ángeles malos y buenos.

\* \* \*

La más lozana azucena, 105  
gala del jardín, el cuello  
dobla marchita si esconde  
roedor gusano en su seno,  
y la más gallarda encina  
que alza su pompa a los cielos, 110  
si el corazón se le seca,  
rómpele al soplo del viento,  
así con un alma enferma  
no puede haber sano cuerpo,  
ni salud que no se postre 115  
con un corazón deshecho.

Al cabo maligna fiebre  
convierte la sangre en fuego  
por las robustas arterias,  
por el juvenil cerebro 120  
del de Lombay, que postrado  
yace doliente en su lecho  
de oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!,  
duro potro de tormentos.

\* \* \*

Como jefe de palacio, 125  
tiene su vivienda dentro,  
con ostentación servido  
de pajes y de escuderos.

Mas la pena más amarga

y el más hondo desconsuelo, 130  
y la ansiedad más horrenda  
y el cuidado más acerbo  
    reinan en las ricas salas,  
entre amigos y entre deudos,  
cunden en palacio todo 135  
y consternan a Toledo.

    Pues reyes, príncipes, grandes,  
hidalgos y caballeros,  
y hasta el vulgo humilde, miran  
con asombro y desconsuelo 140  
    en el peligro de muerte  
a tan gallardo mancebo,  
a tan alto personaje,  
de virtud a tal portento.

    Y no hay semblante sin llanto, 145  
ni sin angustias hay pecho,  
ni labio que no pregunte  
con inquietud y con miedo.

\* \* \*

    Garcilaso de la Vega  
(sin que ni el hambre ni el sueño 150  
en su ansiosa vigilancia  
tengan el menor imperio),  
    ni una hora, ni un solo instante  
deja el lado del enfermo,  
y de él los ojos no aparta 155  
sentado junto a su lecho.

    Ojos de llanto arrasados,  
pero de continuo atentos  
a que nadie, nadie, escuche  
sus fantásticos conceptos, 160  
    las voces rotas, que acaso  
del delirio en el acceso  
suelen dar funesta lumbre  
revelando hondos misterios.

    Y cuando allá a medianoche 165  
rendidos ya por el sueño,  
yacían los servidores  
reinando feral silencio,  
    y en letargo sumergido  
también miraba al enfermo, 170  
en el estado terrible  
en que es casi muerte el sueño;  
    a la luz trémula, opaca,  
de lejano candelero,  
que abultaba oscuras sombras 175  
en las cortinas del lecho,  
    dando vislumbres escasas  
y fantásticos reflejos,



en rapacejos de oro,  
molduras y terciopelos, 180

Garcilaso, vigilante,  
un tenue rumor oyendo,  
se alzaba con mudos pasos,  
y a un lado del aposento  
levantaba, no sin susto, 185

un rico tapiz flamenco,  
y en la pared descubría  
angosto postigo abierto.

Vago bulto silencioso  
por él asomaba luego, 190  
con manto y capuz sin formas,  
aparición, sombra, ensueño,  
sobrenatural producto  
de algún conjuro. Con lentos  
pasos, sin rumor, al lado 195  
llegaba del rico lecho.

Y en el doliente clavaba  
ojos cual brasas de fuego;  
y una mano, que en la sombra  
daba vislumbres de hielo, 200

por la calurosa frente  
del aletargado enfermo  
pasaba, gemidos hondos  
ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo 205  
postigo oculto y estrecho,  
desaparecía, dejando  
como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,  
y que había cobrado cuerpo 210  
alguno de los delirios  
de la mente del enfermo.

La senda el tapiz borraba  
el muro otra vez cubriendo,  
y tornaba Garcilaso 215  
a ocupar mudo su puesto.

\* \* \*

El doctor Juan Villalobos,  
de aquella Corte galeno,  
al personaje consagra  
toda su ciencia y su esmero. 220

Y en el pronóstico duda,  
y, cauto, no quiere hacerlo  
hasta que síntomas note  
más favorables que adversos.

De la juventud al cabo 225  
triunfó la fuerza, y el Cielo  
miró con benignos ojos

la angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,  
y tornó a lucir risueño 230  
el rayo de la esperanza  
en los aterrados pechos.

Docto o sagaz Villalobos  
prescribe como remedio  
que busque fuera de España 235  
nuevos aires, climas nuevos.

## Romance Segundo

### La ausencia

El gran marqués de Lombay,  
del inminente peligro  
salvo, en que se vio de muerte  
por enfermedad o hechizo, 240  
salió de España, siguiendo  
los saludables avisos  
del docto Juan Villalobos,  
o médico o adivino.

Y aunque el dejar a Toledo 245  
para su pecho lo mismo  
fue que dejarse allí el alma,  
resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,  
aquel veneno escondido, 250  
aquel encubierto cáncer,  
aquel pertinaz martirio  
que desgarraba su pecho,  
que turbaba sus sentidos,  
que devoraba su vida, 255  
que era su infierno continuo,  
a los campos de la Italia  
llevó, ¡mísero! consigo;  
pues penas como las suyas,  
que astros y contrarios signos 260  
combinan, fraguan y aplican  
para un fin desconocido,  
en un alma de gran temple,  
en un pecho de alto brío,  
no mudan cuando se muda 265  
de atmósfera y domicilio,  
porque no cambian del cielo

los misteriosos designios.

\* \* \*

Halló el marqués en Italia,  
(porque al cabo el cielo quiso 270  
que algún consuelo encontrase,  
que tuviese algún alivio),  
a su tierno confidente,  
a Garcilaso su amigo,  
que guerrero tan insigne, 275  
como trovador divino,  
siguió de Italia la empresa  
por el César Carlos Quinto,  
con el canto de las musas  
uniendo de Marte el grito. 280

\* \* \*

El marqués, cual siempre mustio,  
y cual siempre discursivo,  
de aquella guerra los lances  
siguió con denuedo y brío.

Y ante la imperial presencia, 285  
con Garcilaso su amigo,  
lidió como caballero  
en los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas  
y los Alpes y Apeninos, 290  
y visitó cual curioso,  
y admiró como entendido  
los insignes monumentos,  
ya modernos y ya antiguos,  
que hacen el suelo de Italia 295  
en altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano  
oró postrado y sumiso  
en las ermitas humildes  
que daban nombre a los riscos; 300  
y en los magníficos templos  
que ensalzan al cristianismo,  
y son de aquellas ciudades  
ornato, fama y prodigio.

\* \* \*

¡Cuántas veces los jardines 305  
que riega el Tesin y el Mincio  
los mismos nombres oyeron  
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones  
de Garcilaso, que hoy mismo 310  
nos admiran y enternecen,  
vencedoras de tres siglos,  
tiernas lágrimas sacaron  
de los ojos encendidos

y del corazón doliente 315  
del marqués contemplativo  
    en las selvas do arrancaron  
no menos hondos suspiros,  
de otros destrozados pechos  
los acentos de Virgilio! 320  
    ¡Cuántas veces, ¡ay!, seguían  
del marqués los ojos fijos  
de la plateada luna  
el lento y mudo camino;  
    y al verla hacia el Occidente 325  
rodar con pausado giro,  
algún encargo le daba  
para el Tajo cristalino;  
    con sus miradas queriendo  
como estampar en el disco 330  
caracteres, que otros ojos  
por un prodigioso instinto  
    leyeran, cuando argentada  
derramara el claro brillo  
sobre el regio balconaje 335  
de algún alcázar dormido!  
\* \* \*

    De la expedición de Francia  
tornaba, pues, el servicio  
del emperador siguiendo,  
con Garcilaso el divino, 340  
    cuando no lejos de Niza,  
antigua torre o castillo,  
a los pendones del César  
osó estorbar el camino.

    Tal empresa de dementes, 345  
por temeraria, el prestigio  
perdió de valiente, siendo  
sólo acreedora al castigo,  
    y a dárselo Garcilaso,  
desnudo el acero limpio, 350  
y embrazada la rodela,  
voló en enojo encendido.

    Desesperados resisten  
los tenaces enemigos,  
y darles súbito asalto 355  
determinase al proviso.

    Se aplica la escala al muro,  
y sube por ella altivo  
el valeroso poeta  
que el miedo jamás ha visto; 360  
    cuando de los matacanes  
desplómase con ruido  
grave piedra, que arrollando

la escala, frágil camino  
por do a la gloria subían 365  
tanto ingenio y tanto brío,  
hirió la noble cabeza  
do el lauro a la yedra unido  
hubiera evitado el rayo,  
y no pudo, ¡infausto sino!, 370  
de un tosco peñasco entonces  
evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso  
en el foso; horrendo grito  
de desconsuelo y venganza 375  
atronó el fatal recinto;  
y el de Lombay presuroso  
al socorro de su amigo  
voló, y en sus tiernos brazos  
retiróle con peligro. 380

\* \* \*

Una hora después, escombros  
era el funesto castillo,  
y de la alevosa sangre  
era su ancho foso un río,  
pues completa la venganza 385  
de Garcilaso hacer quiso,  
en dolor y saña ardiendo  
el emperador invicto.

Mas, ¡ay!, fue venganza estéril,  
cual siempre todas han sido, 390  
pues en Niza a pocos días  
era el poeta divino  
cadáver yerto, dejando  
la fama de sus escritos,  
y la gloria de su muerte 395  
por rica herencia a los siglos.

Golpe atroz, golpe tremendo  
fue para el marqués su amigo,  
pérdida tan impensada,  
tormento tan imprevisto, 400  
y del dolor más profundo  
mil pensamientos distintos,  
y mil funestos presagios  
le hundieron en tal abismo,  
que si el brazo del Eterno, 405  
que aun para mayor conflicto  
le reservaba, no hubiera  
dándole piadoso auxilio,  
acaso una misma losa,  
acaso un túmulo mismo 410  
encubrieran y tragan  
los restos de ambos amigos.

\* \* \*

A poco, con luto amargo  
en el alma y el vestido  
tornó, ¡infelice!, a Toledo 415  
con el César Carlos Quinto,

El marqués, sin confidente  
en quien encontrar alivio,  
ahogando en tormento mudo  
de su alma rota los gritos. 420

### Romance Tercero

#### Un sol apagado

Era la estación florida  
de la hermosa primavera,  
tan hermosa en las regiones  
que el Tajo aurífero riega,  
y un sol joven, rutilante, 425

rodando por la alta esfera  
de puro zafir, torrentes  
de luz vivífica y nueva,  
derramaba por Castilla,  
y sobre las gigantescas: 430  
torres de la gran Toledo,  
de España corte y diadema.

De Toledo, que con justas,  
banquetes, danzas y fiestas,  
de su monarca triunfante 435  
solemnizaba la vuelta.

Córrense cañas y toros,  
donde luce su destreza,  
gran jinete en ambas sillas,  
el sacro y augusto César. 440

En los soberbios palacios  
músicas acordes suenan,  
a cuyo compás, gallardas,  
lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados 445  
los ricos salones llenan;  
y plazas, calles, paseos,  
corceles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos  
en los festejos se esmeran, 450  
y disponen un torneo

donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,  
deslumbrando la palestra,  
el de Lombay, revolviendo 455  
una berberisca yegua,  
y con la pica en el ristre,  
haciendo tan altas pruebas,  
que de palmadas y vivas  
el vulgo la plaza atruena. 460

Sobre las lucientes armas  
una banda lisa y negra,  
y negros los martinetes  
del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto 465  
con que a su amigo recuerda,  
otros, de su pensamiento  
melancólico el emblema.

Y que funesto presagio  
de una desgracia tremenda, 470  
que le amenaza inminente,  
sólo juzgarse debiera.

\* \* \*

El ancho campo preside  
la emperatriz, como reina  
de la hispana monarquía, 475  
y de la humana belleza,  
y de cuantos corazones  
laten en la plaza extensa,  
y en toda la fiel España  
lealtad y honradez alientan. 480

Un gran festín en palacio,  
cuando el sol a las estrellas  
cedió de los altos cielos  
las despejadas esferas,  
celebróse, y luego danza, 485  
en que al son de las orquestas,  
las majestades augustas  
tomar parte no desdeñan.

Y para la luz siguiente  
funciones se anuncian nuevas, 490  
sin que ni el sueño intervalo  
permita entre fiesta y fiesta.

\* \* \*

¡Oh Dios, y cuán fácilmente  
en la miserable Tierra,  
tras de las más dulces horas 495  
horas de amargura vuelan!

¡Cuán fácilmente las dichas  
en infortunios se truecan,  
cámbiase la gala en luto,

se torna el gozo en tristeza! 500

Sale el sol; inmenso pueblo  
las calles y plazas llena,  
ansiando nuevos placeres,  
y que aún no madruga piensa;

alistan los cortesanos 505  
sus comparsas y libreas,  
joyas, armas, vestes, plumas,  
corceles, lanzas, empresas;

cuando, demudado el rostro,  
de la alcoba de la reina 510  
sale trémula, llorosa,  
una camarista o dueña.

Y a los jefes de palacio,  
grandes y damas de cuenta  
que a su majestad aguardan 515  
para ir a misa con ella,

dice, inflexiones buscando,  
que desfiguren la nueva:  
«La emperatriz hoy no sale,  
la emperatriz está enferma.» 520

Pasma la noticia a todos,  
embarga a todos la lengua,  
y en un silencio profundo  
la estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero, 525  
de los pies a la cabeza  
temblando, y pálido el rostro,  
pregunta con gran sorpresa:

«¿Y su majestad, qué siente?»  
Y le responde la dueña: 530

«Aguda fiebre la abrasa,  
grave postración la aqueja.

»Que el doctor Juan Villalobos  
sin perder instantes venga  
pues hay peligro inminente: 535  
si no me engañan las señas.»

Dio el marqués atrás dos pasos,  
y en un sillón de vaqueta  
se desplomó, como herido  
por envenenada flecha. 540

\* \* \*

La noticia, que en voz baja  
anunció la camarera,  
creció al punto, y como trueno  
que al orbe asombra y aterra,  
ya por Toledo retumba, 545  
helando a todos las venas,  
partiendo los corazones,  
trastornando las cabezas.



Desaparecen las galas  
recógense las libreas, 550  
murmullo de horror circula,  
clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas  
que los festejos celebran,  
se oyen sólo las campanas 555  
que al Cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio  
en su parda mula llega,  
el doctor Juan Villalobos,  
el portento de la ciencia. 560

Presuroso, fatigado,  
sube sin hablar, penetra,  
del emperador seguido,  
en la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos 565  
que clava en la augusta enferma,  
su quebrada vista advierte,  
su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina  
la respiración molesta, 570  
dice un oscuro aforismo  
arrugando frente y cejas,

Y con la faz angustiada,  
y con azogada diestra,  
después que un rato medita, 575  
docto escribe una receta.

\* \* \*

La emperatriz de Alemania,  
de España la augusta reina,  
hermosa entre las hermosas,  
discreta entre las discretas, 580

la gentil, fresca, radiante  
y embalsamada azucena  
que dio a Toledo Lisboa,  
de paz y dominio prenda,  
en vez del trono del mundo, 585

do el mundo la reverencia,  
yace en el doliente lecho;  
de nuestra humana flaqueza,

agotando las angustias,  
apurando las miserias, 590  
deslumbrada la hermosura,  
trastornada la cabeza,

flor lozana que al impulso  
del cierzo se troncha y seca,  
astro a quien apaga y hunde 595  
del Creador la omnipotencia.

\* \* \*

Un sol y otro sol de Oriente  
los umbrales atraviesan,  
y sumergida a Toledo  
en consternación encuentran. 600

Ya ven por calles y plazas  
cruzar procesiones lentas,  
fervorosas rogativas  
y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar, 605  
y oyen llanto en las iglesias,  
y llanto hay en los palacios,  
y llanto en las chozas suena,  
que era universal la angustia  
por tan adorada reina, 610  
y con lágrimas su nombre  
se oye repetir doquiera.

El de Lombay, convertido  
en muda y helada piedra,  
ni un solo momento falta 615  
de la antecámara regia.

Ni hambre ni sueño conoce  
que apartarle un punto puedan  
del cerco de una ventana,  
fijos los ojos en tierra. 620

Cuando el docto Villalobos  
con otros físicos entra  
en la silenciosa alcoba,  
le acompaña hasta la puerta,  
y con inquietud extraña, 625  
su salida ansioso espera,  
y algo preguntarle quiere  
de que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba,  
con las palabras no acierta, 630  
y en él clava ardientes ojos,  
cual si penetrar pudiera  
su pensamiento escondido  
los arcanos de la ciencia.

Y calla, y lágrimas pocas 635  
su mustio semblante quemán.

¡Desdichado! ¡Harto le dice  
su corazón...! Sólo queda  
en él alguna esperanza  
en las bondades eternas. 640

\* \* \*

Cabildo, comunidades,  
parroquias, todos se esmeran  
en solemnes rogativas,  
votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos 645

los templos llorosos llenan,  
y a voces al Cielo piden  
la salud para su reina.

Todo en vano; fue de bronce  
a los clamores y quejas, 650  
pues sus ocultos designios  
jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro  
los sacramentos ordena,  
pues ya remedios no sabe 655  
para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,  
pero que los pechos quiebra  
del aterrado gentío,  
que la gran Toledo puebla, 660  
consternado el arzobispo,  
con devota pompa lleva  
al regio doliente alcázar  
el pan de la vida eterna.

\* \* \*

Tal consuelo sintió el alma, 665  
de piedad insigne llena,  
que aún pudo dar fuerza al cuerpo  
de la agonizante enferma.

Dio margen falaz alivio  
a esperanzas pasajeras; 670  
mas el doctor, aterrado  
término fatal recela.

A los dos días, tal fiebre,  
tales síntomas se muestran,  
que de repente el palacio 675  
de gran confusión se llena.

Acude Juan Villalobos,  
en llanto prorrumpe el César,  
y desatentadas corren  
las camaristas y dueñas. 680

Lombay en su puesto, inmoble,  
sin mover los labios reza,  
cuando de la regia estancia  
abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos, 685  
a quien con temor se acerca,  
preguntándole angustiado  
si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando  
cómo darle la respuesta, 690  
alza los ojos al cielo  
y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay, se estremece,  
y cobrando extraña fuerza,

movimiento convulsivo 695

y una actividad horrenda,  
de la cámara corriendo  
parte, la guardia atraviesa,  
sale a la plaza, el gentío  
clamoroso que la llena, 700  
del palacio en los balcones  
la vista y almas las puestas,  
penetrando, sin que nadie  
en tan gran señor advierta;

Y por calles solitarias 705  
sin objeto vaga y vuela,  
el ferreruelo arrastrando,  
destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,  
y el cielo, de primavera, 710  
azul, despejado, puro,  
que espléndidos hermocean  
celajes de oro y de grana,  
do el sol poniente refleja  
una bóveda de plomo 715  
que sobre su frente pesa,  
que lo ahoga y lo confunde,  
sin aire y sin luz en tierra  
se le figura, y le faltan  
para echar el paso fuerzas. 720

Sigue, párase, vacila,  
suda, se abrasa, se hiela,  
gíranle en torno las casas,  
que se le hunde el suelo piensa,  
y le zumban los oídos... 725  
Una bomba es su cabeza  
pronta a estallar..., cuando mira  
de la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo  
por sus umbrales penetra, 730  
al tiempo que en Occidente  
daba el sol su luz postrera.

\* \* \*

El de Lombay en el templo  
oscuro y frío, tropieza  
con varios informes bultos, 735  
fieles devotos que rezan,  
y cuyos vagos contornos  
ver la oscuridad no deja;  
y al presbiterio le guía  
fulgor de mustias candelas, 740  
así como por el bosque,  
perdido en la noche ciega,  
tropezando, el peregrino

va hacia la lejana hoguera,  
del altar santo delante 745  
se arroja en las losas tersas  
del pavimento, formando  
tras sí larga sombra en ellas,  
los brazos en cruz, clavados  
los ojos (en que reflejan 750  
del retablo los esmaltes,  
las lámparas y las velas),  
del Redentor en la imagen,  
no con los labios y lengua,  
que estaban entumecidos, 755  
sino con la voz interna  
del corazón y del alma,  
que es la que hasta el Cielo llega,  
esta petición expone,  
y en estos términos ruega: 760  
«Misericordia, Dios mío,  
piedad para con mi reina,  
no dejéis huérfana a España,  
y al mundo hundido en tinieblas.  
»Si una víctima es precisa 765  
de vuestra alta Omnipotencia  
a miras inescrutables,  
que yo la víctima sea.  
«Caiga yo, caigan mis hijos,  
mi stirpe toda perezca, 770  
y sálvese...» ¡Tomb! Retumba  
en el mismo instante, y llena,  
estremeciendo las cimbrias,  
los ámbitos de la iglesia  
la gran campana, de muerte 775  
dando al mundo infausta nueva.  
¡Son espantoso!... Lo escucha  
como el NO con que respuesta  
da a su plegaria el Eterno,  
el marqués, y cae a tierra. 780

#### Romance Cuarto

#### Viaje fúnebre

Con blancas sobrepellices  
y con hachas encendidas,  
cantando fúnebres rezos

en voz confusa y sumisa,  
sobre mulas enlutadas, 785  
formando dos largas filas,  
cien devotos capellanes  
a lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros,  
que negros caballos guían, 790  
del pie a la cabeza armados  
y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos  
de las inclinadas picas,  
y negros los paramentos, 795  
vestes, bandas y divisas.

Luego entre veinte alabardas,  
en cuyas anchas cuchillas  
las rojas luces reflejan  
de noche, y el sol de día, 800  
cercada de doce pajes  
viene una litera rica,  
que de negro terciopelo  
un regio manto cobija.

Los castillos y leones 805  
recamados lo salpican,  
entre águilas imperiales  
y entre portuguesas quinas,  
arrastrando por el suelo  
los flecos de sus orillas, 810  
y gruesos borlones de oro  
en sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas,  
imperial y regia unidas,  
un rico cetro y un mundo 815  
lleva la litera encima.

Detrás, tan pegado a ella,  
que al notarlo se diría,  
que alguna mano de adentro  
del freno acerado tira, 820  
marcha un corcel generoso,  
sobre el que mudo camina  
el que la fúnebre marcha  
dirige, gobierna y guía.

El gran marqués de Lombay, 825  
con faz como de ceniza,  
con los ojos apagados,  
con boca que no respira,  
en cuyo enlutado pecho  
solo se descubre y brilla, 830  
pendiente de una cadena,  
del Toisón de Oro la insignia.

Y también de oro una llave,

que aunque primorosa y chica,  
pesa para él más que un monte, 835  
y es áspid que le horroriza.

Gentilshombres, hidalgos,  
caballeros de alta guisa  
y gente de Iglesia lleva  
por séquito y comitiva. 840

Y en pos lacayos, repuestos,  
y acémilas bien provistas,  
cubiertas con reposteros  
de blasones y de cifras.

Lleva dentro la litera: 845  
una caja de ataujía,  
de negro plomo aforrada  
y de brocado vestida.

Con gonces y cerraduras,  
con biseles y aldabillas 850  
de oro a cincel trabajado,  
en labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,  
lleno de bálsamos iba,  
de la que ayer era reina, 855  
y hoy sólo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo  
del Genil va a las orillas,  
a buscar reposo eterno  
en la Iglesia granadina. 860

\* \* \*

Con pavoroso silencio  
esta triste comitiva,  
haciendo descansos breves,  
marcha de noche y de día,

por lo angosto del camino, 865  
por los recuestos arriba,  
y en los tornos y revueltas  
del largo espacio que pisa,

caminando con tal orden,  
tan silenciosa y unida, 870  
que un solo cuerpo formaba.

Y de lejos parecía  
inmensurable serpiente,  
que deslizándose iba  
entre campos y entre montes, 875  
dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas  
presurosos acudían  
a los bordes del camino  
o a las cercanas colinas, 880

ya curiosos, ya asustados,  
villanos con sus familias,

y por un encantamento  
aquella visión tenían.

\* \* \*

Al avistar este entierro 885  
las murallas granadinas,  
de los Católicos Reyes  
fresca y gloriosa conquista,  
cuando en las antiguas torres  
de la Alhambra relucían, 890  
al sol ardiente de junio,  
alicatadas cornisas,

Ayuntamiento y cabildo,  
con enlutadas insignias,  
la Audiencia, comunidades, 895  
la nobleza y clerecía  
salen la fúnebre pompa  
a recibir, y caminan  
con ella entre inmenso pueblo  
que cubre las avenidas. 900

Apretada muchedumbre,  
do las dos razas distintas  
se conocen en los trajes,  
la cristiana y la morisca.

Ya las calles de Granada 905  
el funeral regio pisa,  
a la catedral marchando  
entre dos espesas filas  
de lanzas y de arcabuces,  
que de lindero servían 910  
al hervoroso gentío  
que en la carrera se apiña.

Las campanas, clamorosas,  
sus graves sonos envían  
al firmamento, retumban 915  
las salvas de artillería,  
resuenan roncós tambores  
y destempladas bocinas,  
y de dolor y respeto  
fúnebre murmullo gira. 920

El de Lombay nada escucha,  
sigue la litera rica,  
y tan pegando con ella  
que son una cosa misma.

Y sin que nada le llame 925  
la atención, toda absorbida  
en ella, de ella ni un punto  
los áridos ojos quita.



## Romance Quinto

### Lo que es el mundo

Terminados los sufragios  
y los oficios solemnes, 930  
último auxilio que presta  
la santa Iglesia a los fieles,  
    en el templo de Granada,  
que los Católicos Reyes  
consagraron victoriosos 935  
al Señor omnipotente,  
    en medio de la gran nave  
por do vuela el humo leve,  
que seis flameros de plata  
dan de olorosos pebetes; 940  
    a la luz de cien blandones,  
cuyas rojas llamas mueve  
el vapor del gran gentío  
que en el templo oscuro hierve,  
    y que reflejan y brillan 945  
en los ojos y en los dientes  
de un enjambre de cabezas  
de todos sexos y temples;  
    entre doce caballeros  
de pavonados arneses 950  
tan inmóviles, que estatuas  
de oscuro acero parecen;  
    en medio de cuatro pajes  
que amarillas hachas tienen,  
cubiertos de ricas galas 955  
y plumas en los birretes;  
    sobre excelsa gradería  
que alfombra pérsica envuelve,  
y bajo un dosel o palio  
que seis pértigas suspenden, 960  
    se alza un túmulo pequeño  
con recamado tapete,  
donde los regios blasones  
esmaltados resplandecen,  
    y encima la caja rica 965  
cerrada está, que contiene  
a la emperatriz y reina,  
despojo ya de la muerte.  
    En pie descuella a su lado,  
inclinada la alta frente, 970  
que a la luz de los blandones

la de un cadáver parece,  
y cruzados sobre el pecho  
los brazos en nudo fuerte,  
el gran marqués de Lombay 975  
de aquellas exequias jefe.

Aunque también está inmóvil,  
harto que tiembla se advierte  
en que el Toisón y la llave,  
que en su noble cuello penden, 980

dando súbitos reflejos,  
como dos hojas se mueven,  
que en un álamo en otoño  
aura imperceptible mece.

\* \* \*

En la soberbia capilla 985  
donde las cenizas duermen  
en magníficos sepulcros  
de los Católicos Reyes;  
ya está la bóveda abierta,  
cuya ancha boca parece 990  
de la eternidad la boca,  
que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento  
en que el cadáver se entregue  
al granadino prelado 995  
con testimonio solemne,  
siendo el marqués de Lombay,  
¡tan inflexible es la suerte!,  
quien reconocer el cuerpo  
y hacer de él la entrega debe. 1000

¡Acto espantoso, terrible,  
para el que Lombay no tiene  
fuerza en sí mismo bastante  
por más alma que le aliente!

Al ver que ya el arzobispo 1005  
los trémulos pasos tiende  
por las gradas, que se pone  
del regio féretro enfrente,

que el notario lo acompaña,  
que en derredor aparecen 1010  
los testigos, y que el pueblo  
espera el acto impaciente,

con expresión tan amarga,  
mas con una fe tan fuerte  
alza el rostro, y ambas manos 1015  
hacia los cielos extiende,

que sin duda de su ruego  
se apiadó el Omnipotente,  
y resignación y brío  
le dio para el trance fuerte. 1020

Pues de pronto en sí tornando,  
con resolución desprende  
la afiligranada llave  
sobre su pecho pendiente;  
    en la estrecha cerradura 1025  
sin mostrar temblor, la mete,  
y veloz le da la vuelta  
que hace resonar los muelles.  
\* \* \*

Al punto un paje la tapa  
alza del féretro, y vese 1030  
con sus regias vestiduras  
un cuerpo. Mas el ambiente  
    con tal fetidez se infecta,  
que el brillo las luces pierden;  
atrás se retiran todos, 1035  
y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante  
un blanco holán, que guarnecen  
los encajes más costosos  
que el prolijo belga teje. 1040

Y observando la etiqueta,  
el marqués tan sólo debe  
levantarlo, porque pueda  
el rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano 1045  
va a extender una y dos veces,  
y la retira veloce  
cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,  
a tocarlo se resuelve, 1050  
lo ase, lo levanta... ¡Cielos!  
¿Qué es lo que dejó patente?

¡Horror! ¡Horror! Aquel rostro  
de rosa y cándida nieve,  
aquella divina boca 1055  
de perlas y de claveles,  
    aquellos ojos de fuego,  
aquella serena frente,  
que hace pocos días eran  
como un prodigio celeste, 1060  
    tornados en masa informe,  
hedionda y confusa vense,  
donde enjambre de gusanos  
voraz cebándose hierve.

Tal espectáculo horrendo, 1065  
y la fetidez y peste  
que en torno se difundían,  
al gran concurso estremecen  
    con terror pánico. Un grito,

un alarido de muerte 1070  
unánime se levanta;  
huye asustada la plebe,  
huyen pajes, caballeros,  
arzobispo, nobles, prestes,  
y aterrados y oprimidos 1075  
se apiñan en los cancelos.  
\* \* \*

Sólo el marqués de Lombay  
clavado está, sin moverse,  
fijo en su puesto. Su rostro  
ni palabras ni pinceles 1080  
pueden retratarlo. Azufre  
ser sus facciones parecen,  
en que expresión nunca vista  
de afecto ignoto se advierte.

Con los ojos que le saltan 1085  
del casco, mas que no tienen  
ni luz ni lágrimas, fijos,  
todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos  
contra el túmulo sostiene 1090  
su cuerpo, como puntales,  
y ya no tiembla, que pende  
inmóvil el Toisón de Oro,  
cual si de un poste pendiese.  
¡No es hombre quien logra tanto, 1095  
mármol es quien tanto puede!  
\* \* \*

La obligación y el respeto  
que al regio cuerpo se debe,  
pronto al prelado, cabildo  
y caballeros compelen 1100  
a volver, porque el cadáver  
sin sepultura no quede;  
y aunque no muy cerca, tornan,  
y al marqués llaman. Mas éste  
ni ve más que un desengaño, 1105  
ni oye más que una solemne  
voz del Cielo; o ya es un tronco,  
que ni ve, ni oye, ni siente.

Un su gentilhombre llega,  
notando que allí la muerte 1110  
está bebiendo insaciable,  
y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido  
con él se abraza; parece  
que está abrazado de un roble 1115  
que raíz profunda tiene.

En esto un paje la tapa

del féretro, de repente,  
cierra, con cuerdo discurso,  
porque aquella infección cese. 1120

Y al ocultarse a la vista  
todo el horror que contiene,  
y al estruendo de los gonces,  
cerraduras y batientes,  
tiembla el marqués, da un gemido 1125  
su rígida fuerza pierde,  
y a brazos del gentilhomme  
flojo y desplomado viene.

\* \* \*

Acuden sus servidores,  
y entre todos, cual si fuese 1130  
cadáver, fuera del templo  
le conducen como pueden.

En cuanto le dio en el rostro  
a cielo abierto el ambiente,  
los ojos abre, suspira, 1135  
de nuevo a la vida vuelve;

se pone en pie, gira en torno  
la vista, como si hubiese  
de una pesadilla horrible  
despertado. En la celeste 1140

bóveda la clava, y dice  
con acento tan ferviente,  
y una expresión tan sublime,  
que hasta las piedras conmueve:

«No más abrasar el alma: 1145  
con sol que apagarse puede,  
no más servir a señores  
que en gusanos se convierten.»

Y desmayóse de nuevo,  
hundido en maligna fiebre, 1150  
que puso su noble vida  
muy a pique de perderse.

\* \* \*

Este marqués de Lombay  
estaba a los pocos meses  
en una mezquina celda, 1155  
confundido y penitente;

y predicando a los hombres  
con ejemplo tan solemne,  
el desprecio que a las pompas  
del ciego mundo se debe. 1160

Hoy «San Francisco de Borja»  
lo llama la Iglesia, y tiene  
culto propio, con que buscan  
su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.

### Una noche de Madrid en 1578

Cinco romances: I, 164 versos en í-a; II, 116, ó-e; III, 92, á-a; IV, 132, ó-a y V, 40, é-o. Total, 544 versos.

Se ignoran tanto la fecha de composición como las fuentes, pero Boussagol supone este romance posterior a la estancia de Rivas en Gibraltar en 1837, y que tanto Trueba y Cosío como una narración anónima aparecida en el *Semanario Pintoresco* en 1838, serían las fuentes posibles<sup>18</sup>. Ni pienso que Boussagol recordara bien «The Secretary Perez» de Trueba, ni creo que Rivas lo tomara por modelo, ya que su versión contrasta con la del autor de *Romance of History*, donde Escobedo es un intrigante y Antonio Pérez un brillante joven enamorado de la princesa, que le corresponde<sup>19</sup>. Doña Ana de Mendoza y la Cerda, de gran belleza e hija única de los condes de Mérito, casó muy joven con el noble portugués Ruy Gómez de Silva. Éste sirvió fielmente a Carlos V y a Felipe II quien le hizo Grande de España, consejero de Estado, príncipe de Éboli y duque de Pastrana. Doña Ana tuvo una vida apasionada y turbulenta y Rivas Cherif recoge los conflictivos testimonios de los historiadores acerca de sus relaciones amorosas con Felipe II, con Escobedo y con Antonio Pérez<sup>20</sup>. Rivas describe al último como un advenedizo intrigante, mientras que Escobedo, secretario y amigo de don Juan de Austria, comparte con éste las simpatías que en el poeta despiertan siempre los personajes con mala estrella.

Felipe II es un ser diabólico y lo presenta, como le retrató Pantoja, inquietante y funesto, aunque ni le colma de diatribas ni exagera sus maquinaciones.

El romance IV es excelente: Felipe II, «los ojos, cual de raposa», aterroriza a la princesa al tiempo que, agorera, «entra la brisa en la sala, / agita las luces todas, / y a su ondulación parece / que todo se mueve y borra». A poco de sonar las Ánimas, entra Pérez y la de Éboli reconoce aquella cartera verde con una melodramática gota de sangre fresca. No hace falta decir más.

La narración comienza con la presentación de los personajes y termina dando cuenta de su fin: asesinato de Escobedo, muerte de Pérez en el exilio, y del rey en la senilidad; los tres -y aquí Rivas da una zapateta inesperada- se habrán encontrado en el infierno.

## Romance Primero

### Tres galanes

En el pretil de palacio,  
cerca de una casa antigua,  
donde hoy estudia sus obras  
un esclarecido artista,  
van a cumplirse tres siglos 5  
que su palacio tenía  
de Éboli el príncipe ilustre,  
Rodrigo Gómez de Silva.

Sus magníficos salones  
eran de la corte envidia, 10  
tanta riqueza y tal gusto  
en ellos resplandecían.

Las más espléndidas telas,  
hasta aquel tiempo no vistas,  
que nuestras naves gloriosas 15  
transportaban de la China,  
adornaban sus paredes  
del friso hasta las cornisas,  
y eran en sus balconajes  
pabellones y cortinas. 20

Los portentos del Ticiano  
y los que el arte prolija  
de la bÉlgica paciencia  
émula de aquÉl tejía,  
escaleras, antesalas 25  
y corredores vestían,  
pareciendo sus figuras  
figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,  
cuyas puertas embutidas 30  
de concha y nácar formaban  
un laberinto a la vista;  
y sobre mesas de mármol  
de las sierras granadinas,  
de mosaicos de alto precio, 35  
de maderas exquisitas,  
juguetes de filigrana  
primorosos relucían,  
y búcaros olorosos  
de las españolas Indias. 40

En aquel siglo en Europa  
iguales no conocían  
sus carrozas y caballos,

ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas, 45  
jarrones de oro y vajillas,  
los de un príncipe de Oriente  
sus repuestos parecían.

Pero el tesoro más grande  
que en aquel palacio había, 50  
pasma, prodigio y asombro  
de la corte de Castilla,

era el de la gran belleza,  
el de la gracia expresiva,  
el del claro entendimiento, 55  
el de la alta gallardía

de la esposa de Ruiz Gómez,  
de la princesa divina,  
diosa de aquel rico templo,  
sol de aquella esfera y vida. 60

\* \* \*

Tres distintos personajes  
a diversas horas iban  
a rendirle obsequio o culto,  
a conquistar su sonrisa,  
ardiendo sus corazones, 65  
aunque de edades distintas,  
en el delirante fuego  
que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,  
de edad cascada y marchita, 70  
macilento, enjuto, grave,  
rostro como de ictericia;

ojos siniestros, que a veces  
de una hiena parecían,  
otras vagos, indecisos 75  
y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales  
de meditación continua,  
huellas de ardientes pasiones  
mostraba en frente y mejillas. 80

Y escaso y rojo cabello,  
y barba pobre y mezquina  
le daban a su semblante  
expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido, 85  
de pulcritud hasta nimia,  
y en su pecho campeaba  
del Toisón de Oro la insignia.

\* \* \*

Era el otro recio, bajo,  
de edad mediana, teñían 90  
sus facciones de la audacia



las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,  
negros bigote y perilla,  
aladares y copete, 95  
boca grande, falsa risa;

formando todo un conjunto  
de inteligencia y malicia,  
con una expresión de aquellas  
que inquietan y mortifican. 100

Lujoso era su atavío,  
mas negligente, y tenían  
no se qué sus ademanes  
de una finura postiza.

\* \* \*

El último era el más joven, 105  
de noble fisonomía,

pálido, azules los ojos  
con languidez expresiva;

castaño claro el cabello,  
alto, delgado, muy finos 110  
modales, y petimetre  
sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,  
de educación escogida,  
cortés, moderado, afable, 115  
mostraba a primera vista.

\* \* \*

El primero iba de noche:  
desde que desaparecían  
los crepúsculos de ocaso  
en las montañas vecinas, 120

hasta que las altas torres  
de la coronada villa  
recordaban los sufragios  
de las ánimas benditas.

Por la mañana el segundo 125  
frecuentaba su visita,  
cuando no estaba en su casa  
Rodrigo Gómez de Silva.

El tercero entraba en ella  
sin hora ni época fija, 130  
pero siempre que encontraba  
alguna ocasión propicia.

\* \* \*

Y la gallarda princesa,  
la discreta, noble y linda,  
¿por quién de ellos?... Por ninguno; 135  
cual la estrella matutina

era su alma pura, como  
el sol su inocencia limpia.

Mas lo que pasa en el pecho  
sólo Dios lo sabe y mira. 140

Cuando la princesa estaba  
en la presencia aflictiva  
del primero, miedo helado  
por sus venas discurría.

En la del segundo, grave 145  
se mostraba y aun altiva,  
pero inquieta y recelosa,  
midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,  
aunque silenciosa, fina, 150  
y sin temor ni recelo,  
pero triste y discursiva.

\* \* \*

El rey Felipe Segundo,  
a quien España se humilla,  
es el galán misterioso 155  
de las nocturnas visitas.

El segundo, Antonio Pérez,  
secretario que tenía  
del rey estrecha privanza,  
cual brazo de sus intrigas. 160

Juan de Escobedo, el tercero,  
amigo en quien deposita  
el insigne don Juan de Austria  
sus secretos y su estima.

## Romance Segundo

### La meditación

De Madrid el regio alcázar 165  
triste y mezquino era entonces,  
donde hoy el palacio nuevo  
ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,  
y en cada esquina una torre, 170  
era albergue poco digno  
de los reyes españoles.

Ni el arco ni la armería  
cerraban la plaza, donde  
hoy se forma la parada 175  
para los regios honores;  
pues hasta el margen del río,

de menos caudal que nombre,  
ásperas cuestas mediaban  
entre viejos murallones. 180  
\* \* \*

Una tarde sosegada  
de abril, cuando al horizonte  
entre dorados celajes  
y entre ligeros vapores  
el claro sol descendía, 185  
dando lugar a la noche,  
de quien los luceros daban  
ya en Oriente resplandores;  
del tal ya olvidado alcázar,  
en uno de los balcones, 190  
se descubría de lejos  
vestido de negro un hombre,  
que en la baranda apoyado,  
al Occidente encaróse,  
gran rato permaneciendo 195  
en una actitud inmóvil.

Era Felipe Segundo,  
que, de altas meditaciones  
políticas fatigado,  
a respirar asomóse. 200

Y con los ojos siguiendo  
al sol, ya poniente entonces,  
varios pensamientos llenan  
su mente, en que cabe el orbe.  
\* \* \*

Lo primero que le ocurre 205  
es que el astro que se pone  
aún ilumina radiante  
a la lusitana Corte.

A la cabeza del reino  
que la desventura enorme 210  
de una expedición guerrera,  
tan cristiana como noble,  
bajo su dominio ha puesto;  
y sagaz discurre sobre  
los medios de asegurarse 215  
diadema de tal renombre.

tomando más largo vuelo  
su imaginación veloce,  
salva los inmensos mares,  
y sigue al sol, que traspone 220  
para llevar luz y vida  
a las ignotas regiones,  
en que gloriosos ondean  
estandartes españoles;  
y al pensar que en cuantos climas 225

visita el astro y recorre,  
vasallos suyos alumbra,  
en su grandeza gozóse.

\* \* \*

Pero, tornando en sí mismo,  
el vuelo altivo recoge, 230  
y su vanidad se estrella  
en siniestras reflexiones.

Al ver los celajes densos,  
que de la esfera borrones,  
del sol el descenso aguardan 235  
para ofuscarle, latióle

el pecho agitado, y dijo:  
«Del mismo modo los hombres  
a que un rey decline esperan  
para tragarlo feroces.» 240

Se le figuró el gran astro  
cadáver, que de vapores  
con la mortaja, se hundía  
en la tumba de los montes;

Y recordando que todo 245  
la muerte lo traga y rompe,  
retembló, y de sudor frío  
su rostro seco bañóse,

y tornó la vista a Oriente,  
ya dominio de la noche, 250  
el espectáculo huyendo  
que el ocaso presentóle.

Notó allí varios luceros  
relucir, y sonrióse  
amargamente, exclamando 255  
con hondas e internas voces:

«Si la majestad declina  
y su resplandor se esconde,  
¡qué ufanos su pobre brillo  
muestran vulgares señores!» 260

\* \* \*

También aparta los ojos  
del Oriente, hallando donde  
quiera que los revolvía  
desengaños o temores.

Y de Éboli en el palacio, 265  
que estaba cerca, los pone,  
y sin intento los clava  
en sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte  
dos bultos en los salones: 270  
uno blanco y de señora,  
el otro oscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza,

su rostro se descompone,  
y las tinieblas maldice 275  
de la ya cerrada noche.

Los ojos baja, y a Pérez  
viendo que se acerca, entróse,  
cerrando el balcón maldito  
con recio y violento golpe. 280

### Romance Tercero

#### El secreto

En un oscuro aposento  
que solamente alumbraban  
las luces de dos bujías  
en candeleros de plata,  
donde tiene su despacho 285  
el augusto rey de España,  
y donde a pocas personas  
se les permite la entrada,  
a su secretario Pérez  
Felipe Segundo aguarda, 290  
pues que llegó a conocerle  
al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos  
cruje y se abre la mampara,  
y Pérez entra en silencio, 295  
y mudo a su rey acata.

Éste afable le recibe,  
que se le aproxime manda,  
y en conversación secreta  
dijéronse estas palabras: 300

\* \* \*

R. -Mi hermano don Juan (al cabo  
es bastardo y esto basta)  
con su ambicioso manejo  
va a precipitar a Holanda.

S.- Su poder allí es temible. 305

R.- Yo, Pérez, no temo nada;  
todos sus pasos vigilo  
y sé cuanto piensa y habla.

S.- Vuestra comprensión inmensa...

R.- Y mi poder. Confianza 310  
tiene en don Juan de Escobedo.

S.- Es de sus planes el alma.

R.- Recibe sus instrucciones.  
S.- También recibe sus cartas.  
R.- Y en una cartera verde, 315  
que jamás del seno aparta,  
Las lleva... Las necesito.  
S.- Pues no es cosa fácil... R.- Nada  
a mi poder es difícil.  
¿Y juzgas, Pérez, que trata 320  
con la princesa estas cosas?...  
Las discretas, o son falsas...  
o se alucinan... S.- No creo  
que una señora tan alta...  
R.- Y tan bella y entendida...; 325  
pero Escobedo en su casa  
entra de oculto... Esta noche...»  
Siguió el Rey en voz tan baja  
hablando a su secretario,  
y con expresión tan vaga, 330  
que adivinar no es posible  
cuáles fueron sus palabras.  
\* \* \*

Palabras que escuchó Pérez  
con una zozobra extraña,  
con el pecho palpitante 335  
y con la faz demudada.  
Y al callar el rey, le dijo:  
«Vuestra Majestad lo manda,  
y es para mí ley suprema  
su voluntad soberana. 340  
»Mas, señor... Si por escrito,  
una orden vuestra firmada,  
o la firma solamente...  
Con sólo la firma basta.»  
Dio un paso atrás, furibundo, 345  
al escucharlo el monarca,  
y lo fulmina y aterra  
con dos ojos como brasas.  
Pérez que se abriera el suelo  
quisiera bajo sus plantas, 350  
y que en aquel punto mismo  
lo confundiera y tragara.  
Cuando, de pronto, Felipe,  
con una sonrisa amarga  
y el desprecio con que mira 355  
un feroz tigre a una rata:  
«Dices bien -prorrumpe-, amigo;  
toma, que la empresa es ardua...»  
Y escribiendo cuatro líneas  
en un papel, se lo alarga. 360  
Temblando lo toma Pérez,

y va a partir; mas le traba  
el brazo con mano dura,  
más dura que unas tenazas,  
    el rey; en su helado rostro 365  
ojos del infierno clava,  
diciendo: «Secreto, y priesa,  
y yo soy quien te lo encarga.»  
    Marchó Pérez, y Felipe,  
tomando el estoque y capa, 370  
salió sólo, y dirigióse  
de la Princesa a la casa.

#### Romance Cuarto

#### La cartera verde

En su magnífico estrado  
¡cuán gallarda, cuán hermosa  
brilla la persona ilustre 375  
de doña Ana de Mendoza!  
    De seis candelas de esperma  
que un candelabro coronan,  
do recorta y abrillanta  
la luz cinceladas hojas, 380  
    al resplandor aparecen  
su tez de nieve y de rosa,  
de oro puro sus cabellos,  
claros luceros sus joyas.  
    Sentada en un taburete 385  
el brazo ebúrneo coloca  
en un velador cuadrado,  
que cubre persiana estofa,  
    y en que matizadas flores  
dan al ambiente su aroma, 390  
en vasos de porcelana  
de extraño barniz y forma.  
\* \* \*  
    Enfrente de la princesa,  
en un sillón de caoba,  
de los primeros acaso 395  
que se usaron en Europa,  
    está Felipe Segundo,  
procurando a toda costa  
de amable y franca dulzura  
dar el aire a su persona, 400

y después de varias frases,  
de mera etiqueta todas,  
y de discretas razones  
de cortesana lisonja:

«Al anochecer -prorrumpe- 405

¿habéis tenido, señora,  
alguna visita?» Y clava  
los ojos, cual de raposa,  
en el pálido semblante  
de doña Ana de Mendoza, 410  
que responde, balbuciente:

«No, señor...; he estado sola.

»Mi mayordomo, un momento...»

No dijo más, y a la boca  
del rey, que nada contesta, 415  
sonrisa infernal asoma.

\* \* \*

Tras un rato de silencio  
que a doña Ana se le antoja  
un siglo, se alza Felipe;  
un laúd templado toma, 420

y galán se lo presenta,  
diciendo: «Tened, señora;  
dad vida al callado ambiente,  
encadenad mi alma toda.»

La princesa, obedeciendo, 425  
las cuerdas pulsa sonoras,  
y melancólicos tonos  
sin concierto alguno brotan.

\* \* \*

El rey, lento, se pasea  
por la estancia, dando poca 430  
atención a lo que escucha,  
que otras ideas le acosan.

Y, aunque gran sosiego finge,  
es su inquietud bien notoria,  
y que habla consigo mismo 435  
en su semblante se nota.

La princesa lo conoce,  
y trasuda y se acongoja,  
pidiéndole a Dios de veras  
que la visita sea corta. 440

Al balcón el rey se acerca,  
y lo abre, inquieto; se asoma,  
y se retira, y escucha;  
y sin cerrarlo, lo entorna.

Entra la brisa en la sala, 445  
agita las luces todas,  
y a su ondulación parece  
que todo se mueve y borra,



y que el aposento tiembla,  
y que, en fantásticas formas, 450  
los muebles y colgaduras  
ya se alargan, ya se acortan.

«Señor -dice la princesa-,  
¿el viento no os incomoda?  
Está hartos fresca la noche, 455  
cuidad más vuestra persona.»

Iba a responder Felipe,  
cuando a las ánimas tocan  
las campanas, y en la tierra  
con gran devoción se postra. 460

Lo mismo hace la princesa;  
en silencio entrambos oran,  
se santiguan y levantan,  
y el rey, mudo, a escuchar torna.

\* \* \*

Se oye un rumor a lo lejos, 465  
y como un grito; se azora  
la dama, y dice: «¿Qué suena?»  
Y el alma deshecha y rota,

va hacia el balcón. Mas Felipe  
lo cierra de pronto, y ronca 470  
la voz: «Nada ha sido -dice-,  
el rumor de alguna ronda.»

De mármol queda doña Ana,  
el rey clavado en la alfombra,  
y todo en hondo silencio 475  
y en quietud la estancia toda.

\* \* \*

Llega un paje, anuncia a Pérez,  
y entra Pérez. Su persona  
es más siniestra que nunca,  
más descompuesta su ropa. 480

Es su semblante de azufre  
entreabierto trae la boca,  
y tiemblan sus miembros todos,  
grande agitación le agobia.

Desconcertado, en secreto 485  
dice al rey palabras pocas,  
y de terciopelo verde  
le da una cartera. Toma

la cartera el rey, la mira  
y en contemplarla se goza, 490  
mostrando su faz el gusto  
que en su corazón rebosa.

También la ilustre princesa  
la mira, y la mira ansiosa;  
la reconoce, y advierte 495  
de sangre en ella una gota;

de sangre fresca, y de sangre  
ve en la mano temblorosa  
de Pérez alguna mancha,  
y en sus puños y valona. 500  
Y da un profundo gemido;  
su cabeza se trastorna,  
y exánime y desmayada  
en un sillón se desploma.

### Romance Quinto

El cadáver. El fugitivo. El muerto

A la mañana siguiente, 505  
cuando fue devoto pueblo  
a oír la misa del alba  
de Santa María al templo,  
en aquella corta calle,  
más bien callejón estrecho, 510  
que por detrás de la iglesia  
sale frente a los Consejos,  
se halló tendido un cadáver,  
de un lago de sangre en medio,  
con dos heridas de daga 515  
en el costado y el pecho.

Pronto fue reconocido  
por el de Juan de Escobedo,  
del insigne don Juan de Austria,  
secretario y camarero. 520

Y como aún, rico, ostentaba  
la cadena de oro al cuello,  
y magníficos diamantes  
en los puños y en los dedos,  
que obra no fue de ladrones 525  
se aseguró, desde luego,  
el horrible asesinato  
que a Madrid cubrió de duelo.

\* \* \*

Fugitivo a pocos meses  
Antonio Pérez, el reino 530  
de Aragón turbó con bandos  
y desastrosos sucesos;  
y condenado y proscrito,  
pobre, aborrecido, enfermo,  
murió en la mayor miseria 535

en países extranjeros.

\* \* \*

Y después de algunos años,  
al rey Felipe, ya viejo,  
arrebatóle la muerte  
a dar cuenta al Ser Supremo. 540  
dónde se habrán encontrado  
los tres, tan sólo saberlo  
puede Dios, mas yo imagino  
que habrá sido en el infierno.

### El conde de Villamediana

Cuatro romances: I, 228, á-o; II, 212, á-a; III, 235, ó-e y IV, 240, é-o.  
Total, 880 versos.

Terminado en París en la segunda mitad de 1833, cuenta la misteriosa muerte de don Juan de Tasis, conde de Villamediana, poeta e ingenio cortesano de accidentada carrera política. Su fortuna varia le vio perseguido por Felipe III y en favor del IV hasta ser alcanzado por una muerte repentina y violenta. Ni los contemporáneos ni los historiadores están de acuerdo en las causas aunque coinciden en que el difunto no supo ocultar su pasión por la reina<sup>21</sup> y que fue tan detestado como temido por su maledicencia.

Aquí es el conde un galán caballero, justador y poeta aunque predestinado por la imposibilidad de sus amores. Triunfos y muerte suceden en un mismo día, el del cumpleaños del rey, cuando la villa arde en fiestas. Por la mañana, toros, donde se luce don Juan; máscaras y cañas por la tarde. Jefe de una cuadrilla es Villamediana, y su indiscreta divisa, la causa de su desgracia.

En el sarao, lleno de color y vida, el poeta junta a los ingenios del tiempo: Lope, Quevedo, Góngora, Paravicino, el mismo Villamediana, Melo y Velázquez, y deja sin nombrar a potentados y cortesanos, gente del momento, condenada al olvido.

Rivas atribuye a Felipe IV el fin del conde y lo enriquece con detalles tan teatrales como la conversación entre la sorprendida esposa y el rey, o el episodio del balletero oculto. Éste es uno de los romances donde moraliza más, pues le dan ocasión a ello la despreocupación de una España al borde de la catástrofe, y la confiada soberbia de Villamediana.

## Romance Primero

### Los toros

Está en la Plaza Mayor  
todo Madrid celebrando  
con un festejo los días  
de su rey Felipe Cuarto.

Éste ocupa, con la reina 5  
y los jefes de palacio,  
el regio balcón vestido  
de tapices y brocados.

En los otros, que hermocean  
reposteros y damascos, 10  
los grandes, con sus señoras  
y los nobles cortesanos,  
ostentan soberbias galas,  
terciopelos y penachos.

Las damas y caballeros 15  
llenan los segundos altos,  
y de fiesta gran gentío  
los barandales y andamios,  
jardín do a impulso del viento  
ondean colores varios. 20

Ante la Panadería,  
del balcón del rey debajo,  
y de espalda a la barrera,  
en la arena del estadio,

la guardia tudésca en ala, 25  
parece un muro de paño  
rojo y jalde, con cornisa  
hecha de rostros humanos,

sobre la cual vuelan plumas  
en lugar de jaramagos, 30  
y brillan las alabardas  
heridas del sol de mayo;

los alguaciles de Corte  
con sus varas en la mano,  
a la jineta en rocines, 35  
están en fila a los lados.

El rey, la reina, los grandes,  
las damas, los cortesanos,  
los tudescos y alguaciles,  
el inmenso pueblo y cuantos 40

en la plaza están, los ojos  
tornan de Toledo al arco,  
por cuya barrera asoma  
un caballero a caballo.

\* \* \*

Vese en medio de la arena, 45  
furia y humo respirando,  
los ojos como dos brasas,  
los cuernos ensangrentados,  
con la pezuña esparciendo  
ardiente polvo, el más bravo 50  
retinto, a quien dio Jarama  
hierba encantada en sus campos.

Aún no estrenó la almohadilla  
de su cuello erguido y alto  
hierro alguno ni ha embestido 55  
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas  
y moribundos caballos  
se ostenta como el guerrero  
que se corona de lauro, 60  
entre rendidos pendones,  
sobre muros derribados;  
del genio del exterminio  
parece emblema y retrato.

\* \* \*

En un tordillo fogoso, 65  
de africana yegua parto,  
que de alba espuma salpica  
el pretal, el pecho y brazos;  
que, desdeñoso, la tierra  
hiere a compás con los cascos; 70  
que una purpúrea gualdrapa  
con primorosos recamos,  
de felpa y ante la silla,  
en el testero un penacho,  
la cabezada y rendaje 75  
de oro y seda roja, y lazos  
en el codón y en las crines  
soberbio ostenta y ufano,  
a combatir con el toro  
sale aquel señor gallardo, 80

Viste una capa y ropilla  
de terciopelo más blanco  
que la nieve, de oro y perlas  
trecillas y pasamanos;  
las cuchilladas, aforros, 85  
vueltas y faja, de raso  
carmesí; calzas de punto,  
borceguíes datilados,  
valona y puños de encaje;  
esparcen reflejos claros 90  
en su pecho los rubíes  
de la cruz de Santiago.

Un sombrero, con cintillo  
de diamantes sujetando  
seis blancas gentiles plumas, 95  
corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,  
en la diestra lleva en alto  
un pequeño rejoncillo  
con la cuchilla de a palmo. 100

Acompáñanle dos pajes  
a pie, de uno y otro lado;  
y llevan las rojas capas,  
prontas al lance, en la mano;  
síguenle sus escuderos 105  
y un gran tropel de lacayos,  
los que por respeto al toro  
se van haciendo reacios.

\* \* \*

Puesto en medio de la plaza  
personaje tan bizarro, 110  
saluda al rey y a la reina  
con gentil desembarazo.

Aquél, serio, corresponde;  
ésta muestra sobresalto,  
mientras el concurso inmenso 115  
prorrumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Tarsis,  
caballero cortesano,  
conde de Villamediana,  
de Madrid y España encanto 120  
por su esclarecido ingenio,  
por su generoso trato,  
por su gallarda presencia,  
por su discreción y fausto.

Gran favor se le supone, 125  
aunque secreto, en palacio,  
pues susurran malas lenguas...  
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,  
y es poner puertas al campo 130  
querer de los maliciosos  
sellar los ojos y labios.

\* \* \*

Valiente Villamediana,  
cortas las riendas y bajo  
del rejoncillo el acero, 135  
vase al toro paso a paso.

Éste cabecea, bufa,  
la tierra escarba, marrajo,  
y espera instante oportuno  
en que partir como el rayo. 140

El paje de la derecha  
con grande soltura y garbo  
a la fiera irrita y llama,  
la capa ante ella ondeando.

Embiste, pues; el jinete 145  
tuerce el bridón, de soslayo  
pasa el toro, el otro paje  
con la capa hace un engaño,  
y lo revuelve, y de nuevo  
lo para. Determinado, 150  
le hostiga de frente el conde;  
torna a embestir rebramando  
el jarameño; parece  
que caballero y caballo  
van a volar a las nubes, 155  
cuando de la fiera intactos,  
en primorosas corvetas,  
se separan y con saltos.

Un punto el toro vacila  
bramido ronco lanzado, 160  
y desplómase en la tierra,  
haciendo de sangre un lago  
con el torrente que brota  
por la cerviz, do clavado  
medio rejón aparece, 165  
que el otro medio, en la mano  
del noble y valiente conde  
va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,  
vallas, barreras y andamios, 170  
formando una riza nube,  
ondean pañuelos blancos;  
y, «¡Viva!», el pueblo repite,  
y los caballeros «¡Bravo!»,  
y «¡Qué galán!», las mujeres, 175  
haciendo lenguas las manos.

La reina, que, sin aliento,  
los ojos desencajados  
en jinete y toro tuvo,  
vuelve ansiosa, respirando; 180  
«¡Qué bien pica el conde!», dice,  
y, «¡Muy bien!», los cortesanos  
repiten. El rey responde:  
«Bien pica, pero muy alto.»

Y en el rostro de la reina 185  
clavó los ojos un rato.  
Éste demudóse, y todos  
los señores de palacio,  
en quienes opinión propia  
fuera un peregrino hallazgo, 190

repitieron, no sabiendo  
lo que decían acaso,  
y de entrambas majestades  
queriendo seguir el rastro:  
«Pica muy bien; mas debiera 195  
haber picado más bajo.»  
\* \* \*

Dos toros más se corrieron,  
en que caballeros varios,  
con gala y con valentía,  
gran destreza demostraron; 200  
mas es pretender lucirlo  
después del conde gallardo,  
exceso del amor propio,  
cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto mediodía 205  
las campanas avisaron  
de Santa Cruz en la torre.  
En su carroza a palacio  
retiráronse los reyes,  
tras ellos los cortesanos, 210  
y aquel inmenso gentío,  
la plaza desocupando,  
se apiñó en arcos y puertas,  
haciendo un todo compacto,  
que por las primeras calles 215  
rompió, que luego en pedazos  
por otras más dividióse,  
después en grupos, que al cabo  
reducidos a familias,  
muy pronto se dispersaron. 220

Tal vez, así se desagua  
un artificial pantano,  
cuando se abren las compuertas  
del malecón, y apretados  
torrentes por ellas salen, 225  
que luego en arroyos varios  
se dividen, y se pierden  
finalmente por los campos.

## Romance Segundo

### Las máscaras y cañas

Siguió el festejo a la tarde,



y llenóse la gran plaza 230  
con el pueblo y con la Corte,  
cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas  
que la regia villa paga  
para celebrar el nombre 235  
del poderoso monarca.

De clarines y timbales  
al son que asorda las auras,  
y al de orquestas numerosas  
que entonan guerrera marcha, 240  
en orden y a lento paso,  
numerosas mascaradas  
entran por partes distintas  
y al rey y a la reina acatan.

De los reinos diferentes 245  
que el reino forman de España,  
ostenta cada cuadrilla  
distintivos y antiguallas,  
arbolando un estandarte  
con el blasón de sus armas; 250  
y de su música propia  
al compás de las sonatas.

Mézclanse ligeras luego,  
formando mímica danza,  
en concertado desorden 255  
de figuras ensayadas,

los cascos y coseletes  
de la indómita Cantabria,  
de los fieles castellanos  
las dobles cueras y calzas; 260

las fulgentes armaduras,  
de los infanzones gala,  
del ligero valenciano  
los zaragüelles y mantas;  
de chistosos andaluces 265

los sombrerones y capas,  
y las chupas con hombreras  
y con caireles de plata;

los turbantes granadinos,  
jubas, albornoces, fajas; 270  
los terciopelos y sedas  
de vestes napolitanas;

de la Bélgica los sayos  
con sus encajes y randas;  
los milaneses justillos 275  
con las chambergas casacas;

y las esplendentes plumas  
teñidas de tintas varias,  
con los arcos y las flechas

que el cacique indiano gasta, 280

forman un todo indeciso  
que cubre la extensa plaza  
de movibles resplandores,  
de confusión bigarrada.

Parece que está cubierta 285  
con una alfombra persiana,  
cuyos matices se mueven  
al conjuro de una maga.

Aquí añafiles moriscos,  
allí tamboril y gaita, 290  
más allá trompas guerreras,  
acá sonorasas flautas;

las antárticas bocinas  
en un lado, las guitarras  
y crótalos en el otro; 295  
los caracoles de caza

forman estruendo confuso  
en que ya el acorde falta,  
y que, llenando el espacio,  
aún más aturde que halaga. 300

Por fin, terminado el baile,  
sepáranse las comparsas,  
y hacia lados diferentes,  
en orden puestas, descansan.

Y cada una se dirige, 305  
según la suerte la llama,  
a saludar a los reyes  
con solemnidad y pausa,  
y doblando la rodilla,  
ofrecen a su monarca 310  
un rico don de productos  
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,  
el circo desembarazan  
a los nobles caballeros 315  
que salen a correr cañas.

\* \* \*

Por la izquierda y la derecha  
a un tiempo entraron, galanas,  
dos diferentes cuadrillas  
que a unirse en el centro marchan. 320

Compónese cada una,  
compitiendo en garbo y gala,  
de doce nobles jinetes  
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo 325  
de gentileza y de gracia,  
es caudillo de la una;  
de la otra es Villamediana.

Aquél, en caballo negro,  
enjaezado de plata, 330  
de terciopelo amarillo  
con celestes cuchilladas,  
vestido sale: figura  
con argentinas escamas  
peto y espaldar, y azules 335  
lleva plumas y gualdrapa.

Éste, en un caballo blanco,  
cuya crin el oro enlaza,  
ostenta un rico vestido  
de terciopelo escarlata; 340  
el arnés, de hojuelas de oro  
y de rica seda blanca;  
con brillantes bordaduras  
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas 345  
hacia el regio balcón ambas,  
al paso, la pista siguen  
de los jefes que las mandan;  
y el concurso, en gran silencio,  
curioso la vista clava 350  
de los dos gallardos condes  
en las brillantes adargas;  
pues logrando de discretos  
y de enamorados fama,  
interesa a todo el mundo 355  
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,  
de la que el vuelo levanta  
el fénix con este mote:  
«Me da vida quien me abrasa» 360

Un letrado solamente  
es la de Villamediana  
que dice: «Son mis amores...»,  
y luego reales de plata,  
puestos cual si fueran letras, 365  
con que aquel renglón acaba.

La empresa de Orgaz la entienden  
todos, y aciertan la llama  
que le da vida y le quema.  
La del de Villamediana 370  
despierta más confusiones,  
aunque es en verdad bien clara.

Propensión funesta tiene  
el joven galán que alcanza  
favores de una señora 375  
a la par hermosa y alta,  
de publicarlos al punto  
y de sacarlos a plaza;

vanidad de enamorados  
que en peligros no repara. 380

Muchos el sentido entienden  
que las monedas declaran;  
mas por miedo disimulan  
y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan 385  
los cascos por descifrarla:

«Son mis amores dinero»,  
repiten; pero no cuadra  
con el carácter del conde  
esta explicación villana. 390

«Mis amores efectivos  
son», dicen otros. ¡Bobada!

Velasquillo el contrahecho,  
enano y bufón que alcanza,  
no sin despertar envidia, 395  
gran favor con el monarca,  
a disgusto de los grandes,  
en el balcón regio estaba,  
malicias diciendo y chistes,  
con insolencia y con gracia. 400

Y, o por faltarle su astucia  
entonces, o porque trata  
de vengarse del desprecio  
con que la reina le acaba,  
o porque ve de mal ojo 405

al noble Villamediana,  
o por gusto de hacer daño,  
que es de tales bichos ansia,  
dijo: «Ta, ta; ya comprendo  
lo que dice aquella adarga: 410  
Son mis amores reales»,  
y soltó la carcajada.

Trémulo el rey y amarillo,  
y conteniendo la saña:  
«Pues yo se los haré cuartos», 415  
respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la reina, y quedóse  
inmóvil como una estatua,  
pálida como la muerte,  
hecha pedazos el alma. 420

\* \* \*

Las cuadrillas empuñando,  
en vez de robustas lanzas,  
de cintas y oro vestidas  
leves quebradizas cañas,  
se embistieron... Imposible 425  
es ya que encuentre palabras  
con que describir la fiesta:

mi atención la reina embarga.  
¡Pobre señora! Tampoco  
merece versos y fama 430  
tal diversión, ya reflejo  
débil, copia degradada  
de las justas que ha dos siglos  
los caballeros usaban  
con gloria; que nunca gloria 435  
en donde hay peligro falta,  
y en que las picas de guerra  
dobles petos abollaban;  
no los juncos inocentes  
sedas, brocados y holandas. 440

### Romance Tercero

#### El sarao

Mientras que la monarquía  
se desmorona, y el borde  
toca de una sima horrenda,  
duermen en pueriles goces,  
entre placeres se aturden, 445  
deleites sólo conocen,  
sin cuidarse del peligro  
el rey de España y sus nobles.  
Así una casa se quema,  
así desdichas atroces 450  
sobre una infeliz familia  
el ciego Destino pone;  
y en tanto el imbécil ríe,  
duerme el embriagado joven,  
y el niño con sus juguetes 455  
es el más feliz del orbe.  
Si alegre fue todo el día  
con públicas diversiones,  
con saraos y luminarias  
no lo fue menos la noche: 460  
el pueblo las anchas calles  
en gozosas turbas corre,  
para ver iluminadas  
las casas de los señores.  
En las plazas principales 465  
suenan músicas acordes,  
y farsas se representan

del rey celebrando el nombre.

\* \* \*

Del palacio del Retiro  
lentos están los salones 470  
de todo el fausto y la gala  
que son honra de la Corte.

En los soberbios jardines  
brillan vasos de colores,  
que en el estanque reflejan 475  
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio  
las densas tinieblas rompe  
y rastros de luz envía  
a las celestes regiones; 480

de los rayos que le lanzan  
los nublados tronadores,  
dijérase que en la tierra  
se estaban vengando entonces.

Varias encendidas ruedas, 485  
girando luego veloces  
en atmósfera de chispas,  
parecen mágicos soles;  
mas pronto en huecos tronidos  
de humo blanco, alzando un monte, 490  
se disipa, y desaparece  
aquel gigantón enorme  
de luz, que ofuscó los astros  
y que deslumbró a la Corte,  
como trasunto o emblema 495  
del orgullo de los hombres.

\* \* \*

En el salón de los reinos,  
donde el trono de dos orbes  
de oro y terciopelo estriba  
en colosales leones, 500

el rey está con las damas,  
la reina con los señores,  
y chocolate, y conservas,  
y helados pasan en orden,  
en mancerinas de oro 505  
y en bandejas, cuyos bordes  
lucientes piedras adornan  
en caprichosas labores.

Enseguida se bailaron,  
al compás de alegres sonos, 510  
las folías y chaconas,  
y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado  
sitio un caballero escoge,  
y en un cojín para hablarle 515

la rodilla izquierda pone.

Allí, en animados grupos,  
lo más rico y lo más noble  
de Madrid y España asiste,  
y extranjeros de alto porte. 520

Estaban, pues... ¿De qué sirve  
que el tiempo perdamos nombres  
ya olvidados repitiendo,  
y que alcanzaron entonces

boga por riqueza y sangre, 525  
mas que hoy ya nadie conoce?

De conocidos hablemos,  
de amigos nuestros, de hombres  
que aun los vemos y tratamos,  
aunque ha dos siglos que esconde 530  
sus cenizas el sepulcro,  
sima que todo lo sorbe.

\* \* \*

En un lado de la sala  
estaba el famoso Lope,  
el Fénix de los ingenios, 535  
con el cabello y bigote

blancos como pura nieve;  
y al través se reconoce  
de sus clericales ropas  
que fue guerrero de joven. 540

La insignia adorna su pecho  
de la hospitalaria Orden,  
y el fuego brilla en sus ojos  
que hace a los mortales dioses.

Con él habla un caballero, 545  
cabeza gorda, deformes  
los pies, de negro azabache  
melena y barba, mas noble  
aspecto; diciendo chistes  
está, y resuenan conformes 550  
carcajadas y aun aplausos,  
en cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,  
a quien un clérigo torpe  
ya por la edad, ceceando 555  
y con malicias responde.

Ser él tal pronto se advierte  
don Luis Góngora y Argote,  
del nuevo estilo de moda  
inventor, columna y norte. 560

El padre Paravicino,  
que de sabio alto renombre  
goza, y a Madrid encanta  
por sus peinados sermones,

también es del corro; y luego 565  
en él ufano ingirióse,  
aún tan niño que en sus labios  
ni bozo se ve que asome,

don Esteban de Villegas,  
español Anacreonte, 570  
en versos cortos divino,  
insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,  
de Villamediana el conde,  
que ha danzado con la reina, 575  
alargó la mano a Lope,

y como ingenio de marca  
entre los otros mostróse.

Acaba de publicarse  
su poema de Faetonte, 580

en aquel tiempo un prodigio,  
que hoy tiene apenas lectores;  
obra de perverso gusto  
y de hinchados clausulones.

Góngora, que, envanecido, 585  
un adepto de alto nombre  
ve en tan claro personaje,  
sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban,  
aunque yo decir no ose 590  
si sus versos aplaudían  
o su favor en la Corte.

Don Francisco Manuel Melo,  
en quien se juntan los dotes  
de historiador y poeta 595  
con los bélicos blasones,

allí está, aunque taciturno;  
sin duda, abriga temores  
de que el duque de Braganza  
su osado intento no logre. 600

El gran don Diego Velázquez,  
de pinceles españoles  
gloria, también conversaba  
con tan famosos autores;

pero lo que dicen ellos 605  
parece que apenas oye,  
porque de Rubens los cuadros  
con gran encanto recorre;

y en aquel retrato ecuestre  
del emperador, en donde 610  
apuró Ticiano el arte,  
los ojos árabes pone.

\* \* \*

También el rey un momento



afable al corro acercóse,  
hablando de una comedia 615  
que salió al público entonces,  
y cuyo autor se nombraba  
Un ingenio de esta corte.  
A la cual, aunque, por cierto,  
era un disparate enorme, 620  
todos dieron mil elogios  
y de portento renombre,  
pues que es obra del rey mismo  
no hay en Madrid quien ignore.  
Ya muy tarde entró en la sala, 625  
saludos y adulaciones  
recibiendo del concurso,  
con aire altanero y noble,  
el conde-duque; se llegan  
los grandes y embajadores 630  
para hablarle; el rey Felipe  
con gran cariño le acoge;  
y con él, y con el nuncio  
y un milanés enredóse  
en importante coloquio, 635  
que su atención regia absorbe.  
\* \* \*

La reina, que en gallardía  
a todas se sobrepone,  
y cuyos hermosos ojos,  
brillantes como dos soles, 640  
en Villamediana tuvo  
clavados toda la noche,  
viendo al rey y al favorito  
con aquellos dos señores  
extranjeros en consulta, 645  
que ha de ser larga supone  
la conversación, notando  
que hay vivas contestaciones.

Más atenta al conde mira,  
le hace una seña, y, veloce, 650  
aunque con gran disimulo,  
de la sala retiróse,  
de una danza numerosa  
que empezó la gente joven  
a enredar, aprovechando 655  
la confusión y el desorden.

Conoció al punto la seña  
el favorecido conde,  
que amantes favorecidos  
la más pequeña conocen. 660

Pero no son ellos solos;  
también, ¡ay!, de ellas se imponen

los celosos...; el monarca  
la señal fatal recoge.

A salir Villamediana 665  
siguiendo su amado norte,  
iba por distinto lado  
del salón, cuando turbóle  
el ver al rey furibundo,  
que con miradas atroces, 670  
ojos cual los de un fantasma,  
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,  
ni a dar un paso atrevióse,  
y trabó, disimulando, 675  
un altercado con Lope.

#### Romance Cuarto

#### Final

En aquella galería,  
adornada de arabescos  
y follajes primorosos,  
con oro y esmaltes hechos, 680  
y cuya baranda rica  
daba hacia el jardín pequeño,  
en que el caballo de bronce  
estuvo por largo tiempo,  
sin más luz que la que esparce 685  
la luna en mitad del cielo,  
esperando a alguien la reina,  
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza  
y de la orquesta el estruendo, 690  
que los salones ocupa,  
oye resonar de lejos;  
y, aunque sabe que notada  
ha de ser su ausencia presto,  
por dar al conde un aviso 695  
atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga  
con mortal desasosiego,  
y en el barandal dorado  
palpitante apoya el pecho. 700

Mira al ecuestre coloso,  
inmóvil, oscuro, enhiesto,

entre laureles y murtas,  
y tiembla, ¡infelice!, al verlo.

Alza a la pálida luna 705  
los ojos de llanto llenos,  
y se extravía su mente  
por precipicios horrendos.

\* \* \*

Sin rumor y de puntillas,  
como fantasma o espectro, 710  
en el corredor entróse  
la parte oscura siguiendo,  
un hombre embozado; llega  
por detrás, en gran silencio,  
a la reina, que, de espaldas 715  
estando, no pudo verlo,  
y le tapa el noble rostro  
con dos manos como hielo;  
pero delicadas manos  
que agita un temblor ligero. 720

¿Quién pudiera aproximarse  
a dama de tal respeto  
sino el amante dichoso  
con tal inocente juego?

Así lo pensó ella misma, 725  
pues, aunque al primer momento  
de sorpresa lanzó un grito,  
pronto sobre sí volviendo:

«Déjame, conde -prorrumpe  
con dulces lánguidos ecos-; 730  
no es esta ocasión de burlas,  
pues es de infortunios tiempo.

»Déjame y escucha, conde.»

Libre la dejan en esto  
las manos que la cegaban, 735  
y se encuentra sola, ¡cielos!,

con su marido, que arroja  
por los ojos rabia y fuego.  
Queda la infeliz difunta;  
mas tienen el privilegio 740

las hembras del disimulo,  
y en los críticos encuentros  
mucho mayor agudeza  
que el hombre de más ingenio.

Al oír el que el rey pregunta 745  
con voz como voz de infierno,  
«¿Yo conde?... ¿Yo?» En si tornando  
la reina, responde presto:

«Sí, señor; de Barcelona...  
Y se complace mi pecho 750  
con tal título, afirmado

con vuestro poder y esfuerzo,  
    »después que habéis reprimido  
la rebelión de aquel pueblo».   
Quedó pasmado el monarca. 755  
«Discreta sois por extremo,  
    -repuso, y tras pausa leve-:  
Mas ¿qué infortunios tenemos?»  
Ya alentada la señora,  
pues siempre el paso primero 760  
    es el trabajoso, dijo:  
«No faltan, señor, por cierto;  
dígalo Flandes perdida,  
y de Nápoles los reinos,  
    »donde un ambicioso intenta 765  
arrebataros el cetro;  
o Milán, donde la peste  
está tanto estrago haciendo;  
    »y Portugal vacilante,  
do traidores encubiertos...» 770  
Aquí atajóla Filipo  
con voz de lejano trueno:  
    «Basta, pues, basta, señora;  
sois francesa, bien lo veo;  
tenéis interés muy grande 775  
en mi honor y en del del reino.»  
    «Veréis que uno y otro al punto  
para aquietaros sostengo,  
y que lavaré con sangre  
la mancha que advierta en ellos.» 780  
    Calló, y una atroz mirada  
con el rostro descompuesto,  
que pareció más terrible  
de la luna a los reflejos,  
    clavó en la reina; mirada 785  
que destrozó aguda el seno  
de la infeliz, pues temblando,  
cayó sin sentido al suelo.

\* \* \*

    Como sin rumor ninguno  
vuela o se deshace un sueño 790  
desapareció el monarca;  
fue a su cámara en silencio,  
    tocó un silbato de oro,  
que tuvo mágico efecto,  
pues salió de los tapices, 795  
al silbido obedeciendo,  
    por una encubierta entrada,  
un humilde balletero,  
cual espíritu maligno  
que al conjuro está sujeto. 800

Era el favorito oculto  
del rey; ambos un momento  
hablaron con tal sigilo,  
que el labio apenas movieron.

Sólo al irse el confidente 805  
se oyó decir al rey esto:  
«Asegura bien el golpe,  
y si has de vivir, secreto.»  
\* \* \*

Al sarao y a los salones  
tornó Filipo muy presto; 810  
aunque pálido el semblante,  
tranquilo y tal vez risueño,  
volvió a hablar al conde-duque,  
el cual, como astuto y diestro,  
que su señor encubría 815  
conoció cuidados nuevos;  
al cabo de corto rato  
anuncióse que en su lecho  
la reina indispuesta estaba,  
y se dio fin al festejo. 820

Sucedió al bullicio alegre,  
al son de los instrumentos  
y a la confusión festiva  
el más profundo silencio.

Los cortesanos al punto 825  
las actitudes y gestos  
dejaron de la alegría,  
y tomaron los del duelo;  
y a vaciarse los salones  
comenzaron del inmenso 830  
concurso, que los llenaba  
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,  
de inquietud funesta lleno,  
al retirarse saluda 835  
al monarca con respeto,  
y éste con una sonrisa  
lo deja aterrado y yerto,  
mientras afable despide  
a los otros palaciegos. 840  
\* \* \*

De la desdichada reina  
la favorita corriendo  
sale por las antesalas,  
busca al conde sin aliento,  
penetra la muchedumbre, 845  
le hace señas desde lejos;  
al fin le alcanza, va a hablarle,  
un papel lleva encubierto;

cuando se para y se hiela,  
al rey de repente viendo; 850  
tal queda liebre cobarde  
de la serpiente el aspecto.

El gran tropel que desciende  
las escaleras, violento  
arrastra a Villamediana, 855  
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...;  
en la de Orgaz toma puesto,  
y ambos condes por las calles  
(que aún no estaban cual las vemos, 860  
alumbradas con faroles)  
veloces van y en silencio.

Grita en una encrucijada  
una voz «¡Conde!» El cochero  
para al punto los caballos; 865  
pregunta Orgaz desde dentro:  
«A cuál de los dos?» De fuera:  
«Villamediana», dijeron.

Villamediana al estribo,  
juzgando que es mensajero 870  
de la reina quien lo llama,  
sacó la cabeza y pecho;  
y al punto se lo traspasa  
una daga de gran precio  
con tal furor, que a la espalda 875  
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche  
un mar de sangre vertiendo,  
y de su amigo en los brazos  
al instante quedó muerto. 880

París, 1833.

El cuento de un veterano

Escrito en 1837, tiene una «Introducción» de 68 versos asonantados y seis romances: I, 104 versos en á-a; II, 148, ó-a; III, 124, á-o; IV, 156, á-e; V, 296, í-o y VI, 144, á-a. Total, 1140 versos.

La acción tiene lugar a mediados del siglo XVIII durante la guerra de

Sucesión de Austria (1741-1748), en la que intervino Felipe V junto con Nápoles y Francia en contra de los austriacos. Se recordará que, en esta misma guerra sirvió también don Álvaro (Don Álvaro o la fuerza del sino, jornadas III y IV), a quien Saavedra hizo asistir a la batalla de Véletri como capitán de Granaderos.

Tanto Enrique Gil como Valera, para quien era «un primor de cuento», gustaron mucho de este romance, de tan misteriosa y evocadora estirpe romántica<sup>22</sup>. No pensaba lo mismo el padre Blanco García, para quien era una «repugnante galería de escenas nocturnas, amores sacrílegos y venganzas femeninas, cuyo teatro no quiso el poeta que fuese España»<sup>23</sup>; Azorín, más tarde, valiéndose del recurso que usó para criticar Don Álvaro, lo juzgaba dechado de lo inverosímil e incoherente<sup>24</sup>.

No hay que pedir lógica a consejas contadas junto al fuego; el poeta refiere la aventura de don Juan Enríquez de Lara sin digresiones, y graduando el desarrollo de la trama de tal modo que, cuanto más se complica, más interés despierta en los lectores. El protagonista comparte las virtudes y los defectos propios del tipo donjuanesco. Rico, gallardo y valiente parecía «un caballo sin freno, / un demonio en carne humana» al que sólo detuvo momentáneamente el temor al sacrilegio. Pueden más el deseo de aventura y el temor a pasar por cobarde que el respeto a la clausura. Una vez en la celda de la linda monja, el «audaz libertino» intenta la seducción con la técnica acostumbrada: «Un volcán arde en mi pecho... delicioso martirio... vos, sola vos...», sin sospechar todavía que el seducido ha sido él. Destacan aquí esta escena en la celda, así como la magistral ambientación del entierro nocturno a la luz de un farol. Azorín hallaba en este romance influencias de la Colomba de Merimée, aparecida en 1840. La monja pamesana, obsesionada por vengar el honor familiar tiene no pocos puntos de contacto con ella y pienso que también un parentesco con esas mujeres llenas de arrestos, tan corrientes en nuestra literatura, que se visten de hombre, salen a los caminos y toman venganza de quienes mancillaron su honor<sup>25</sup>.

## Introducción

¡Oh, cuán grato es el oír,  
allá en el hogar paterno,  
las largas noches de invierno,  
entre el cenar y el dormir,  
al veterano charlar, 5  
y sus pasadas campañas,  
envueltas con mil patrañas,  
en rudo estilo contar!

En nuestra niñez primera  
embebidos lo escuchamos, 10  
sin que una frase perdamos,  
ni una palabra siquiera.

Y la peregrina historia

se queda como grabada,  
y jamás la borra nada 15  
de nuestra tierna memoria.

\* \* \*

Un veterano alcancé  
que en Italia combatió,  
y que en Veletri se halló,  
donde malherido fue. 20

Y muy niño, allá en mi tierra,  
recuerdo haberle escuchado,  
de sus palabras colgado,  
sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno o malo 25  
todas las noches venía,  
y desde lejos se oía  
sonar su pierna de palo.

Era como una estantigua,  
con desharrapado traje, 30  
y restos del equipaje,  
de un militar a la antigua.

Del cortijo en el hogar  
muy orondo se sentaba,  
y la gente se agolpaba 35  
en torno de él a escuchar.

Tras un sorbo de aguardiente  
encendía su cigarro,  
y de su voz de catarro  
se desataba el torrente. 40

Ya un asalto refería,  
estropeando los nombres  
de reinos, castillos, hombres;  
mas nada le detenía.

Ora un combate, ora un duelo, 45  
ya el valor de un camarada,  
de una patrona burlada  
el amargo desconsuelo,  
de un coronel el rigor,  
la astucia de un asistente, 50  
el triste fin de un valiente,  
las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando  
cantaba también romances,  
con tal voz y tales lances, 55  
que nos dejaba temblando.

De robos y apariciones  
varios casos repetía,  
y costumbres, que decía  
ser de lejanas naciones. 60

Y siempre cosas extrañas,  
jurando a fe de soldado



todo haberlo presenciado  
en sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó 65  
cierta peregrina historia,  
que está fija en mi memoria,  
y que a referir voy yo.

## Romance Primero

### El ayudante

El marqués de Castelar  
entró triunfador en Parma 70  
con las valerosas tropas  
de Nápoles y de España.

Éstas van a la cabeza,  
aquéllas a retaguardia,  
y de lauro inmarcesible 75  
y gloria cubiertas ambas.

Desde Veletri venciendo,  
y enmendando aquella falta,  
las águilas imperiales  
van ahuyentando de Italia. 80

\* \* \*

La ciudad, que a los Borbones  
el más puro amor consagra,  
y que el dominio detesta  
de los príncipes del Austria.

cual libertadoras mira 85  
a aquellas huestes bizarras,  
y con «vivas» de entusiasmo  
las recibe y las aclama.

El alto cielo ensordecen  
las sonoras campanas, 90  
y a los valles y a los montes  
las músicas y las salvas.

Brillan en los balconajes  
de las calles y las plazas  
ricos damascos y estofas, 95  
pabellones y guirnaldas.

Y aún más el vistoso arreo  
de las lindas parmesanas  
ornadas de ricas joyas,  
vestidas de nobles galas. 100

Y hierve inmenso concurso

de la plebe alborozada,  
estrechando la carrera  
por donde las tropas pasan.

\* \* \*

El primero que desfila 105  
al son de bélica marcha  
es el regimiento insigne  
de las españolas guardias:  
de firme lealtad ejemplo  
a sus jurados monarcas, 110  
modelo de disciplina  
y de arrojo en las batallas.

De Castilla los pendones,  
de tanta victoria y tanta  
gloria ya nuncios, ya emblemas, 115  
siguen con noble arrogancia.

Y oficiales y soldados  
la atención pública llaman  
por su belicoso porte,  
por su merecida fama. 120

\* \* \*

En un cordobés morcillo  
que con espumas de plata  
el pretal, brazos y pechos  
respirando fuego, esmalta,  
recorre las compañías, 125  
y de un lado al otro pasa  
gallardo, vivaz, activo,  
don Juan Enríquez de Lara,  
del regimiento ayudante,  
y de tan noble y gallarda 130  
presencia, que por los ojos  
entra a conquistar las almas.

Esclarecido linaje,  
de los mejores de España,  
era el de este caballero, 135  
y su riqueza extremada.

En la mies de bayonetas  
se descubre su cucarda,  
como suele en la de espigas  
una amapola lozana. 140

De las mujeres los ojos  
doquier síguenlo, y se clavan  
en su rostro y en su talle,  
en su garbo y en su gracia.

Su edad a los cinco lustros 145  
de seguro aún no llegaba,  
pues sus facciones guarnecen  
aún más bien bozo que barba.

\* \* \*

En rondas y en desafíos,  
en pendencias y en batallas, 150  
o con razón o sin ella,  
siempre era un rayo su espada.

Y aunque bueno, calavera,  
y de ligereza tanta,  
que cuanto se le ocurría 155  
sin reparo ejecutaba.

En juego y en francachelas,  
y en aventuras galanas,  
liberalmente expendía  
sus pingües rentas de España. 160

Era un caballo sin freno,  
un demonio en carne humana,  
en tratándose de amores,  
en petándole una dama.

Siendo ya tantos los lances 165  
que en su tierna edad contaba,  
que era su famoso nombre  
conocido en toda Italia.

Y en las calles y balcones  
le reconocen por fama, 170  
y en todas partes se escucha:  
«Ese es don Juan, ese es Lara.»

## Romance Segundo

### El alojamiento

En sus cuarteles dejando  
recogidas a las tropas,  
los oficiales y jefes 175  
sus alojamientos toman.

Y por las plazas y calles  
pasan, cruzan y se informan  
de los números y casas,  
y de si hay lindas patronas. 180

Coge don Juan su boleta,  
dónde está la casa anota,  
y en su fogoso morcillo  
para buscarla galopa.

Al paso dice requiebros 185  
a las niñas que se asoman  
a los balcones, donaires  
a camaradas que topa;

atropella a los paisanos,  
y las mesillas trastorna, 190  
al atravesar la plaza,  
de las pobres vendedoras.

\* \* \*

A su alojamiento llega,  
que es una casa de forma  
donde un caballero anciano 195  
muy noble y muy rico mora.

Mas en ella no hay mujeres,  
lo que a don Juan incomoda,  
recetando al boletero,  
por esta falta, una soba. 200

Cortés el patrón recibe  
al huésped, que en su persona,  
urbanidad y despejo  
fina educación denota.

Y en una vivienda rica, 205  
do nada falta, le aloja,  
rogándole honre su mesa,  
y que cual dueño disponga.

Lara admite agradecido  
la invitación obsequiosa, 210  
y con frases cortesananas  
corresponde a tales honras.

\* \* \*

Solo ya con su asistente,  
se lava, atilda y adorna,  
y por registrar la calle 215  
a los balcones se asoma.

No era la calle muy ancha,  
y estaba desierta y sola,  
por ser más de mediodía,  
que era de comer la hora. 220

Son las fronteras paredes  
las de un convento de monjas,  
cuya principal fachada,  
de arquitectura grandiosa,

a la plaza daba donde 225  
hicieron alto las tropas  
con sus bandas y banderas,  
y marciales ceremonias;

de los altos miradores  
viéndolo las religiosas, 230  
que no están, como en España,  
en reclusión tan angosta.

Las espaldas del convento,  
frente a la casa en que mora  
don Juan, daban, pues, y en ellas 235  
ventanas y claraboyas,

con espesas celosías,  
que a las miradas curiosas  
de imprudentes libertinos  
el osado paso estorban. 240

\* \* \*

Hacia una de estas ventanas  
maquinalmente se tornan  
de Lara los negros ojos,  
que fuego mágico brotan,  
y al través de los estorbos 245  
juzga ver alguna cosa,  
como un bulto negro y blanco,  
que su atención fija y roba.

No se engañó. En el momento  
ve que unos dedos asoman 250  
por entre las celosías,  
y oye una tos sospechosa,  
y una voz sumisa luego  
que claro te llama y nombra;  
y él corresponde con señas, 255  
pues el gozo le rebosa,

pensando que una aventura  
rara se le proporciona;  
y de cierta ilustre joven,  
a quien ha burlado en Roma, 260  
recuerda haber entendido  
tener una hermana monja,  
que en un convento de Parma  
amargas lágrimas llora,  
pues allí la sepultaron, 265  
no vocación fervorosa,  
sino viles procederes  
de un galán que la abandona,

Luego oye que le preguntan:  
«Decid: ¿la calle está sola?» 270  
La registra con los ojos,  
y contesta: «Sí, señora.»

Y al punto una celosía  
se entreabre, y una persona  
que ver no pudo, tiróle 275  
un papel que el aire corta.

Cerrándose aquel resquicio  
con rapidez, sin que sombra  
ni nada a notarse vuelva  
detrás de la claraboya. 280

\* \* \*

Coge el papel, que traía  
dentro una medalla tosca  
sólo como lastre o peso,  
que era avisada la monja,

y con un lápiz, escritos 285  
en limpia y gallarda forma,  
Lara estos renglones halla,  
que con los ojos devora:  
    «Estaría tan ufana  
con vuestro ligero amor, 290  
como sumida en dolor  
con vuestro olvido, mi hermana.  
    »Pues no es abultada, no,  
de vuestro porte galán  
la fama, señor don Juan, 295  
que hasta mi celda llegó.  
    »Quiero que me conozcáis,  
y verme no os pesará;  
sólo en vuestra mano está,  
si de servirme os dignáis. 300  
    »Esta tarde al coronel  
da, de vuestro regimiento,  
un agasajo el convento;  
venid, si os place, con él.  
    »Y en viendo una monja allí 305  
con una rosa en la mano,  
yo soy, yo, que... Pero en vano  
es deciros más aquí.  
    »Por fuerza encerrada estoy,  
no tengo ni un protector, 310  
y sólo en vuestro valor,  
humilde, a buscarlo voy.  
    »Otro papel tendréis luego  
dentro de un escapulario  
que os pondrá el mismo vicario, 315  
¡Tened disimulo, os ruego!  
    »Y sabed... Mas basta ya.  
sois hidalgo, sois discreto,  
sois español...; el secreto  
impenetrable será.» 320

### Romance Tercero

### El fresco

En un bajo locutorio  
que adornan hermosos cuadros,  
y muebles de terciopelo  
en forma de regio estrado,

está el coronel de Guardias 325  
con su cruz de Santiago,  
y con su azul uniforme  
de galones y entorchados.

El capellán le acompaña  
de su regimiento, cuatro 330  
capitanes ya machuchos  
y el ayudante bizarro.

Del convento, la prelada  
parentesco, aunque lejano,  
con el coronel tenía, 335  
y ha dispuesto agasajarlo.

Y su adhesión y obediencia  
al vencedor con tal acto  
manifestar, porque puede  
convenirle en todo caso. 340

Dos modestos sacerdotes,  
y del convento el vicario,  
los honores de la casa  
haciendo están muy ufanos,  
y con melifluos semblantes 345  
al coronel adulando,  
y, según las graduaciones,  
a todos los convidados.

\* \* \*

De bronce dorada reja  
cierra el anchuroso espacio: 350  
lindero entre Dios y el mundo,  
término entre el siglo y claustro.

Y detrás está extendido  
un cortinón de damasco,  
mientras acuden las monjas, 355  
de quienes suenan los pasos.

Descórrese la cortina  
después de muy breve rato,  
y la comunidad toda  
descúbrese al otro lado. 360

Fórmanla unas veinte monjas,  
que con los velos echados,  
y con las túnicas blancas,  
y con los oscuros mantos,

dan a la reja el aspecto 365  
de algún espejo encantado,  
donde un coro de fantasmas  
se ve al conjuro de un mago.

\* \* \*

La prelada alzóse el velo  
con señoril porte y garbo, 370  
descubriendo un noble rostro,  
pero ya sexagenario.

Al coronel un cumplido  
hace oportuno, aunque largo,  
y manda a las religiosas 375  
alzar los velos opacos.

De varios gestos y edades  
al descubierto quedaron  
los semblantes compungidos,  
todos modestos y gratos. 380

Uno había como un cielo,  
de tanta beldad y tanto  
atractivo, grave y noble,  
que no es fácil ponderarlo.

Tez de nácar, y dos ojos 385  
como poderosos rayos,  
y los dientes como perlas  
y como coral los labios.

Y una palidez y un todo  
tan perfecto y sobrehumano, 390  
que sin humillarle el alma  
era imposible mirarlo.

Esta linda religiosa,  
este prodigio, este encanto,  
una rosa nacarada 395  
llevaba en la diestra mano.

Con lo que Lara los ojos  
clavó y cebó en ella incauto,  
conociendo ser aquella  
la que pretende su amparo. 400

Quedó como queda el ave  
bajo el prestigio tirano  
de los ojos de la sierpe,  
de quien va luego a ser pasto.

\* \* \*

La prelada, muy oronda 405  
y con gran despejo hablando,  
refirió a los circunstantes  
las misas y los rosarios

que por los reyes Borbones  
el monasterio ha aplicado; 410  
y las predicciones cuenta  
de varias santas y santos,

que aseguran el dominio  
de Italia en Felipe y Carlos,  
por ser de la madre Iglesia 415  
hijos predilectos ambos.

Y luego las monjas todas,  
ora en tiple, ora en contralto  
mil sandeces refirieron,  
mil tontunas preguntaron, 420  
que con rubor escuchaban



los clérigos y el vicario,  
retozándoles la risa  
a los otros en los labios.  
\* \* \*

La que no habló una palabra, 425  
indiferencia afectando,  
fue la hermosa, que el extremo  
ocupaba de un escaño.

Si era pasmoso su rostro,  
su talle era tan gallardo 430  
que ni las ropas monjiles  
lograban desfigurarlo,  
bien que aún en ellas había  
ya negligencia, ya ornato,  
una y otro disonantes 435  
con la austeridad del claustro.

Y también su alta belleza  
demostraba a veces algo  
como descompuesto, inquieto,  
incomprensible y extraño, 440  
ya retorciendo de pronto  
como convulsos los brazos,  
ya revolviendo sus ojos  
como bizcos y encontrados,  
ya frunciendo el entrecejo, 445  
ya mordiéndose los labios;  
pero todo pasajero,  
rapidísimo, instantáneo,  
haciendo el desagradable  
efecto que en un buen cuadro 450  
la cabeza de una santa  
de Murillo o de Ticiano  
que al resplandor de una vela  
se está de noche mirando,  
si a un soplo de viento oscila 455  
la luz, y todos los rasgos,  
sombras, perfiles y toques,  
se pierden, haciendo acaso  
instantáneamente un monstruo  
del más prodigioso encanto. 460  
\* \* \*

Un exquisito refresco  
de almíbares delicados,  
de sorbetes y bizcochos,  
sirvióse con aparato,  
en su vajilla de plata, 465  
y sutilísimos vasos  
de fábrica de Venecia  
con cifras de oro y con ramos.  
Del locutorio ambas partes

fáciles comunicaron 470  
dos tornos, que revolvían  
veloces a todos lados.

Dentro servían las legas,  
demandaderos y hermanos  
afuera, obedientes todos, 475  
a la prelada y vicario.

\* \* \*

Mediada estaba la tarde,  
bajaba el sol al ocaso,  
y ser la hora de la lista  
los tambores avisaron. 480

El coronel levantóse  
como militar exacto,  
obedeciendo al momento  
de las cajas el mandato.

Y con palabras corteses, 485  
demostrándose obligado  
al convento y a las monjas  
por su afecto y agasajo,  
se despide y les ofrece  
la protección del muy alto 490  
infante, que de las tropas  
coligadas tiene el mando.

La prelada entonces dice,  
muy obsequiosa: «Anhelamos,  
yo y mis hijas, que un recuerdo 495  
militares tan cristianos

»lleven, ¡oh señor!, consigo  
y que pueda ser, acaso,  
como impenetrable escudo,  
bueno en batallas y asaltos.» 500

Y volviéndose a la linda  
con noble desembarazo:  
«Traed -prosigue- a estos señores  
del monasterio el regalo.»

\* \* \*

Despareció, y al momento 505  
tornó la hermosa, en las manos  
trayendo un rico azafate  
con cartas y escapularios.

Pasó el azafate el torno,  
y el reverendo vicario, 510  
siguiendo como discreto  
la graduación y los años,  
fue de cada concurrente  
en el cuello colocando  
aquella señal bendita, 515  
y poniéndole en la mano  
de hermandad sellada carta,

por la cual de los sufragios  
e indulgencias del convento  
gozarían como hermanos. 520  
    Pero, ¡oh Dios!, hay una carta  
que no tiene escapulario,  
y sin él, como el más joven  
y el menos condecorado,  
    queda don Juan, lo que pone 525  
en gran apuro al vicario.  
Y lo nota la prelada,  
que dice en tono muy agrio:  
    «Dios os valga, hermana mía,  
y qué mal habéis contado... 530  
Os pierde tanta viveza...  
Id por otro escapulario.»  
    Corre la hermosa, figura  
que donde están va a buscarlo,  
y torna al punto con uno 535  
que llevaba preparado.  
    Lo presenta a la prelada,  
ésta se lo da al vicario,  
que en el cuello del mancebo  
no retarda el colocarlo. 540  
    Y el coronel se retira  
a la prelada encargando  
que el regimiento encomiende  
a Dios y a todos los santos.

#### Romance Cuarto

#### Un compromiso

    «Si a una principal mujer 545  
oprimida, desdichada,  
contra su gusto encerrada,  
queréis, señor, proteger,  
    »esta noche, pues no hay luna,  
a la pared de la huerta, 550  
que da a una calle desierta,  
venid solo al dar la una.  
    »Y a la parte en que un ciprés  
descuella, hallaréis subida,  
que por allí carcomida 555  
la tapia está, baja es.  
    »Y por dentro una escalera

ya colocada estará,  
que fácil paso os dará  
a do mi afán os espera. 560

»Mi humilde historia sabréis,  
y entonces, cual caballero...,  
nada exijo, nada quiero,  
sino que me oigáis y obréis.

»Me parece inoportuno 565  
a un español militar,  
a un hidalgo, asegurar  
que no corre riesgo alguno.

»Y encargarle por su honor  
que eterno el secreto guarde. 570  
No puedo más, que es muy tarde.  
Hasta la noche, señor.»

Esto la carta decía  
que don Juan con ansia grande  
sacó del escapulario 575  
donde nunca debió hallarse.

Y que leyó varias veces  
como si acaso dudase  
de que ser cierto pudiera  
un empeño tan notable 580  
\* \* \*

Encerrado en su aposento  
está como delirante,  
midiéndolo a largos pasos,  
y lo que ha de hacer no sabe;  
que es el violar la clausura 585  
sacrilegio formidable  
piensa, y se detiene un punto;  
mas luego pasa adelante.

Y la beldad de la monja,  
y su discrección y talle, 590  
y la opresión en que gime,  
y su arrojo de citarle

recuerda, y ya se resuelve,  
cuando le ocurre lo grave,  
lo criminal, lo espantoso 595  
del paso a que va a arrojarse,  
que no hay momento seguro  
de existencia en los mortales,  
y que la Justicia eterna  
todo lo castiga y sabe. 600

Va a desistir. Mas le asusta  
que la nota de cobarde,  
si no acomete la empresa,  
con la dama ha de quedarle.

Y en su edad, salud y brío 605  
juzga estar lejos el trance

en que basta arrepentirse  
al hombre para salvarse.

A su siniestra un demonio  
tiene, y a su diestra un ángel 610  
que él no ve, pero que escucha  
aunque le hablan sin hablarle.

¡Ay de Lara! El pecho cierra  
al bálsamo saludable,  
y al mortífero veneno, 615  
¡triste Humanidad!, lo abre.

«Iré, ¡vive Dios!, lo juro»,  
alto exclama, que aunque nadie  
con él esté, bien conoce  
que le contradice alguien. 620

\* \* \*

La ciudad un gran sarao  
a los jefes y oficiales  
daba aquella noche misma,  
con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento, 625  
de su ligero carácter  
dando, como siempre, pruebas,  
esmerado en porte y traje.

Pero hubieran advertido  
unos ojos penetrantes 630  
que en su locuaz alegría  
y movimientos marciales,  
de afectado y violento  
daba muestras su semblante,  
porque voces interiores 635  
no cesaban de asustarle.

\* \* \*

Era medianoche en punto  
cuando dejó Lara el baile,  
y dos veces volver quiso  
al verse solo en la calle. 640

Mas, resuelto, va a su casa,  
do toma su capa, y sale,  
seguido de su asistente,  
a quien mandó acompañarle,

Por la ciudad, que dormía, 645  
sin que otro rumor sonase  
que el eco de los violines  
o de algún búho los ayes,

vaga el joven como loco,  
porque el demonio y el ángel 650  
dentro de su mismo pecho  
aún empeñados combaten.

Del Eterno los juicios  
santos son e inescrutables.

Sonó en el reloj la una, 655  
y decidióse el combate.

\* \* \*

Lara del convento llega  
a los humildes tapiales;  
que allí aguarde a su asistente  
manda, y decidido parte. 660

El ciprés erguido mira,  
que taladrando los aires  
aparece entre las sombras  
vago, aterrador, gigante.

La pared registra; advierte 665  
derruidos los sillares  
de la planta, los ladrillos  
descarnados, desiguales.

Tienta, y ve que ofrecen paso,  
y que aun ya lo han dado antes; 670  
audaz trepa, y en la barda  
llega pronto a cabalgarse.

Le pasma el hondo silencio  
y la oscuridad fragante  
de aquel huerto, que domina 675  
sin ver nada. Escucha el suave  
murmullo de agua corriente,  
y de las hojas que el aire  
mece con su dulce soplo...

¡Ay!, aún puede retirarse. 680

Mas no se retira. Encuentra  
cerca con los dos varales  
de una escalera de mano.

En ella logra afirmarse;  
desciende sin saber dónde, 685  
y al tocar la tierra, sale  
de detrás de un tronco, un bulto  
que por el brazo le ase

con una mano convulsa;  
y una voz, que apenas sabe 690  
si es voz, le dice: «Seguidme»,  
y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusión medrosa  
de tinieblas impalpables  
a tal hora, con tal guía, 695  
y sin saber a qué parte

va Lara, como caminan  
tras su destino inmutable  
sin verlo, del ciego mundo  
por las sombras, los mortales. 700

## Romance Quinto

### La monja

De una reducida celda  
en el estrecho recinto,  
que un claro velón alumbra  
encima de un pajecillo,  
se encuentra confuso Lara, 705  
cual por encanto metido,  
con la misteriosa guía  
que le ha llevado a aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra  
a un lado un lecho muy limpio, 710  
al otro un reclinatorio  
y sobre él un crucifijo;

dos muy capaces armarios  
de nogal negro, un antiguo  
escritorio, y taburetes 715  
por la pared repartidos.

Y en medio un bufete halla,  
cubierto de mantel fino,  
con tortas, bizcochos, dulces,  
conservas y pastelillos, 720

dos copas y dos redomas,  
que una de agua, otra de vino  
parecen, y dos cubiertos,  
todo muy pulcro y prolijo.

La vista en seguida clava 725  
en quien allí le ha traído,  
que ya al descubierto ostenta  
de su porte el atractivo.

Y si pensó aquella tarde  
que era un sol el rostro lindo 730  
de la monja, ahora lo juzga  
un encantador prodigio.

\* \* \*

Depuestos el velo y manto,  
descubre todo el hechizo  
de su esbelto y noble talle, 735  
de su donaire y su brío.

Y como no la contienen  
los importunos testigos,  
que acaso en el locutorio  
de sus gracias fueron grillo, 740

ostenta todo el tesoro  
que el cielo donarle quiso

de belleza y gallardía,  
y el de sus modales finos.  
Con sonrisa seductora 745  
y con ojos expresivos  
se acerca a don Juan, que, mudo,  
se ve cual jamás se ha visto.

Le ase amorosa una mano,  
y «Descansad, señor mío; 750  
tomad algún refrigerio  
y estad seguro y tranquilo»,  
le dice. Blanda le acerca  
a aquel bufete provisto,  
y le ruega que se siente 755  
con gran ternura y cariño.

\* \* \*

Lara torna en sí, se esfuerza,  
recobra el genio nativo,  
y lo pasado y futuro  
dando ligero al olvido, 760  
de su temor se avergüenza,  
sonrójase de sí mismo,  
y de sólo lo presente  
entrégase a los delirios.

Y «No extrañéis, ¡oh señora!, 765  
¡oh sol!, ¡oh encanto divino!,  
-dice-, se muestre cobarde  
con su señor el cautivo.

»Ni que dude de tal dicha  
quien de ella se juzga indigno, 770  
y piensa que es el juguete  
de un ensueño fugitivo.

»Un volcán arde en mi pecho,  
su fuego sólo respiro,  
y jamás sentí en el alma 775  
más delicioso martirio.

»Vos sola, vos...» Levantóse  
tan resuelto de improviso,  
que atrás la monja dos pasos  
dio con ademán esquivo; 780  
y lanzando una mirada  
de indignación y desvío,  
en tono grave y resuelto:  
«Teneos, ¿Qué hacéis?», le dijo.

El militar arrogante, 785  
aterrado y confundido,  
a ocupar volvió su silla  
más humilde que un novicio.

Pasmado de que un semblante  
pueda tener tal prestigio, 790  
que baste a imponerle freno



a tal hora y en tal sitio.

\* \* \*

La monja, ya asegurada  
de que tiene poderío  
para anonadar los planes 795  
de aquel audaz libertino,

torna a desplegar, astuta,  
sus encantos y atractivos.  
Siéntase enfrente de Lara,  
y en él ambos ojos fijos, 800  
le alarga un tierno bizcocho,  
y le excita el apetito,  
diciéndole que ella misma,  
con cuidado muy prolijo,

lo ha elaborado anhelosa, 805  
del dulce más exquisito,  
para regalo del huésped  
que en su socorro ha venido.

Lara otra vez recobrando  
su suelto y marcial estilo, 810  
lo come, y aun otro toma,  
lo que da gran regocijo

a la engañadora maga,  
que echa en una copa vino  
y le dice: «Este es regalo 815  
que la Navidad me hizo

»mi hermana, señor, mi hermana;  
apurad, gozoso, el vidrio,  
y gane el licor por suyo  
lo que pierda por ser mío.» 820

«Brindemos por ella entrambos»,  
contesta don Juan, y, fino,  
va a servirle en la otra copa.

Mas ella estórbalo, y dijo:

«Brindaré con agua pura, 825  
que aunque es muy suave este vino,  
por no estar acostumbrada  
pudiera serme nocivo.»

Don Juan el agua le sirve,  
y bebe ella al tiempo mismo 830  
que el otro el bálsamo apura,  
que era añejo y exquisito.

«De Chipre es, y es excelente  
-dice don Juan-, ¡vive Cristo.»

«El comendador de Malta, 835  
que vos conocéis, mi tío,

»en su galera lo trajo  
cuando volvió del Egipto»,  
contestó la religiosa  
con un gracioso remilgo. 840

«Es un néctar», dice Lara,  
y otra copa llenar quiso;  
mas la monja le detiene  
con un afable sonrisa,  
diciéndole: «La cabeza 845  
fuerza es conservar y el tino,  
que aún nos queda que hacer mucho  
y es el tiempo fugitivo.»

Lara aquella mano toma,  
que le ataja, y expresivo 850  
en ella imprime los labios  
y se da por convencido.

\* \* \*

La monja se alza, y, severa:  
«Señor don Juan, es preciso  
-dice- no perder momento 855  
y que se cumpla el designio  
»con que os he dado esta cita,  
a que habéis correspondido.  
Vais a hacer un gran viaje  
para hacerme un gran servicio. 860

»Y por ahorrarme palabras  
y que sepáis por vos mismo  
mis más ocultos secretos,  
y la protección que exijo,  
»abrid aquel grande armario; 865  
no vaciléis, os suplico,  
y ayudadme cual valiente:  
abridlo, don Juan, abridlo.»

Subyugado por el tono  
del mandato imperativo, 870  
y por demostrar que nada  
atemoriza su brío,  
va don Juan, abre el armario,  
y a sus pies cae, al abrirlo,  
de un caballero el cadáver 875  
con ricas ropas vestido.

Queda helado, queda mudo,  
queda transformado en risco,  
en tan espantoso objeto  
los ojos clavados, fijo. 880

Cuando oyó la voz tremenda  
de la monja, que el rugido  
le parece de una tigre,  
o de voraz hiena el grito,  
que de este modo le explica 885  
hallazgo tan imprevisto,  
alumbrando con un rayo  
aquel ciego laberinto.

\* \* \*

«Ese objeto que os asombra  
una víctima es, don Juan, 890  
de su infame alevosía,  
de su perfidia falaz.

»Un ejemplo de que nunca  
hembras de mi calidad  
los engaños y traiciones 895  
sin venganza sufrirán.

»Con sus fingidas palabras,  
ése, que no es nada ya,  
logró rendir mi altiveza,  
logró oprimir mi beldad, 900  
«logró encender en mi pecho  
un infierno, no un volcán;  
y un gran pecho no se inflama  
impunemente jamás.

»Mi amor, que era inapreciable 905  
pagó con iniquidad,  
y mis grandes sacrificios  
con un engaño infernal.

»Ante Dios, en los altares,  
con otra (que no es mi igual 910  
en sangre ni en hermosura,  
pero que en ventura es más)

»ligó su suerte, poniendo  
entre él y yo, por su mal,  
un insuperable monte, 915  
un embravecido mar.

»Lloré, maldije, encontréme  
de la muerte en el umbral,  
que la violencia del golpe  
me hundió en una enfermedad. 920

»Y por no ser el objeto  
de la burla general,  
de los sarcasmos del mundo,  
de la charla popular,

»me encerré en estas paredes, 925  
donde he sabido pasar,  
preparando mi venganza,  
tres largos años en paz.

»Y la he logrado. El aleve  
vino por casualidad 930  
de esta asoladora guerra  
abrigo en Parma a buscar.

»Lo supe, todos sus pasos  
hice perseguir sagaz,  
el señuelo de un billete 935  
atrajo su liviandad;

»y por esa tapia misma  
que os abrió paso, don Juan,

y por el mismo camino  
que os ha conducido acá, 940  
    »cenó, cual vos, a esa mesa,  
y a mi ruego pertinaz  
brindó con vino de Chipre  
como acabáis de brindar;  
    »y en ese lecho una muerte 945  
al instante tuvo, tan  
espantosa, que aún me gozo  
con su agonía final.  
    »Encerrado en ese sitio  
hace dos días está, 950  
que falta de fuerza, en vano  
lo he pretendido sacar.  
    »En este terrible apuro  
llegasteis, os vi galán,  
enamorado, valiente, 955  
al bien dispuesto y al mal;  
    »y sabiendo que a mi hermana  
habéis osado burlar  
(asunto que para luego  
suspendido quedará), 960  
    »de todos mis planes juntos  
vi cerca la realidad,  
y hasta os trajo mi fortuna  
tan cerca de aquí a morar.  
    »Y os he llamado a mi celda 965  
(cuando juzgabais, quizá,  
que a ser dichoso en mis brazos),  
un cadáver a enterrar.  
    »Sus, al punto en vuestros hombros  
esa carga colocad; 970  
y si osáis mover la lengua  
o hacer de no el ademán,  
    »¡vive Dios!, que esta pistola,  
áspid fiero de metal,  
con su ponzoña o su fuego, 975  
ceniza, nada os hará;  
    »y en vez de uno habrá dos muertos,  
que otro menguado a sacar,  
enredado con mis artes,  
cual ése y cual vos, vendrá.» 980

\* \* \*

Aterrorizado Lara,  
viendo a la furia o vestiglo  
que le apunta una pistola,  
pronta a vomitar el tiro,  
    y sintiendo por instantes 985  
un fuego lento en sí mismo  
que le abrasa las entrañas,

que le turba los sentidos,  
por salir al aire libre  
de aquella celda o abismo, 990  
donde del infierno juzga  
escuchar los roncós gritos,  
obedece, y en sus hombros  
coloca el cadáver frío,  
y sigue tras de la monja 995  
acobardado y sumiso.

## Romance Sexto

### Algo más

Allá en un bajo terreno  
de la huerta, hacia una punta  
que tapias y matorrales  
y espesos troncos ocultan; 1000  
envuelta en su velo y manto  
está la tal monja, o furia,  
como aterrador fantasma,  
de pie y con la boca muda.

En la mano una linterna 1005  
tiene, que en sombras confusas  
deja escondido su cuerpo,  
y con luz de infierno alumbra  
a sus pies, delante de ella,  
una zanja o sepultura, 1010  
que don Juan con una azada  
está haciendo más profunda.

Se ve en uno de sus bordes  
el cadáver, y resulta  
un cuadro raro, espantoso, 1015  
de un efecto que espeluzna.

Reina silencio profundo,  
y solamente se escucha  
el grave vuelo y los ayes  
de una agorera lechuza, 1020  
y los golpes de la azada  
que entre la tiniebla oscura,  
a la luz de la linterna  
con vivas chispas relumbra.

\* \* \*

Que sus fuerzas desfallecen, 1025  
que su helada frente suda

siente don Juan, y el trabajo  
harto espantoso apresura.

Cuando la monja bastante  
el hoyo a su intento juzga, 1030  
la linterna levantando  
sus luces derrama astuta  
de don Juan en el semblante,  
para examinar si alguna  
señal da ya del efecto, 1035  
que por momentos calcula.

Y algo vio, pues presurosa  
dijo: «Ya es harto profunda  
la huesa; echad el cadáver,  
y que esa tierra lo cubra.» 1040

Y la linterna dejando  
sobre la hierba, le ayuda  
con los pies y con las manos  
a llenar la sepultura.

Y así que quedó el terreno 1045  
igual, sobre él acumula  
hojas, ramajes y piedras  
que el fresco trabajo encubran.

\* \* \*

Encarando nuevamente  
la luz a la faz adusta 1050  
de don Juan, lo que esperaba  
advirtió en ella sin duda.

Pues con satánica risa:  
«¿Estáis cansado?», pregunta.  
Lara contestarla quiere, 1055  
mas la lengua se le anuda.

La monja, reconociendo  
que el habla le dificulta  
ya el estertor, que lo ahoga,  
urgir los momentos juzga. 1060

Ya ve sus planes cumplidos,  
y que ya nada aventura  
con quien está que no puede  
revelar cosa ninguna.

Y la linterna soltando, 1065  
saca, amartilla y apunta  
a don Juan una pistola,  
y estas palabras pronuncia:

«Cumplisteis con vuestro empeño,  
yo con mi venganza justa, 1070  
pues al alevoso encierra  
el secreto de esta tumba.

»Y también está vengada  
mi hermana infeliz, que nunca  
sin venganza se han quedado 1075

las hembras de nuestra alcurnia.

»Ahora, marchad; salid luego  
por do entrasteis en mi busca.  
Salid, a tener descanso  
de tan laboriosa angustia.» 1080

En tanto que aquesto dice  
a que se mueva le ayuda,  
que ya es llegado el momento  
y la detención le asusta.

Lara, de quien los sentidos 1085  
se confunden y se turban,  
de quien se traba la lengua,  
de quien los oídos zumban,  
anhela tan solamente  
alejarse de tal furia 1090  
y salir de aquel infierno  
en donde un monte lo abruma.

De una horrenda pesadilla  
ser presa se le figura,  
y por despertarse de ella 1095  
el desventurado lucha.

\* \* \*

Tropezando en cada mata,  
y por más que lo procura,  
sin que en gritar le obedezca  
la lengua helada y convulsa, 1100

más que ayudado, arrastrado  
por la monja furibunda,  
hacia el lugar consabido,  
entre las sombras oscuras,

llega al ciprés. La escalera 1105  
está en la tapia. Con suma  
fatiga sube; su guía  
con brazos y hombros le ayuda.

Y al verlo sobre la barda  
así en ronca voz lo insulta, 1110  
retirando la escalera  
con la que a don Juan empuja:

«Sabed, menguado, que el vino  
de Chipre que tanto os gusta,  
con el agua de Tofana 1115  
se confecciona y se endulza.»

\* \* \*

Lara a la parte de afuera  
por la tapia se derrumba,  
cae a la calle, arrastrando  
andar por ella procura. 1120

Tardamente lo consigue,  
entre visiones confusas,  
devorado de dolores

que el cuerpo le descoyuntan;  
    abrasadas las entrañas, 1125  
porque ya sólo circula  
fuego en sus venas. Al cabo  
llega con fatiga mucha,  
    do el soñoliento asistente  
le espera, sin que presuma 1130  
de dónde viene su amo,  
ni qué es lo que le atribula.  
    Que de alguna francachela  
ebrio sale, se figura,  
como suele, y lo levanta, 1135  
sin susto, por darle ayuda.  
    Alzó un cadáver... La monja  
en calcular era ducha  
la maldita agua Tofana,  
invención que Dios confunda. 1140

## Bailén

Tres romances: I, 108 versos en á-a; II, 120, ó-o y III, 186, ú-o.

Aunque la fecha es de Sevilla, el 3 de agosto de 1839, veinticinco años después de terminada la guerra de la Independencia, Rivas canta la victoria de Bailén con el mismo entusiasmo patriótico y el mismo sentimiento antinapoleónico y antifrancés de los años mozos.

No ha existido crítico que gustase de este romance con excepción de Cueto, el cual, sin embargo, advertía que estaba «frisando en la oda»; para Juan Valera, tanto éste como los de Pavía no pasaban de ser intentos épicos de corto vuelo.

En efecto, Bailén se quedó a medio camino entre la simple narración y el canto heroico, abunda en los mismos clichés neoclásicos que usaba Rivas durante su juventud y, lo que es peor, se nos antoja trasnochado después de haberse escrito tantos himnos a la Libertad, denuestos contra la Tiranía y cantos patrióticos de todo tipo.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños,  
Duque de Bailén.



## Romance Primero

### Sevilla

A la capital risueña  
de la andaluza comarca,  
que Hércules fundó de Betis  
sobre las fecundas aguas,  
la que cercó Julio César 5  
de muros y torres altas,  
la que ganó San Fernando  
con Garci-Pérez de Vargas;  
a la opulenta Sevilla,  
la del encantado alcázar 10  
la del magnífico templo,  
la de la torre gallarda,  
emporio de la riqueza,  
de claros ingenios patria,  
y que en los brazos dormía 15  
de la paz y la abundancia,  
llega de cálido polvo  
dejando en pos nube blanca,  
que los caños de Carmona  
a la vista borra y tapa, 20  
un anhelante correo  
en una sudosa jaca,  
cuyo ijar la espuela rompe  
y a quien da un látigo alas.  
El rostro como de azufre, 25  
los ojos como de brasa,  
demuestran que es mensajero  
de peligros y desgracias.

\* \* \*

En corto momento esparce  
nuevas de tal importancia, 30  
vértigo tan repentino  
y tan mágicas palabras,  
que la ciudad toda altera,  
que la ciudad toda alarma;  
y la dormida laguna 35  
en mar borrascoso cambia.  
Súbito clamor confunde  
las antes tranquilas auras,  
y agitado el pueblo inmenso  
hierva en las calles y plazas. 40  
Plebeyos, nobles y grandes,

canónigos, hombres de armas,  
frailes, doctores, artistas,  
traficantes y garnachas,  
sólo un cuerpo humano forman 45  
donde sólo vive un alma,  
que un solo afán precipita  
y que un solo grito lanza.

No hay ya opuestos intereses,  
no hay ya clases encontradas, 50  
no hay ya distintos deseos,  
no hay ya opiniones contrarias,  
ni más pasión que la ira,  
ni más amor que la patria,  
ni más anhelo que guerra, 55  
ni más grito que «¡venganza!»

\* \* \*

Palacios, talleres, templos,  
conventos, humildes casas,  
academias, tribunales,  
lonjas, oficinas, aulas, 60

Tórnanse en cuartel inmenso,  
donde sólo crujen armas,  
sólo retumban tambores,  
sólo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales, 65  
pesos, báculos y varas,  
y hasta abanicos y agujas  
se convierten en espadas.

En «guerra y muerte» terminan  
de los templos las plegarias. 70  
Terminan en «guerra y muerte»  
los procesos y contratas.

En «guerra y muerte» concluyen  
de amor las dulces palabras,  
y desde el sabio discurso 75  
hasta las vulgares charlas.

«¡Vamos a matar franceses!»  
prorrumpe con fiera audacia  
turba de inocentes niños,  
que hace fusiles de caña. 80

«¡Vamos a matar franceses!»  
dice el anciano, que arrastra,  
del báculo con la ayuda,  
de un siglo entero la carga.

«¡Vamos a matar franceses!» 85  
grita el joven, que la espalda  
del potro indómito oprime  
blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,  
la gigantesca Giralda, 90

con lengua de eterno bronce,  
cuya voz seis leguas anda,  
    al huracán ensordece,  
sobrepuja a las borrascas,  
conmueve la baja tierra, 95  
y el firmamento traspasa,  
    «Guerra» pregonando al mundo,  
a «guerra» convoca y llama  
a toda la Andalucía,  
a toda la extensa España. 100  
    Y ciñe la erguida frente,  
al llegar la noche opaca,  
de una corona de hogueras,  
que viento y lluvias no apagan;  
    bandera del fuego santo 105  
que se ha encendido a sus plantas,  
cráter del volcán tremendo,  
que en la gran Sevilla estalla.

## Romance Segundo

### La agresión

De oro, de hierro, de barro,  
inmensurable coloso, 110  
la frente en las altas nubes,  
el pie en los abismos hondos;  
    de infierno, de cielo y tierra,  
un incomprensible aborto,  
un prodigioso compuesto 115  
de ángel, de hombre y de demonio,  
    alzó de Francia perdida,  
con su brazo portentoso  
para en él tomar asiento  
el despedazado trono, 120  
    ídolo de doce siglos,  
y de cien monarcas solio,  
que desaparecer vio el mundo  
terrorizado y absorto,  
    cuando crímenes, virtudes, 125  
pasiones, furias, enconos,  
saber, ignorancia, errores,  
héroes, gigantes y monstruos,  
    de sangre en un mar lo ahogaron,  
y bajo un monte de escombros 130

lo sepultaron y hundieron  
con universal trastorno.

Alzóle pues (para tanto  
Dios le dio fuerzas a él solo)  
y aun juzgó para su mole 135  
pedestal tan grande poco.

Y desde él mandaba el mundo,  
llevando de polo a polo  
de tempestades armada  
la fuerte mano a su antojo, 140  
con un millón de soldados  
a quienes él daba el soplo  
de vida, y con su gran nombre  
un talismán prodigioso;  
con un ceño de su frente, 145  
con un volver de su rostro,  
desparecían imperios  
y se trastornaba el globo.

\* \* \*

Este portento, este numen  
de bien, de mal, de uno y otro, 150  
tornó al tranquilo Occidente  
los asoladores ojos.

Y vio a la fecunda España,  
la cosechera del oro,  
quemando en su altar inciensos, 155  
por su gloria haciendo votos,  
en actitud tan humilde,  
de entusiasmo en tal arrobo,  
que era poderosa ayuda,  
sin poder ser nunca estorbo; 160  
y de amiga bajo el nombre  
tan adoradora en todo,  
que sangre, riqueza, fama  
juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso 165  
en el pecho del coloso  
la parte aquella de infierno,  
y la maldad de demonio,  
gritó: «Yo no quiero amigos,  
porque esclavos quiero sólo; 170  
¿cómo aún está enhiesta España?...  
póngase ante mí de hinojos.

»Bese mi soberbia planta,  
hunda la frente en el polvo,  
y el palacio de sus reyes 175  
de escabel sirva a mi trono»,  
dijo, y de armas y guerreros,  
por el Pirene fragoso,  
torrente tremendo baja

al hispano territorio. 180

\* \* \*

Tal vez la celeste parte  
le dio a conocer de pronto  
que iba a despertar leones  
con armígero alboroto.

Y la otra parte mezquina 185  
de hombre, tierra, fango y lodo  
le decidió a usar del fraude,  
de la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones,  
dio mentido aspecto al rostro, 190  
vistió de oliva las armas,  
llamó tierno amor al odio;

y cuando en abrazo inicuo  
ahogó traidor y alevoso  
a los príncipes incautos, 195  
que en él buscaron apoyo,

y del regio Manzanares  
en el coronado emporio  
en exterminio el halago,  
la oliva tornó en abrojos, 200

hospitalidad, caricias,  
bendiciones y tesoros  
pagando con hierro, muerte,  
incendios, estupros, robos,  
se derramaron sus huestes 205  
a asegurar el despojo,  
a encadenar toda España,  
juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra Morena  
humillan con fiero gozo 210  
la alta cerviz, y registran  
con desvanecidos ojos

de Guadalquivir fecundo  
los encantados contornos,  
a que preparan insanos 215  
la esclavitud y el oprobio.

Y aparecen a lo lejos  
tan aterradoras como  
la encapotada tormenta,  
que en alas del viento ronco, 220

de ardientes rayos preñada  
anuncia con truenos sordos  
que a asolar viene los campos  
y las riquezas de agosto.

He aquí la angustiosa nueva 225  
y el conjunto que de pronto  
causó en la noble Sevilla  
tan impensado trastorno.

## Romance Tercero

### La victoria

¡Bailén!... ¡Oh mágico nombre!  
¿Qué español al pronunciarlo 230  
no siente arder en su pecho  
el volcán del entusiasmo?

¡Bailén!... La más pura gloria  
que ve la historia en sus fastos  
y el siglo presente admira, 235  
sentó su trono en tus campos.

¡Bailén!... En tus olivares  
tranquilos y solitarios,  
en tus calladas colinas,  
en tu arroyo y en tus prados 240

su tribunal inflexible  
puso el Dios tres veces santo,  
y de independencia eterna  
dio a favor de España el fallo.

\* \* \*

«Incline la tierra 245  
su mísera frente  
al omnipotente  
de Francia señor.

¡Viva el Emperador!  
»Es Dios de la guerra, 250  
y, de polo a polo  
su brazo tan sólo  
será el vencedor,

¡Viva el Emperador!  
»Segura tenemos 255  
aquí la victoria,  
sin riesgo, sin gloria,  
pero rica asaz.

»Marchemos, gocemos  
las grandes riquezas 260  
e insignes bellezas  
de España feraz.

»¿A Francia gloriosa  
quién hay que lo estorbe?  
Rendido está el orbe 265  
a su alto valor.

¡Viva el Emperador!

»Su ley poderosa  
la España reciba.  
Avancemos. ¡Viva 270  
de Francia el señor!  
¡Viva el Emperador!»  
Así en infernales voces  
los invencibles, que hollaron,  
sembrando exterminio y muerte, 275  
la Europa del Neva al Tajo,  
las silenciosas cañadas  
y los fecundos collados  
de Bailén, al sol naciente  
con gozo infernal turbaron, 280  
de clarines y tambores  
de armas, cañones y carros,  
relinchos y roncós gritos  
tormenta horrenda formando;  
mas sin saber que una tumba 285  
era el espacioso campo  
por donde tan orgullosos  
osaban tender el paso.  
\* \* \*

De repente de la parte  
del Sur, el viento les trajo 290  
rumor de armas y de hombres  
y los ecos de este canto:  
«Ya despertó de su letargo  
de las Españas el león,  
antes morir que ser esclavos 295  
del infernal Napoleón.

»¡Viva el rey, viva la patria  
y viva la religión!»

Y aparecen los guerreros  
del Guadalquivir preclaro, 300  
sin pomposos atavíos,  
sin voladores penachos.

La Justicia de su parte  
y la razón de su bando,  
con Dios en los corazones 305  
y con el hierro en las manos;  
y aunque en la guerra bisoños,  
y aunque con orden escaso,  
llevan resuelto a su frente  
al valeroso Castaños. 310

Los fieros debeladores,  
de la Europa asombro y pasmo,  
los fuertes, los invencibles  
de mil triunfos coronados,  
de limpio acero vestidos, 315  
con oriental aparato,

de oro y dominio sedientos,  
de orgullo bélico hinchados,  
y teniendo a su cabeza  
la sien ceñida de lauros 320  
a Dupont, caudillo experto,  
duro azote del germano,  
ven con desdén y desprecio  
como a inocente rebaño,  
que al matadero camina 325  
y piensa que va a los prados,  
una turba que ha dos meses  
en el taller y el arado,  
ni cargar una escopeta  
era posible a sus manos. 330

Y en carcajadas de infierno  
y en burladores sarcasmos  
prorrumpen, y furibundos  
al fácil triunfo volaron.

\* \* \*

¡No tan fácil! Bramadoras 335  
las ondas del Océano  
del huracán empujadas  
tienden el inmenso paso.

Raen las arenas profundas  
de los abismos, al alto 340  
firmamento, entumecidas,  
van a encontrar a los astros.

Tragan voraces y rompen  
y aniquilan todo cuanto  
pone a su furor estorbo, 345  
pone a su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena  
o en el informe peñasco  
donde el dedo del Eterno  
escribe: «Hasta aquí», pedazos 350

se hace su furia espantosa,  
se estrella su orgullo insano,  
y en espuma roto vuela  
su poder, del orbe espanto.

«El español ardimiento, 355  
su fe viva, su entusiasmo  
sean la meta del coloso»,  
pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron. Los valientes  
de luciente acero armados, 360  
los granaderos invictos,  
los belígeros caballos,  
los atronadores bronces  
y los caudillos bizarros,  
que las elevadas crestas 365



de Mont-Céni y San Bernardo  
camino fácil hicieron,  
que las ondas humillaron  
del Vístula y del Danubio,  
del Mosa, del Rin y el Arno, 370  
no pueden la mansa cuesta  
trepar del collado manso  
de Bailén ni al pobre arroyo  
del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego 375  
intrépidos apagaron,  
y muros de bayonetas  
hundieron con un amago,  
del español patriotismo  
a los encendidos rayos, 380  
al hierro de los bisoños,  
al tiro de los paisanos

no osan resistir. Desmayan  
y se fatigan en vano;  
retroceden, se revuelcan 385  
en tierra hombres y caballos;  
y las águilas altivas  
humillan el vuelo raudo  
ensangrentadas sus plumas,  
hasta perderse en el fango. 390

Y rendidas las legiones,  
que al Universo humillaron,  
encadenadas desfilan,  
vuelta su gloria en escarnio,  
Ante turba que ha dos meses 395  
en el taller y el arado  
ni cargar una escopeta  
era posible a sus manos.

\* \* \*

«¡Viva España!», gritó el mundo,  
que despertó de un letargo. 400  
Al grande estruendo apagóse  
en el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas  
del noble caudillo hispano,  
Dupont su espada rendía 405  
y de sus sienas el lauro,  
desde el trono del Eterno  
dos arcángeles volaron:  
uno, a dar la nueva al polo  
su nieve en fuego tornando; 410

otro, a cavar un sepulcro  
en Santa Helena, peñasco  
que allá en la abrasada zona  
descuella en el Océano.

Sevilla, 1839.

### La vuelta deseada

Dos romances: I, 112 versos en í-a; II, 196, é-o. Total, 308 versos.

No hay datos seguros sobre el lugar y fecha de composición de este romance, uno de los cinco publicados en 1834, y que, como «El sombrero», conserva el sabor de los tiempos en el exilio<sup>26</sup>. Andan de por medio «cartas trazadas con llanto, / cartas con el alma escritas» en seis años de emigración, y también vuelve un hombre en busca de su amada. El final tiene fuerte colorido romántico: el cadáver de este hijo del siglo, emigrado y amante, flota Guadalquivir abajo, «a la luz de escasa luna», camino del olvido<sup>27</sup>.

Tanto Menéndez Pelayo como Pedro Salinas advirtieron el papel precursor de Meléndez Valdés con sus romances de «Doña Elvira»<sup>28</sup> y la situación no deja de tener cierta semejanza: la misma mezcla de recuerdos, deseos y temores; con los malos agüeros y el desastrado final.

### Romance Primero

Entre aquellos olivares  
que Torreblanca domina  
y ciñen de un lado y otro  
el camino de Sevilla,  
    por un atajo atraviesa, 5  
para llegar más de prisa,  
una carretela verde  
con una gran baca encima;  
    toda cubierta de barro,  
tableros, muelles y viga, 10  
de barro seco y reciente  
y de tierras muy distintas.  
Cuatro andaluces caballos,  
que en torno lodo salpican,  
en humo y sudor envueltos 15  
de ella presurosos tiran.  
Y del postillón las voces  
con que los nombra y anima;  
del látigo los chasquidos,  
que los acosan y hostigan; 20  
    el son de los cascabeles,  
y el de las ruedas que giran

rápidas, tras sí dejando  
dos huellas no interrumpidas;  
    forman estruendo confuso, 25  
y que viene posta avisan  
a los carros y arrieros  
que hacia un lado se desvían.

Dentro de la carretela  
un hombre aún joven camina, 30  
que revuelve a todos lados  
la desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna  
de su patria a las delicias  
después de vagar seis años 35  
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla  
en cuantos objetos mira,  
y en árboles, tapias, lindes,  
dulces memorias antiguas; 40

    lo pasado y lo presente  
anudando va, y delira  
entre esperanzas risueñas  
y entre ya pasadas dichas.

\* \* \*

Trastornos, persecuciones, 45  
desventuras, injusticias,  
en sus más floridos años  
le arrancaron de Sevilla,  
    abandonando riquezas,  
hombres, nombre y familia, 50  
y dejándose allí el alma  
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno  
de toda la Andalucía;  
y por sus luengas pestañas, 55  
por su apacible sonrisa,  
    por los graciosos hoyuelos  
que avaloran sus mejillas,  
por su cuerpo primoroso  
y por sus formas divinas, 60  
    por su gracia y su talento,  
y su modestia expresiva,  
el hechizo de los hombres,  
de las mujeres la envidia.

Dieciséis años contaba, 65  
cuando Vargas, ¡alta dicha!,  
logró conmovier su pecho  
y agitar su alma sencilla;  
    al par que el amable joven  
ardió en la pasión más viva, 70  
al mirar a una doncella

tan inocente y tan linda,  
En sus puros corazones  
creció desde la hora misma,  
y el trato y correspondencia 75  
acrecentó en pocos días

un primer amor de aquellos  
que las estrellas combinan,  
amor que de dos personas  
el Destino eterno fija. 80

En los lazos de himeneo  
a unirse dichosos iban  
con el aplauso felice  
de sus contentas familias;  
cuando se alzó tronadora 85  
la borrasca embravecida  
que, ¡infelices!, confundiólos  
del infortunio en la sima.

\* \* \*

Seis años, ¡oh cuán eternos!,  
Vargas por tierras distintas 90  
huyó infelice, luchando  
del Destino con las iras,

sin encontrar de consuelo  
ni de esperanza mezquina,  
un solo sueño de noche, 95  
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades  
estatuas le parecían,  
las ciudades opulentas  
que el orbe orgulloso admira, 100

desiertos... ¡Ay!, pero puede  
feliz llamarse en sus cuitas,  
venturoso en su destierro,  
fortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia 105  
en el pecho de Jacinta,  
que la distancia y el tiempo  
al que es verdadero, afirman.

De cuando en cuando se cruzan  
papeles que lo acreditan, 110  
cartas trazadas con llanto,  
cartas con el alma escritas.

## Romance Segundo

Todo en el mundo es mudable,  
ni el bien ni el mal son eternos;

la apacible primavera 115  
sigue al riguroso invierno;  
a la oscura noche el día  
y a la borrasca que al cielo  
empañó con densas nubes  
y asustó con rudos truenos, 120  
la calma serena y pura.  
Así suelen a los tiempos  
de desventuras y llantos  
seguir de paz y consuelo.  
Del Rin en la orilla helada, 125  
abrumado de sí mismo,  
Vargas proscrito gemía  
su fortuna maldiciendo;  
cuando noticias recibe  
de que la patria le ha abierto 130  
las puertas..., júzgalo, absorto,  
ilusión de su deseo;  
mas Jacinta se lo escribe,  
y cuanto ella dice, es cierto.  
Otra carta..., de la madre 135  
de Jacinta..., que al momento  
vuele a Sevilla, le ruega,  
en donde dará himeneo,  
el día de su llegada,  
a tan constante amor premio. 140  
\* \* \*

No la paloma, que presa  
llora en doloroso encierro,  
si acaso un resquicio mira,  
tiende apresurado el vuelo  
hacia el palomar y nido, 145  
en donde vio el sol primero;  
ni el torrente, a quien contuvo  
el malecón interpuesto,  
en cuanto lo encuentra roto,  
se arroja a su antiguo lecho, 150  
y por él se precipita  
hacia la mar, que es su centro,  
tan veloces como Vargas  
corre, sin tomar resuello,  
a Sevilla; los instantes 155  
son para él siglos eternos.  
Montes, llanuras, ciudades,  
ríos, Estados diversos  
atrás deja, y los caballos  
de tardos acusa y lentos. 160  
Ya salva las altas cumbres  
del nevado Pirineo;  
entra en España, ya escucha

la lengua de sus abuelos  
¿Qué importa? Ni un solo instante 165  
retarda su raudo vuelo.  
Halla a cada paso amigos,  
halla intereses y deudos;  
no se para, corre, corre,  
que tiene en Sevilla puesto 170  
su afán y hasta que descubra  
la Giralda no hay sosiego.  
\* \* \*

Apenas ha quince días  
que en las márgenes del Reno  
de su Jacinta la carta 175  
leyó, juzgándolo sueño,  
y los caños de Carmona  
ve a su siniestra creciendo,  
y al frente la antigua puerta,  
para él la puerta del Cielo. 180

Cualquiera mujer que mira  
en mantilla y de paseo,  
que es Jacinta que le espera,  
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña 185  
y en otra que ve más lejos...  
Jacinta fuera de casa  
está, sí; sale a su encuentro.

Era en punto mediodía;  
entra por fin, y molestos 190  
los guardas el carruaje  
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,  
porque le detengan menos;  
«corre»; al postillón le grita, 195  
y torna a marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles  
echa pestes y reniegos  
a cada lenta carreta,  
a cada corro interpuesto, 200  
que a templar el paso obliga  
de los caballos ligeros,  
y anheloso a verse llega  
de la ciudad en el centro.

\* \* \*

Oye de fúnebres cantos 205  
el triste son desde lejos;  
se aproxima, y por la calle  
que va a tomar, un entierro  
pasa. Con hachas de cera,  
pobres, vestidos de negro, 210  
van de dos en dos; los siguen

las cofradías; a lento  
paso un féretro se acerca,  
de un blanco paño cubierto,  
con una palma y corona 215  
de blancas flores... Agüero  
terrible, que es de doncella  
principal y de respeto  
el funeral le parece...  
Hierva taciturno el pueblo 220  
en derredor. Manda Vargas,  
turbado con tal encuentro,  
que tome por otra calle  
al postillón. Revolviendo  
éste los caballos, torna 225  
por un callejón estrecho,  
y a la calle ansiada llega  
después de corto rodeo.  
Mucha gente en los balcones  
está, mostrando en sus gestos 230  
sorpresa de que en tal día  
llegue a la casa un viajero.  
\* \* \*

Párase la carretela;  
la puerta está abierta, yermos  
el ancho portal y el patio; 235  
reina en la casa el silencio.  
De un salto Vargas se apea,  
corre a la escalera presto,  
de ella por un lado y otro  
de cera advierte un reguero 240  
reciente. Veloz la sube,  
abre la mampara... ¡Cielos!  
Colgada está la antesala  
en redor con paños negros.  
Enlutada una gran mesa 245  
mira colocada en medio,  
y en sus cuatro ángulos arden,  
sobre cuatro candeleros  
de plata, cándidas velas  
consumidas casi; el suelo 250  
cubren deshojadas flores,  
siemprevivas y romero.  
¡Dios!... ¡Pobre Vargas! Absorto,  
sin voz, sin alma y en hielo  
convertido, ni respira. 255  
Ojos cual los de un espectro  
gira en derredor; se ahoga  
sin respiración su pecho.  
Volviendo en sí un corto instante,  
oye llorar allá dentro; 260

cuando se abre lentamente  
una puerta que, al momento,  
se cierra, y un sacerdote,  
que por ella sale, lleno  
de lágrimas el semblante 265  
(de dar en vano consuelo  
viene a una madre infelice),  
queda inmoble a Vargas viendo;  
Vargas le mira, y no alienta;  
mas tras de breve silencio, 270  
rompe al cabo, y le pregunta  
con un angustiado esfuerzo:  
«¿Dónde está?» Quedóse helada  
su lengua. Fáltale aliento  
al turbado sacerdote, 275  
y con agitado aspecto  
alza el rostro, y levantando  
la diestra, señala al cielo.  
Vargas le comprende; arroja  
un alarido de infierno; 280  
huye veloz; la escalera  
baja delirante, ciego;  
nada ve, corre cual loco  
por las calles, y muy presto  
desaparece. En Sevilla 285  
la noticia cunde luego  
de su llegada; le buscan  
sus amigos y sus deudos.  
Todo, todo en vano; algunos  
dan señas de que le vieron 290  
junto a la Torre del Oro,  
cuando el sol ya estaba puesto.

\* \* \*

En un remanso, que forma  
el Guadalquivir, no lejos  
de Gelves, a las dos noches 295  
unos pescadores vieron,  
a la luz de escasa luna,  
de un joven ahogado el cuerpo  
vestido aún. Procuraron,  
compasivos, recogerlo; 300  
pero al llegar con la barca  
y al agitar con los remos  
el agua, veloz corriente  
llevó el cadáver. Suspensos  
Siguiéronle un corto rato 305  
con los ojos, y muy presto  
fue leve punto en las aguas,  
y de vista lo perdieron.



## El sombrero

Tres romances: I, 140 versos en á-a; II, 84 en é-o; III, 108 en é-a.

Total, 332 versos.

Compuesto probablemente en Tours en 1833 y publicado un año después en la primera edición de *El moro expósito*. Tres romances, «La tarde», «La noche» y «La mañana», ilustran la historia de una esperanza ilusionada al principio, combatida luego y trágicamente disipada con el amanecer.

Este romance, que es uno de los más logrados del autor, tiene por escenario las playas andaluzas cercanas al Peñón. Sabido es que en Gibraltar buscaban asilo los españoles perseguidos por sus ideas políticas y cómo don Ángel Saavedra se refugió allí en varias ocasiones.

Mar y cielo son barrunto de una tempestad que se prepara al anochecer, estalla en la oscuridad y cesa con la mañana, paralelamente a las esperanzas de Rosalía. La acción está sustituida por la conmoción de la naturaleza, las velas del guardacostas, un toque de ánimas agorero y aquel ruido de cañonazos que culminan con el sombrero traído por las aguas. La playa queda vacía; la calma y la soledad indican la tragedia mejor que cualquier descripción. El mar ha sido «lecho nupcial» de un hombre y una mujer constantes hasta la muerte.

Junto con «La vuelta deseada» y «El cuento de un veterano», Valera clasificó este romance como «de pura fantasía» y sus protagonistas, gente particular, de clase media o humilde, le recuerdan la Evangelina de Longfellow y Herman y Dorotea de Goethe, aunque da prioridad a los romances por su mayor fuerza dramática. «El sombrero» -escribe- podría servir de modelo al pequeño poema,

donde el terror trágico, la compasión y el interés profundo por desventuras y afectos humanos no se infundan en el ánimo del lector con disertaciones y lamentaciones líricas sino con la sencilla narración de hechos atinadamente referidos, ordenados y puestos de realce<sup>29</sup>.

Y tras citar a Cañete, para quien tanto «La vuelta deseada» como «El sombrero» no eran más que «historias dulcemente melancólicas», Azorín afirma que «no ha hecho Rivas nada más honda y desesperadamente trágico que esos romances»<sup>30</sup>.

## Romance Primero

### La tarde

Entre Estepona y Marbella  
una torre fulminada,  
hoy nido de aves marinas  
y en otro tiempo atalaya,  
corona con sus escombros 5  
una roca solitaria,  
que se entapiza de espumas  
cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende  
una humilde y lisa playa, 10  
cuyas menudas arenas  
humedece la resaca;

y oculta entre dos ribazos  
forma una escondida cala,  
abrigo de pescadoras 15  
o contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,  
mientras lento declinaba  
a ponerse un sol de otoño  
entre celajes de nácar; 20

estando el viento adormido,  
la mar blanquecina en calma,  
y sin turbar el silencio  
de las voladoras auras,  
sino el grito de un milano 25  
que los espacios cruzaba,  
y los de dos gaviotas,  
cuyo tálamo era el agua;

la divina Rosalía,  
la hermosa de la comarca, 30  
fugitiva y anhelante  
llegó, sudosa y turbada.

\* \* \*

Su gentil cabeza y hombros  
cubre un pañolón de grana,  
dejando ver negras trenzas, 35  
que un peine de concha enlaza;  
y de seda una toquilla,  
azul, rosa, verde y blanca,  
que las formas virginales  
del seno dibuja y guarda. 40

Su gallardo cuerpo adorna  
de muselina enramada  
un vestido; con la diestra  
recoge la undosa falda,  
y el pie primoroso y breve, 45  
que apenas su huella estampa  
en la movediza arena,

más limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene  
un envoltorio de nada, 50  
cubierto con un pañuelo,  
do el jalde y rojo resaltan.

¡Inocente Rosalía!

¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!  
¡Cuál su semblante divino, 55  
lleno de vida y de gracia,

desencajado se muestra!

¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...  
Está haciendo, bien se advierte,  
un grande esfuerzo su alma. 60

Sí, los ojos brilladores,  
los ojos que tienen fama  
en toda la Andalucía,  
por su fuego y sus pestañas,  
en el peñón, que lejano 65  
apenas se dibujaba  
entre la neblina (seña  
de mudarse el tiempo), clava.

Dos lágrimas relucientes  
sus mejillas deslustradas 70  
queman; un hondo suspiro  
del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento;  
luego, de pronto, la cara  
vuelve a Estepona, temblando; 75  
juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!  
mas ¿qué importa? Otra, más alta,  
más fuerte, más poderosa,  
desde Gibraltar la arrastra. 80

\* \* \*

En el peñasco asentóse,  
de la hundida torre basa;  
miró en torno, y de su seno  
sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin ti la vida 85  
me es insoportable carga;  
resuélvete, y no abandones  
a quien ciego te idolatra.

»Contigo nada me asusta,  
sin ti todo me acobarda; 90  
mi destino está en tus manos;  
ten resolución, y basta.

»Resolución, Rosalía;  
cúmpleme, pues, tus palabras;  
no tendrás que arrepentirte, 95  
te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,  
volveré sin más tardanza  
al sitio aquel que tú sabes,  
en una segura lancha. 100

»Espérame, vida mía;  
si no te encuentro, si faltas,  
ten como cierta mi muerte.  
Corro al momento a la plaza  
»de Estepona, allí pregonó 105  
mi proscrito nombre, y paga  
de mi amor será un cadalso  
delante de tus ventanas.»

Se estremeció Rosalía,  
no leyó más, y borran 110  
sus lágrimas abundantes  
las letras de aquella carta.

Llévala a los labios fríos,  
la estrecha al seno con ansia  
mira al cielo, «Estoy resuelta», 115  
dice, y se consterna y calla.

\* \* \*

Torna al peñón (que parece  
una colosal fantasma  
con un turbante de nubes,  
de nieblas con una faja) 120

la vista otra vez. La extiende  
por la mar, que, muerta y llana,  
fundido oro se diría  
del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto 125  
que se mueve a gran distancia;  
ya se muestra, ya se esconde.  
¿Será?... ¡Oh Dios!... ¿Será?... La escasa

luz del crepúsculo todo  
lo confunde, borra y tapa. 130

Con los ojos Rosalía  
los resplandores, que aún marcan  
la línea del horizonte,  
sigue. Una nube la espanta,  
que por el Sur aparece, 135  
oscura y encapotada;

y aún más el ver acercarse  
por allí dos velas blancas,  
cuyas puntas ilumina  
del sol ya puesto la llama. 140

## La noche

Entró la noche; con ella  
despertándose fue el viento,  
y el mar empezó a moverse  
con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando 145  
el oscuro y alto cielo,  
la débil luz ocultaban  
de estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras  
en corto rato envolvieron 150  
tierra y mar. De Rosalía  
ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,  
intenta... No, no hay remedio.  
Cierra los ojos, e inclina 155  
la cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,  
corto abrigo es el pañuelo;  
tiembla de terror su alma  
tiembla de frío su cuerpo. 160

Si cualquier rumor la asusta,  
más sus mismos pensamientos,  
pues ni uno solo le ocurre  
de esperanza o de consuelo.

Las velas que ha divisado 165  
cuando el sol ya estaba puesto  
la atormentan, la confunden.  
¡Las ha conocido, cielos!

Son, sí, las del guardacosta,  
jabeque armado y velero, 170  
terror de los emigrados,  
de contrabandistas miedo.

\* \* \*

¡Infelice Rosalía!...  
A las ánimas de lejos  
tocar las campanas oye 175  
de la torre de su pueblo.

¡Oh, cuánto la sobresaltan  
aquellos amigos ecos!  
Parécele que son voces  
que la nombran. Gran silencio 180

reinó después largo espacio.  
Las olas, que van creciendo,  
llegan a besar la peña,  
de Rosalía los tiernos

pies mojan..., y no lo advierte; 185  
clavada está. Los destellos  
de la espuma que se rompe,  
secas algas revolviendo,  
la deslumbran. De continuo  
la reventazón inciertos, 190  
fugitivos grupos blancos  
le ofrecen del mar en medio,  
cual pálidas llamaradas.  
Ella piensa que los remos  
y la proa de un esquife 195  
las causan... ¡Vanos deseos!

\* \* \*

Así pasó largas horas,  
cuando un lampo ve de fuego  
en alta mar, y en seguida  
oye al cabo de un momento 200  
¡poumb!... y retumbar en torno  
como un pavoroso trueno,  
que se repite y se pierde  
de aquella costa en los huecos.

Ve pronto hacia el lado mismo 205  
otros dos o tres pequeños  
fogonazos; mas no llega  
el sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada  
«¡Poumb!», otra vez... ¡Dios! ¿Qué es esto? 210  
Repitiéndose perdióse  
este son como el primero.

No hubo más; creció furioso  
el temporal, y más recio  
sopló el sudoeste; las olas 215  
de Rosalía el asiento

embisten, de agua salobre  
la bañan; estar más tiempo  
no puede allí, busca abrigo  
de la torre entre los restos. 220

La lluvia cae a torrentes,  
parece que tiembla el suelo;  
dijérase ser llegada  
ya la fin del Universo.

Romance Tercero

La mañana

Raya en el remoto oriente 225  
una luz parda y siniestra;  
a mostrarse en vagas formas  
ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso  
ofrece Naturaleza, 230  
las olas, como montañas,  
movibles y verdinegras  
se combaten, crecen, corren  
para tragarse la tierra,  
ya los abismos descubren, 235  
ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas,  
alzando salobre niebla,  
y la playa arriba suben,  
y luego a su centro ruedan 240  
con un asordante estruendo;  
silba el huracán, espesa  
lluvia el horizonte borra,  
y lo confunde y lo mezcla.

\* \* \*

La infelice Rosalía, 245  
toda empapada, cubierta  
con el pañolón mojado,  
que o bien la ciñe y aprieta,  
o, agitado por el viento,  
le azota el rostro y flamea, 250  
volando ya desparcidas  
fuera de él las negras trenzas;  
falta de aliento, de vida,  
el alma rota y deshecha,  
asida de los sillares, 255  
se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,  
Sílfide, a quien maga artera  
cortó las ligeras alas,  
la juzgaran si la vieran. 260

Tiende espantados los ojos  
por el caos; nada encuentra  
que socorro o que consuelo  
en tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola, 265  
que tronadora se acerca,  
entre las blancas espumas  
envuelve una cosa negra;  
de ella no aparta los ojos,  
ve que en la playa se estrella, 270  
que al huir deja un sombrero  
rodando sobre la arena

y una tabla. Rosalía  
salta de las ruinas fuera  
corre allá, mientras las olas 275  
se retiran. No la aterra

otra mayor, que se avanza  
más hinchada, más soberbia.  
Ve en el madero lavado  
los restos de sangre fresca... 280

Coge el sombrero... ¡Infelice!  
Lo reconoce... las fuerzas  
le faltan, cae, y al momento  
precipítase sobre ella  
una salobre montaña 285  
que la playa arriba entra,  
y rápida retrocede,  
no dejando nada en ella.

\* \* \*

Cual si dar tan sólo objeto  
de la borrasca tremenda, 290  
lecho nupcial en los mares  
a dos infelices, fuera,  
a templar su furia ronca  
los huracanes empiezan,  
bajan las olas, la lluvia 295  
se disminuye, y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo,  
y por pedazos se muestra  
el azul, que ardientes rayos  
de claro sol atraviesan. 300

Ya se aclara el horizonte;  
por el lado de la tierra,  
fórmanlo azules colinas,  
que aún en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura, 305  
movible, la forma y cierra  
del lado del mar, y asoma  
la claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,  
aunque es la resaca recia, 310  
orna al mundo la esperanza  
de prolongar su existencia.

\* \* \*

En esto una triste madre  
y un tierno hermanillo llegan,  
buscando a su Rosalía, 315  
a aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,  
muertos de cansancio y pena,  
tienden en redor los ojos,  
y nada, ¡oh martirio!, encuentran. 320



Al retroceder las aguas,  
unas femeniles huellas  
de pie breve reconocen  
estampadas en la arena...  
«¡Rosalía!... ¡Rosalía!», 325  
gritan, y no oyen respuesta.  
Van a la arruinada torre,  
y hállanse sobre una piedra  
un envoltorio deshecho  
entre fango, espuma y tierra, 330  
y un pañuelo rojo y jalde,  
que le sirve de cubierta.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)